



# RAYO Y AURORA

NARRACION ITALIANA.

---

( Traducida por Manuel del Palacio. )



ERÍAN las dos de la noche, y el pueblecillo de Isoletta se hallaba sumergido en el sueño. De tiempo en tiempo rompía el silencio el agudo quiquiriquí de un gallo; era el presentimiento del alba, la queja contra la fortuna, el adiós á los camaradas lejanos y prisioneros. Algun camarada prisionero y lejano respondía al saludo; luégo no se oía nada más:

Aurora, preciosa niña de nueve años, procuró asegurarse de que toda la familia dormía tranquilamente; echóse fuera del lecho, se acomodó su vestidillo, y con los zuecos en la mano para no hacer ruido, descendió á la cocina. Allí, sin otra luz que la de la luna que penetraba por los cristales, trepó sobre un banquillo, y tomando una llave que pendía de un clavo fijo en la pared, se dirigió á tientas hácia una escalera que conducía al sótano. Un perro que estaba encerrado en él, apénas sintió los pasos de la niña, comenzó á ladrar arañando

la puerta. Era un ladrido lleno de entusiasmo y de esperanza, pero que podía comprometer el éxito de la arriesgada empresa que intentaba Aurora.

—¡Quieto, Rayo! ¡quieto! murmuró ésta mientras buscaba en la oscuridad el sitio de la cerradura.

Rayo bajó la voz, pero su conmoción era demasiado intensa para permitirle la calma absoluta. Había comprendido que se trataba de volverle la libertad, y su alegría se redoblaba al ver que quien se la devolvía era su compañera de juegos, la criatura que él amaba sobre todas las otras.

Al fin la niña logró introducir la llave en el agujero, y abrió la puerta. El buen Rayo se abalanzó á Aurora, y ésta sintió que unas mórbidas garras se posaban en sus rodillas y en su pecho, al par que una boca húmeda lamia sus manos y su cara.

—¡Quieto, Rayo! repetía ella, ¡quieto!

Y palpaba aquel cuerpo esbelto y flexible, sujetándolo entre sus brazos.

Tranquilizado ya el animal, colocóse detras de su ama, la cual volvió á subir la escalera, entró de nuevo en la cocina, donde tomó de un cajon un grueso trozo de pan que metió en el bolsillo; despues, penetrando en un corredor, probó si podía abrir la puertecilla que daba al huerto. Pero la cadena estaba echada, y tuvo que renunciar á su empeño. No se acobardó, sin embargo, y viendo que la puerta resistía, abrió muy despacito una ventana.

Rayo comprendió de qué se trataba, y de un brinco se encaramó sobre el alfeizar. Aurora le imitó ayudándose con una silla. Desde allí midió con la vista la altura, que no pasaría de metro y medio. La tierra de abajo era blanda y húmeda, la niña dió un salto, y si bien no supo conservar el equilibrio cayendo hácia adelante, no se hizo ningun mal, y pudo levantarse rápidamente. El perro la había precedido tocando apénas el suelo con los piés.

—¡Quieto, Rayo! dijo por centésima vez la niña al notar la embriaguez que en él producía la recuperada libertad.

Y despues de haberse calzado los zuecos y frotádose las manos manchadas de tierra en la caída, Aurora, dejando á la

izquierda la casa, se encaminó á un rincón de la empalizada que cercaba el huerto, metió su cuerpecito por una abertura que los muchachos habían practicado recientemente para robar fruta, y hallóse de pronto en el campo.

Entonces se arregló el traje descompuesto y dirigió sus miradas en derredor. Detrás quedaban todas las alegrías de su niñez; su casa abrigada y tranquila, su padre, su abuela, su hermanita que acaso soñaban con ella y que de allí á pocas horas la buscarían por todas partes: delante estaba la campiña solitaria, la selva espesa en que era preciso internarse y el áspero monte donde Aurora había fijado la meta de sus esperanzas. La niña tuvo un momento de vacilación; sintió que una lágrima resbalaba por sus mejillas y que una voz misteriosa le aconsejaba volver al lado de los que la amaban; pero un sordo gruñido de Rayo la sacó de su incertidumbre. Su deber era salvar á toda costa á su amigo y su protector.

---

¡Porque es preciso convenir en que sus padres eran harto crueles! Habían determinado inmolar á Rayo, sin cuya defensa dos días ántes hubiera sido Aurora despedazada por un perro vagabundo. Ella no creyó al pronto la noticia de semejante enormidad, pero tuvo que convencerse al escuchar con sus mismos ojos la confesión de tan feroces propósitos. Era poco después de comer cuando un dependiente del vecino municipio de San Agustín solicitó hablar unas palabras con su padre el señor Ambrosio Marení, síndico del comun de Isoletta. Y su padre había palidecido al oírle, y había encerrado á Rayo en la bodega. Aurora quiso saber la causa, obteniendo por respuesta frases ambiguas que tenían toda la apariencia de pretextos. La abuela, á quien acudió por último, se contentó con acariciarla, enjugarle las lágrimas y prometerle que Rayo sería puesto en libertad á la mañana siguiente... Pero no era ella niña á quien pudiera darse gato por liebre. Había callado, había fingido aquietarse con las explicaciones recibidas, y después de recoger en el comedor algunas migajas de pan para los pollos, había vuelto á subir poniéndose á escuchar á la puerta de la habitación en que se encontraban su padre y su

abuela. Escuchar por las cerraduras es un feo vicio; lo predicaba así el señor cura y lo enseñaba la maestra; Aurora estaba convencida de ello; mas ¿hay acaso otro medio de averiguar lo que interesa? La niña suponía que su abuela y su padre iban á ocuparse del perro, y sus previsiones no eran infundadas.

—¡Pobre animalito! suspiraba la vieja. ¡Me da mucha lástima!

—Y á mí. Pero no tiene remedio.

—Entónces... procura al ménos no hacerle sufrir.

—No tengas cuidado. Mi pulso es firme y mi ojo seguro. No se apercibirá siquiera...

—¿Y cuándo?

—Mañana, miéntras Aurora esté en la escuela. Calcula qué disgusto sería para ella...

—Le diremos... le dirás... una mentira cualquiera, que se ha muerto repentinamente... que ya estaba muy malo...

—No lo creerá; es demasiado lista para que se la engañe.

—De todos modos, cuando la cosa esté hecha, acabará por resignarse y cobrará afición á otro perro...

—Será difícil encontrar uno como este.

Aurora no oyó más, pero sus cabellos se erizaron. Y no había esperanza de que su padre cambiara de opinion. Era demasiado testarudo para eso, y en cuanto á la abuela, no tenía más voluntad que la de su hijo, y su influencia era nula en los asuntos domésticos. El camino de los ruegos y de las lágrimas estaba cerrado, y decidida á no abandonar á Rayo á su destino, la niña concibió y maduró su plan en un abrir y cerrar de ojos. Se escaparía de noche con Rayo, dirigiéndose á la cercana villa de Riviera, donde habitaba su tia Norina, la hermana de su madre. La tia Norina conocía á Rayo, lo amaba, y la última vez que estuvo en Isoletta quiso llevárselo consigo. El cariño que profesaba á su sobrina era inmenso, ¿cómo podría negarle este favor? Lo difícil era llegar á Riviera. Aurora no había estado nunca; sólo una tarde en union de su padre y del perro acompañó á su tia hasta la entrada del bosque, donde aquélla le dijo:—pasado este bosque hay un valle, y pasado el valle un monte; á la

falda de ese monte está Riviera. Cuando seas mayor vendrás á pasar conmigo una semana.—¿Y se tarda mucho tiempo en llegar á Riviéra? había preguntado la niña.

—Yo tardo cuatro horas, pero tú con tus piecitos sabe Dios lo que tardarás.

Con tan escasas noticias y con tan débiles auxilios se preparaba Aurora á su viaje. ¿La senda? Ya la encontraría. ¿La fatiga? No pensaba en ella. Le bastaba llegar al pueblo ántes de la noche, y el alba no despuntaba aún, y los dias eran muy largos.

Libre ya de vacilaciones, Aurora tomó resueltamente por un camino abierto entre los sembrados. Rayo, que al sentirse dueño de sí había recobrado toda la elasticidad de la juventud, ya saltaba á su lado acariciándole las piernas, ya corría delante como si persiguiera á alguno, revolcándose aquí y allá, y ocultándose entre las espigas ondeantes para salir á poco viniendo á caer á los piés de su libertadora. De cuando en cuando al atravesar por algun cercado se escuchaba el ladrido de un perro, mugía la vaca en el corral ó retumbaba en los aires la voz sonora y petulante del gallo. Entónces los dos fugitivos apretaban el paso como si temieran ser descubiertos. Así llegaron á una pradera; pasaron por delante del cementerio, donde la niña hizo la señal de la cruz pensando en su madre, y descendieron por una rápida pendiente hasta dar con un riachuelo. Casi no llevaba agua, y Aurora hubiera podido vadearlo sin peligro, pero prefirió caminar entre los sauces de la orilla hasta llegar á un puente desde el cual principiaba el bosque, que recordaba haber visto una vez. La luna brillando en un cielo sin nubes, daba reflejos acera-dos á los hilos de agua del arroyo dibujando con líneas vigorosas los contornos de los montes lejanos, al mismo tiempo que perfilaba sobre la hierba la sombra de la gentil criatura. Pasado el puente, la escena cambiaba por completo. Los árboles, raros ántes, iban haciéndose cada vez más espesos. Eran abetos seculares, cuyas ramas se confundían unas con otras, y á traves de las cuales en vano trataban de abrirse paso los resplandores de la luna. Sobre las cabezas de los fugitivos se sentía el murmullo solemne y misterioso de la

floresta: algun pájaro solitario turbaba á intervalos el silencio. Aurora tenía miedo, pero la presencia de Rayo la infundía valor. En cuanto al perro, no se preocupaba gran cosa de las inquietudes de su dueña. Después de diez horas de encierro se encontraba libre, respiraba la brisa del campo, y esto era bastante para él. Cuando un poco de luz iluminaba el bosque, sus ojos se dirigían á Aurora y la miraba con tanta ternura y tanto reconocimiento, que concluía por hacerla olvidar los peligros de que era causa.

La luna se ocultaba detras de los montes, el aire se hacía fresco y penetrante, los pájaros dejando sus nidos volaban de rama en rama hasta la cima de los árboles para contemplar más de cerca el alba que blanqueaba ya la extensa línea del horizonte. Sus voces sonaron al principio aisladas, tímidas como amorosos reclamos; poco después, á derecha é izquierda, cada sonido tuvo un eco, y alegre vocerío mezclado á frecuente batir de plumas vivificó la parte superior del bosque. Pero allá en el fondo estaba más oscuro que nunca.

Aurora anhelaba verse en campo abierto. Aquellos abetos que se sucedían unos á otros ocultándole el cielo le producían una inmensa tristeza. Su deseo fué por fin satisfecho. Subió fatigosamente un trozo de montaña y llegó á una meseta, maravillada de ver bajo sus piés las copas gigantescas de los coníferos. Estaba rendida, y se dejó caer sobre la hierba mojada del rocío. La niebla llenaba todavía los valles; únicamente los lejanos picos destacaban su gris azulado sobre las tintas amarillentas de la atmósfera. El aire sutil despertó el apetito de la muchacha. Sacó del bolsillo el pan de que se había provisto en la cocina, y llevó un pedazo á la boca, dando otro pedazo á Rayo, que no comía hacía tiempo, y que esperaba con impaciencia el regalo. Luégo pensó que no tenía más provisiones, y se apresuró á guardar el sobrante. Entre tanto todas las maravillas del día se desplegaban ante los ojos extáticos de Aurora.

No era la vez primera que la niña se levantaba ántes de amanecer; pero en el angosto valle de Isoletta el alba era muy distinta de aquella en que las miradas se espaciaban en un vasto horizonte. El tono uniforme del cielo tomaba poco á

poco colores y aspectos diversos; donde ántes no aparecía más que una masa caliginosa se delineaban cien nubecillas rosadas y transparentes, miéntras la niebla, rasgándose como un velo ya inútil, dejaba al descubierto mil y mil ignoradas bellezas. Bajo aquellos girones de niebla surgían las oscuras siluetas de los árboles, el verde tapiz de las praderas y las blancas chozas esparcidas aquí y allí por la llanura. Un grupo de casas que rodeaban un esbelto campanario y que vistas de léjos no parecían más grandes que esas de madera que sirven de juguete á los chicos, atrajo las miradas de Aurora. ¿Sería aquel el pueblecillo de Riviera? Pero la ilusion duró pocos segundos, porque al fijarse en la gallarda torre la niña pudo reconocer el campanario de Isoletta. ¡Con qué violencia latió entónces su corazon! ¡Acaso su padre y su abuela estaban ya para levantarse y llamar como de costumbre: ¡Aurora! ¡Aurora! Siguiendo el curso de estas ideas la sorprendió una aureola luminosa en que se vió repentinamente envuelta. Era el sol que aparecía por el intersticio de dos montañas. Con él volvió á su corazon la esperanza y cobró nuevo aliento la fe que abrigaba en el buen éxito de su empresa. Así es que despues de descansar un corto rato y confortar el cuerpo al tibio calor de la mañana; despues de recrear la vista en las margaritas que bordaban el suelo y extasiarse en el gorjeo de los pájaros, Aurora decidió proseguir su viaje, no sin repetir en alta voz las palabras de la tia Norina:—pasado este bosque hay un valle, y pasado el valle un monte; á la falda de ese monte está Riviera.

El bosque lo tenía á su espalda; era necesario descender al llano. ¿Y luégo? Los montes se diferenciaban tan poco que sólo un milagro podía darle á conocer el que buscaba. Abruñada con estos pensamientos, comenzó la niña á bajar la colina precedida de Rayo. Al principio el declive era suave, pero las dificultades sobrevinieron muy pronto. La cuesta se hacía cada vez más áspera y pedregosa y la tierra rodaba bajo los piés de Aurora arrastrándola en ocasiones, y llenándola de rozaduras. Hubo un momento en que se detuvo desfallecida. ¿Era posible que la tia Norina hubiera cruzado jamás aquel camino? Por fin el perro, que parecía leer en los ojos de su

dueña, se aproximó á ella, y despues de contemplarla con cariño, levantó las orejas y giró en rededor olfateando el aire y corriendo en varias direcciones, hasta que hallando un sendero más cómodo volvió junto á la niña y logró á fuerza de ladridos y de saltos convencerla de que debía seguirle. Aquella pendiente ménos vertiginosa les condujo á un arroyuelo clarísimo que corría murmurando entre guijarros y espadañas. Rayo, que tenía sed, metió en él el hocico y bebió á grandes sorbos. Aurora hizo lo mismo recogiendo cuanta agua pudo con las manos y derramándola en sus secas fauces. El arroyo interrumpía la senda y era preciso vadearlo. Rayo lo salvó de un brinco, y su compañera poco ménos, pero quitándose los zuecos y recogándose la falda sobre las rodillas.

El peligro seguía sin embargo. Aurora se sentó en un banco de musgo, y el cansancio, la soledad del sitio y el rumor del agua, la invitaron al sueño. Súbitamente se levantó para evitarlo. El terreno se emboscaba de nuevo, y vagó un rato á la ventura entre los árboles que desprendían al contacto del sol un penetrante olor de resina. ¿Dónde se encontraba? ¿Estaba más cerca ó más léjos que ántes del término de su peregrinacion? La idea de extraviarse en el bosque surgía amenazadora en su mente inundando su alma de frio. ¡Oh! si hubiese por allí una puerta donde llamar, una criatura piadosa á quien pedir auxilio! Nada. Gruesos troncos derribados á golpe de hacha denunciaban el paso del hombre; veíanse aquí y allá señales de las cabañas en que se refugian el invierno los leñadores; algunas cuevas ennegrecidas conservaban las huellas del incendio. Pero la época de estas faenas había concluido un mes atras, y por muchos dias aún aquellos sitios permanecerían solitarios. Y la muchacha caminaba hollando con sus piés las piñas caidas de los árboles y los hongos crecidos á millares en la tierra húmeda, sin sentir más que el leve zumbido de los insectos y los murmullos de las hojas estremecidas por el aire. Pasado cierto tiempo, la selva apareció cortada de repente, y Aurora se encontró á la falda de una colina cubierta de verdura y de fácil acceso. Apénas la hubo superado, vió extenderse delante una deliciosa pradera cerrada al fondo por oscuras rocas verticales, semejantes en su as-

pecto á murallones de granito. Ni una sombra de sendero, ni una casa, ni un signo por el cual pudiera calcular la infeliz dónde se encontraba. Verdad es que su cansancio era tan grande, que casi no le permitía hacerse cargo de su situación. Tendióse de nuevo en la hierba, y esta vez no pensó en alejar el sueño. Rayo se acurrucó junto á ella, durmiendo al parecer, pero con los ojos medio abiertos, las orejas derechas y meneando la cola con el aplomo de un perro acostumbrado á percibir todos los rumores y á espiar todos los movimientos. Así fué que no tardó en dar la voz de alerta á su jóven ama, la cual, despues de incorporarse y levantar con el puño de su manecita los pesados párpados, vió á corta distancia una hermosa vaca que fijaba en ella sus grandes ojos pensativos. Más allá se veían otras tres ó cuatro, y muchas más en un repliegue del terreno cubierto de maleza. Avanzaban con paso grave y mesurado, haciendo sonar cadenciosamente sus campanillas de metal, volviendo el hocico á derecha y á izquierda, y llamándose con largos mugidos. Un pastorcillo que apenas contaría doce años guiaba toda la vacada, sirviéndole de escolta un robusto mastin que sólo se detenía cuando alguna de las reses se alejaba demasiado de las compañeras. En cuanto el mastin divisó á Rayo, tomó carrera y acercóse á él gruñendo sordamente. Pero no era Rayo de los que retroceden, y su actitud batalladora bastó para infundir respeto á su contrario. Los dos quedaron contemplándose á pocos pasos de distancia, dispuestos á pelear si era preciso. Aurora se sentía morir, y hubiera huido si el terror no la privara de movimiento. Por fortuna, el pastorcillo, avisado por los ladridos, acudió presuroso, gritando así que distinguió á la niña:—¡Turco, aquí! El feroz mastin obedeció aunque á regañadientes. Tambien Rayo, al ver la posición abandonada por su enemigo, creyó prudente suspender las hostilidades. Establecida de este modo la tregua entre las potencias rivales, el muchacho se aproximó á Aurora y le preguntó dónde iba y de dónde venía. Aurora, con apagado acento, le respondió que venía de Isoletta, y se encaminaba á Riviera, deseando llegar cuanto ántes.

—¿Riviera? dijo el rapaz meditabundo,—pero si no se va por aquí.

—¿Pues por dónde? murmuró la niña poniéndose primero roja y luego pálida.

El muchacho miró en rededor como para orientarse, y añadió:

—Es necesario que vuelvas á bajar esa colina por el lado mismo que la has subido... por allí, ¿no es verdad?

Y señaló con el dedo.

—Sí.

—Despues encontrarás un bosque de abetos...

—¿Uno que he atravesado hace poco?

—Sin duda; cuando lo atraveses de nuevo, toma hácia la izquierda mirando al sol, y siguiendo el curso de un arroyo...

—¿Aquel que tiene un agua muy transparente?..

—Sí; tanto que se ven las piedrecillas del fondo.

—Es verdad; casi podrían contarse.

—Convienes que lo remontes hasta una pequeña cascada que se encuentra á media hora de camino; una cascada cuya espuma es tan blanca que parece de leche. Cerca de allí verás una senda muy empinada y revuelta que lleva al monte, y que es la misma de que se sirven los de Riviera cuando bajan por leña. Pero escucha, acentuó el pastorcillo tras una breve pausa, y mirando de piés á cabeza á Aurora; para llegar al pueblo tardarás...

—¿Cuánto?

—Tres horas por lo ménos.

—¿Eres tú de allá? preguntó la niña animándose.

—Yo no: soy de Fresano... á la otra parte.

El vivo destello que había iluminado los ojos de Aurora desapareció, y su rostro se inundó de tristeza.

—¿Y te urge mucho ir á Riviera? dijo sonriéndose el muchacho.

—Sí... Voy á ver á mi tia Norina, contestó ella creyendo haber dado una explicacion satisfactoria.

—¿Pero tan sola? ¿No ha querido nadie acompañarte?

La pequeñuela suspiró.

—¿Acaso no tienes padre ni madre?

—Madre no.

—Y tu padre ha vuelto á casarse, lo comprendo, y la ma-

drastra quiere deshacerse de tí... Ya sé por experiencia lo que es eso.

—¡Oh! no; prorumpió Aurora alzando la cabeza con cierta altivez. Mi padre no ha vuelto á casarse; mi padre es bueno.

Rayo, que se había ya permitido aproximarse y hacer caricias al nuevo amigo de su dueña, se alejó receloso así que ésta mudó de tono con él, poniéndose en guardia, y como en ademán de defenderla.

—Vaya, vaya, dejemos eso y pensemos en lo que interesa, exclamó de pronto el pastorcillo; ¿tendrás hambre?

—Traigo alguna cosa de comer, respondió ella sacando del bolsillo el pedazo de pan que le había sobrado.

—Quita allá esa miseria... Veremos si la Pinta quiere ayudarnos.

Concluidas estas palabras se dirigió hácia una vaca negra manchada de blanco que pacía allí cerca, y colocándose bajo su vientre salió á poco con una escudilla de madera llena de leche que presentó á Aurora diciéndole:

—La Pinta ha estado complaciente; creo que esta bebida te agradará más que tus mendrugos; y si no, espera, lo arreglaremos de otro modo.

Tomó entónces el pan, lo hizo pedacitos pequeños y lo sumergió en la leche.

—Mira tú qué sopas hemos arreglado... toma.

Aurora no esperó que se lo repitieran. Casi había desocupado la cazuela cuando vió á Rayo que fijaba en ella sus redondos ojos, agitando furiosamente la cola.

—¡Pobre animal! murmuró; tú tambien tienes hambre, ¿no es verdad?

Y dejando la vasija en tierra dió lugar á que el perro apurara hasta la última migaja.

Despues, obedeciendo á un repentino impulso, dijo volviéndose al muchacho:

—¿Y tú?

—¿Yo? contestó él riendo, tomaré así que tu perro haya concluido.

Aurora no pudo ménos de mirar á Rayo y ruborizarse.

—No te apures, añadió el chico; la Pinta me da cuanta le-

che quiero. Y si no aquella otra del fondo... la de los cuernos grandes.

—¿Son de tu padre todas esas vacas?

—¡Cá! Ojalá fueran... Son de un señoron que vive allá abajo... en la ciudad, y que apenas viene por aquí una vez al año. Tiene él tantos campos y tantos animales... Estos no valen nada... Lo vi el año pasado... Yo llevaba mis bueyes al encierro, me hizo una caricia y me regaló un cigarro... Mi madrastra lo supo y me quitó el cigarro, dejándome la caricia... No lo sentí mucho, porque no sabía qué hacer de él.

Tras esta filosófica reflexion el muchacho alzó los ojos al cielo murmurando:

—¡Hola! ¡Hola! Parece que se levantan algunas nubecillas.

—¡Si lloverá! exclamó muy afligida Aurora.

—No lo creo, replicó el pastorcillo poniéndose por pantalla la mano y siguiendo con la mirada la direccion de las nubes. Esta noche, si acaso.

—Preciso es que yo prosiga mi viaje, observó Aurora, dando trabajosamente dos ó tres pasos.

—Pero ¿no ves que cojeas?

La niña sacó del zueco uno de sus piececitos y lo apoyó sobre una piedra.

—¿No ves que está todo escoriado? ¿Cómo quieres andar así?

Aurora no decía nada.

—¿Cuántos años tienes?

—Nueve.

—¿Y ya tan obstinada?

—Debo ir con mi tia Norina.

—Espérame aquí entónces.

El rapazuelo corrió sin detenerse hasta llegar á un barranco donde no podía ser visto por Aurora. De allí á poco volvió con la chaqueta toda abotonada por delante y con la camisa en la mano.

—¿Qué has hecho?

—Toma, me he quitado la camisa.

—¿Y para qué?

—Vas á verlo.

Con una navajilla que llevaba cortó algunas tiras de tela; luégo invitó á la niña á sentarse en el suelo.

—¿Otra vez?

—Es preciso.

El pastorcillo la vendó cuidadosamente los piés, y cuando hubo concluido, muy satisfecho de su obra:

—Prueba ahora, le dijo, si puedes calzarte los zuecos.

—Sí que puedo, replicó la paciente, poniéndose en pié.

—Anda un poco.

Aurora echó á andar, exclamando llena de regocijo:

—Nunca me he encontrado mejor.

—¿Es verdad?

—Sí, gracias; pero has destrozado la camisa.

—¿Qué me importa?

—¿Y si te preguntan dónde están los pedazos que faltan?

—Diré que se me han extraviado.

La muchacha soltó la carcajada.

—¿Cómo te llamas?—interrogó el chiquillo.

—Aurora.

—Bonito nombre.

—¿Y tú?

—¿Yo? Carletto; ¿y tu perro?

—Rayo.

—Míralé; ya se ha hecho amigo del mio.

—Ahora que van á separarse...

—Paciencia...

—¿Conque dices que por allí?...

—Sí, por allí...

—Gracias, adios, Carletto.

—Adios, Aurora: no, aguarda un poco.

—¿Qué pasa?

—Por vida de... no habérseme ocurrido... toma mi cayado... te servirá para apoyarte.

—¿Como la abuela?...

—¿Tienes una abuela?

—Ya se ve que la tengo.

—¿Y te ha dejado marchar de casa?...

Aurora se puso colorada y no contestó.

—Basta,—añadió el muchacho, que no era indiscreto,— debes partir, ó te expones á llegar muy tarde.

—Pues adios otra vez...

—Adios, y gracias...

—¡Turco!

—¡Rayo!

Los dos niños tomaron direcciones opuestas. Carletto debía buscar sus vacas; Aurora encontrar la orilla del arroyo. Desde lo alto de la colina aún pudo ver al pastorcillo que la saludaba con la mano.

Durante largo trecho la tierna viajera parecía más alegre que nunca; cantaba á voz en grito repitiendo á menudo las instrucciones que le había dado su generoso amigo, y hasta se permitía animar al perro diciéndole:—Valor, Rayo; yo te prometo que llegaremos pronto.

Mas cuando se halló de nuevo en medio del bosque; cuando ya no se escuchaba á lo léjos el mugido de las vacas que poco ántes había visto pacer tranquilamente, la cancion espiró en sus labios, y la alegría huyó de su corazon.

Llevaba tres cuartos de hora de jornada y debía hallarse próxima al arroyuelo, cuando mirando por casualidad hácia arriba sintió caer una gota en su frente. Quizás era una gota de rocío que el sol no había secado, pero tras de aquella gota vino una segunda y luégo una tercera. Al mismo tiempo oyóse un rumor sordo y persistente y se agitaron con fuerza las hojas y las ramas. Aurora alzó de nuevo la vista y halló al fin un espacio que dejaban libre los árboles y por el cual podía contemplar el cielo. En todo lo que desde allí se abarcaba no se veían más que nubes densas y oscuras, amontonándose unas sobre otras. La lluvia proseguía cada vez más tenaz. Entónces fué cuando aquella pobre criatura de nueve años se creyó realmente desamparada, echó de ménos el sol, el mugido de las vacas, el buen pastorcillo que tan amable había sido con ella y gritó involuntariamente:—¡Carletto! ¡Carletto!

Pero sus voces se perdieron en medio del estrépito de la lluvia, de las ráfagas del viento y de las lúgubres armonías de la selva. No le quedaba otro recurso que las lágrimas, y

apoyada de espaldas en el tronco de un árbol lloró, creyéndose ya sola en el mundo.

Y no lo estaba. Tenía muy cerca á Rayo, su fiel perro, que tan pronto enroscaba al rededor de sus piernas su cuerpo flexible, como levantándose sobre las patas traseras alargaba el hocico para verla mejor, ó aullaba dulcemente para distraerla.

Entre tanto llovía cada vez más fuerte, y el agua, resbalando á lo largo del tronco donde se reclinaba Aurora, caía sus vestidos al mismo tiempo que se reunía en charcos bajo sus piés. Rayo, inquieto, se separaba á cada momento de su dueña como buscando aquí y allá un asilo mejor que ofrecerle, pero no quería alejarse mucho y volvía á acurrucarse junto á ella.

Dichosamente la oscuridad se hizo ménos densa; la lluvia sonó más pausada sobre las hojas, y vióse aparecer entre las nubes una mancha azul débilmente iluminada por un rayo de sol.

Los pájaros renovaron sus alegres gorjeos; una brisa fresca y agradable llenó de aromas el bosque, y la naturaleza se ostentó en toda la plenitud de sus encantos.

Hubiera sido fácil continuar el camino, mas la niña se sentía cobarde y apenas tuvo fuerza para buscar, salvando la espesura, un ribazo de tierra, donde el calor del dia enjugó sus vestidos. A sus piés murmuraba el arroyo que debía guiarla; pero en vez de seguirle, Aurora, con el abatimiento natural en las criaturas, se contentaba con llorar llamando á voces á su abuela y á su padre. ¡Inútiles esfuerzos! No había por allí alma viviente que pudiera oír sus lamentos, á que sólo contestaban los ladridos de Rayo.

La idea del tiempo se le iba haciendo además cada vez más confusa: podían ser las dos, las tres, las cuatro de la tarde; ella no lo sabía; sabía, sí, que eran pasadas muchas horas desde que salió de su casa; veía cubrirse de bruma los desfiladeros del monte, y pensaba con horror en la posibilidad de que la noche viniese á sorprenderla en aquellos lugares.

Un ruido que sintió de pronto en el césped la distrajo de sus meditaciones. Miró hácia aquel lado, y vió retorcerse entre el ramaje una cosa negra, delgada y reluciente. Era una culebra, inofensiva sin duda, semejante á las que perseguía á

menudo en su huerto, pero que en el estado de ánimo en que se encontraba la produjo un terror tan profundo, que, lanzando un grito, huyó despavorida, sin saber siquiera adónde dirigirse. Aquella fuga fué, sin embargo, su salvacion.

Rayo, que hasta entónces había sido su dócil esclavo, se convirtió súbitamente en su guía. Caminaba aullando delante de Aurora, y ella corría detras sin imaginar siquiera que el perro no marchaba al acaso, sino que obedecía á un plan preconcebido. De este modo costeó un rato el arroyuelo, y despues, aprovechando algunas piedras gruesas que salían á flor de agua, pasó á la otra orilla. Llegado allí, se detuvo esperando á su ama. No necesitó esperar mucho, pues la niña hubiera deseado poner, no un arroyo, sino un abismo, entre ella y el horrible monstruo de que se creía perseguida. Se hallaban enfrente de un repecho; pero la senda no era peligrosa, y Rayo, seguro del éxito, la tomó á la carrera, volviéndose de cuando en cuando á Aurora como si quisiera decirle:—ya ves que conozco el camino mejor que tú.

Alguna vez la pequeña interrumpía su marcha, bien por el cansancio, bien por el temor que abrigaba de perderse; pero Rayo, retrocediendo, cogía entre sus dientes la orla de su vestido y la miraba con tal expresion de dulzura, que poco á poco iba infiltrando en su espíritu la confianza y el arrojo. Así llegaron al límite del bosque y á una meseta que quizá era la misma que habían superado ántes. A la derecha, hácia la parte de Occidente, se divisaban los aguzados picos de las rocas negras, que tambien se veían desde Isoletta, aunque más á lo léjos.

El sol que descendía lentamente, bañaba una de las cuestas más elevadas de aquella cadena, y sus rayos viniendo casi horizontales, herían las pupilas de Aurora, que se defendía de ellos poniéndose la mano en la frente. Era triste pensar que pronto iba á desaparecer detras de la montaña, y que la incierta luz del crepúsculo sería la única que alumbrara aquel extraño viaje, cuyo resultado dependía de la inteligencia de un perro poco avezado á andar por tales sitios. De pronto Rayo volvió bruscamente á la derecha, y tomó saltando un sendero escabroso que más parecía el lecho abandonado de un

torrente. Aurora tuvo un instante de perplejidad; luego animada por los alegres ladridos de su guía, se arriesgó á imitarle, y ayudándose con piés y con manos, no tardó en encontrarse en una frondosa explanada, bajo la cual se abría un ameno valle todavía no bien accesible á la vista.

Rayo redobló entónces sus ladridos, y Aurora pudo conocer en breve la causa. El valle que sus pupilas abarcaban, iluminado por los últimos resplandores del sol poniente, no era otro que el valle tranquilo de Isoletta. Allí estaba el airoso campanario; las casitas blancas agrupadas alrededor como soldados en torno á su bandera; el macizo puente, orgullo del municipio, bajo el cual aparecía el riachuelo como una cinta de plata extendida sobre un manto verde. A lo léjos, y entre el susurro de los árboles, sonaba el toque del Ave-María. ¡Oh! si la niña hubiera podido como tantas veces dirigirse á la iglesia con su abuelita, y ver con ojos asombrados cómo Giacomo el sacristan encendía los cirios de los altares! Si pudiera tender el vuelo y colocarse en medio de los que la querían y que seguramente lloraban por ella! Este deseo afanoso de su casa y de su familia, despertándose más vivo que nunca, la llevaba á olvidar el objeto de su escapatoria nocturna; librar á Rayo del furor de sus enemigos. Había pensado salvarlo y era él quien la salvaba; debía conducirlo á un lugar seguro, y él, librándola de perecer de hambre en la soledad, la guiaba á su aldea, donde le esperaba la muerte.

Dos veces el campanario y las casas de Isoletta se ocultaron entre la espesura de los pinos y las desigualdades del terreno, llenando de desconsuelo á Aurora que sentía agotarse sus fuerzas, pero la grata vision apareció de nuevo, y ya tan clara y perceptible que no dejaba espacio á la duda. Los aullidos del perro retumbaban por todo el valle y alguien los había oido, pues se veían lejanas sombras avanzar á su encuentro. De repente se escuchó un silbido largo y penetrante. Rayo se detuvo, enderezó las orejas, y un temblor convulsivo agitó sus miembros; en seguida partió, rápido como flecha despedida del arco. Sin detenerse ante ningun obstáculo, devoró en pocos segundos un par de centenares de metros, y anhelante, cubierto de sudor, herido por las zarzas, vino á

caer á las plantas de su amo, que seguido de algunos compañeros buscaba por el bosque las huellas de la extraviada niña. El pobre hombre tenía el rostro pálido y descompuesto, y sus ojos se clavaban en el perro como si quisiera saber por él si debía abrir su pecho á la esperanza ó prepararse á recibir el golpe más doloroso para el corazón de un buen padre.

—¡Aurora! ¡Aurora! gritó desesperadamente mientras interrogaba á Rayo con la vista.

El inteligente animal se puso derecho como movido por un resorte, y haciendo algunas caricias á su dueño, en quien la impaciencia igualaba á la angustia, volvió á tomar á escape, y entre ladridos de alegría, el camino que acababa de recorrer.

Pero todos no tenían como el perro alas en los piés, y la subida era más difícil que la bajada, por mucho que empujase el deseo. Pronto se perdieron á lo léjos los gritos de Rayo, y sólo pudo oirse más débil, aunque más repetido, el de: ¡Aurora! ¡Aurora!

Finalmente, una voz infantil resonó como un lamento á poca distancia.

—Padre, padre; aquí estoy.

Algunos minutos despues el señor Ambrosio llegaba al lado de su hija. La infeliz, no pudiendo sostenerse, había caído en tierra y su cabeza se inclinaba sobre el pecho como un lirio tronchado. Sus ojos abiertos á duras penas sólo veían objetos extraños que giraban con rapidez vertiginosa. Al aparecer su padre precedido de Rayo intentó levantarse, pero no pudo, y cayó desmayada.

El Sr. Ambrosio, llamando con cuanto aliento le quedaba á los compañeros que venían detras, alzó del suelo á Aurora cogiéndola en brazos sin que ella volviera en sí. No había, sin embargo, que temer, porque su corazón latía con fuerza y sus mejillas no tenían nada que envidiar al carmin.

Mientras el síndico de Isoletta conducía su preciosa carga, Rayo marchaba á su lado empinándose á cada momento para ver si la cabecita que descansaba sobre el hombro de su amo hacía algún movimiento, y si aquellos labios cerrados acababan por pronunciar su nombre.

—¡Pobre animal! exclamó el Sr. Ambrosio mirándole con indecible angustia.

Una vez acostada en su camita, Aurora abrió un instante los ojos, y volvió á cerrarlos.

El doctor, que tenía su pulso entre los dedos, sonrió.

—No está desmayada, dijo; duerme. Mañana estará buena.

Conviene advertir que el doctor Baldasari, médico de Isoletta, rubicundo y rechoncho, amante de las lugareñas y el vino, era el oráculo del país; así es que sus palabras serenaron como por encanto el rostro turbado del Sr. Ambrosio y el de la anciana abuela.

Rayo, que daba vueltas al rededor del lecho, acabó por subirse á él de un brinco.

Una nube oscureció la frente del síndico mientras arrojaba de allí al noble animal.

—Conque ¿no hay remedio ninguno? exclamó dirigiéndose al médico.

—¡Oh! ¡si fuera posible conservarle la vida! añadió la vieja.

—Cuanto se haga es inútil, amigos míos. Rayo ha sido mordido por un perro hidrófobo, y es necesario matarlo ántes de que se le manifieste la rabia.

—¡Y ántes que Aurora se despierte! ¿no es verdad, doctor?

—Seguramente que sí.

El Sr. Ambrosio, sin despegar los labios, pasó á la habitacion inmediata; luégo, aproximándose á la puerta que había dejado entornada, gritó imperiosamente:

—¡Rayo!

—¿Dónde vas? le preguntó su madre.

—Silencio, y no te separes del lado de Aurora. ¡Rayo!

Aunque obedeciendo de mala gana, el perro se aproximó á su amo meneando la cola. Este, sin atreverse á mirarlo, le hizo seña de que le siguiera.

De allí á poco atravesaban el huerto y salían al campo por el mismo sitio por donde la niña saliera algunas horas ántes. La noche había cerrado, brillaba la luna, y sus destellos se quebraban en el reluciente cañon de la escopeta que el señor Ambrosio llevaba al hombro.

Rayo caminaba sorprendido é inquieto: ¿Era que le conducían de caza á aquella hora? ¿Era que le aguardaba otra peregrinacion como la pasada? Ninguna de ambas cosas le agradaba, porque se sentía cansado y hambriento.

El señor Ambrosio cogió del suelo una manzana caída del árbol, y la arrojó con fuerza delante de sí. Rayo, fiel á su costumbre, partió detras en rápida carrera. Al mismo tiempo el cazador bajó el arma, puso sus ojos en la mira, y salió el tiro. Rayo lanzó un gemido; giró dos veces sobre sí mismo, y cayó.

Dos gruesas lágrimas surcaban las bronceadas mejillas del síndico, cuando éste de vuelta en su casa colocó la escopeta en un rincon del cuarto y se aproximó al lecho de la enferma que dormía profundamente.

—¿Qué dirá Aurora mañana? murmuró.

Durante la noche la niña tuvo una ligera fiebre y balbuceó en sueños frases entrecortadas.

—Tia Norina... salva mi perro... quieren matarlo... ¡no!... ¡no!...

Rayo mientras tanto yacía inmóvil y rígido sobre el césped húmedo de la pradera.

ENRICO CASTELNUOVO.





## ALEJANDRO MANZONI

*Manzoni*, por Sanctis (1).—*I primi anni di Alessandro Manzoni*, por Steppani (2).—*Illustrazioni di Promessi sposi*, por César Cantú (3).—*Del triomfo della Liberta*, poema inédito de Alejandro Manzoni, con cartas del mismo y notas por C. Romussi (4).



EL viajero que se dirige á Milan, mucho ántes de arribar al término de su camino ve surgir de la tierra una mole de piedra que, advertida á distancia, parece llegar hasta las nubes. Tal es el *Duomo*, la mármorea catedral del Milanesado, poblada de estatuas, enriquecida con todas las maravillas del arte gótico que sobre ella prodigaron á porfía los Torriani, los Visconti y los Sforzia. A su alrededor levántase la antigua iglesia de San Ambrosio, cuyos muros fueron testigos de las solemnes ceremonias con que se coronaban los reyes lombardos sucesores de Carlomagno; el convento de dominicos de Santa María de la Gracia, que en su refectorio ostenta el inmortal fresco de Leonardo de Vinzi; la Academia de Bellas Artes, asilo de las más preciosas obras pictóricas y escultóricas de las escuelas italianas; la rica Biblioteca, en la que se custodian 184.400 volú-

- 
- (1) Milan, 1877.  
(2) Id., 1878.  
(3) Nápoles, 1859.  
(4) Milan, 1879.

menes, y el Museo de Arqueología, depósito de los monumentos que mejor narran la historia de Milan, la Atenas del Imperio Romano, residencia imperial y víctima, durante la Edad Media, de terribles conquistadores. En el siglo v el visogodo Teodorico tomola por asalto, y el huno Atila se apoderó de ella, y despues de haber sido sucesivamente conquistada por los lombardos y por los francos, vió caer derribados sus muros ante el emperador de Alemani Federico Barbaroja. Provincia primero del imperio germánico, villa libre desde la paz de Constanza, si durante la Edad Media fué capital de un Estado independiente, en los tiempos modernos gimió bajo el ominoso yugo de la casa de Austria, y en nuestro siglo fué conquistada por Napoleon *el Grande* y entregada luégo, como á botin de la batalla de Waterlloo, al imperio austriaco.

En aquella ciudad, que tan grandes recuerdos guarda, nació Alejandro Manzoni en el año 1784. Fueron sus padres Pedro Manzoni, hidalgo acomodado, y Julia Beccaria, hija del esclarecido autor de *Los delitos y las penas*, mujer dotada de rara penetracion y de ilustradas ideas que, formando el corazon de su hijo, contribuyó al desarrollo de su inteligencia. El primer maestro de quien recibió lecciones fué su abuelo, que, llegado al apogeo de la gloria, descansaba de los trabajos á que debía su renombre instruyendo á su nieto, no sólo con preceptos didácticos, sino tambien con el ejemplo que su vida, tan larga como llena de dignidad, ofrecía.

En su casa de Milan celebraban tertulia diaria varios distinguidos escritores que, á pesar de vivir, como vivían, en una sociedad hipócrita, estaban exentos de preocupaciones; eran nobles y preconizaban la libertad; eran demócratas, pero no populacheros, y con sus sólidos trabajos científicos y literarios contribuían al adelantamiento de la ciencia. En sabrosa plática pasaban dos ó tres horas, contribuyendo cada cual á la amenidad de tan íntima reunion. Allí Pedro Verri echaba el ridículo sobre las costumbres de sus contemporáneos; Tanzi prodigó sus chistes alternando con el Frisi, cuya gracejosa conversacion ocultaba sus vastos conocimientos, y Beccaria leía, alguna que otra vez, las sátiras escritas en sus ratos perdidos contra los bibliomanos. La vivacidad, la agudeza, las gracioso-

sas ocurrencias de aquellos hombres, entrados ya en años, no deben sorprendernos si consideramos la semejanza que tiene el carácter de los lombardos con el de los andaluces. Viviendo, como viven, unos y otros, bajo un cielo siempre azul y sereno, rodeados de jardines que ostentan á placer las galas todas de la naturaleza, no es extraño que el buen humor anime sus dichos. Manzoni, aún muy niño, oyó las conversaciones de los amigos de su abuelo, y escuchándolos atentos fué adquiriendo aquella dulce ironía que era uno de sus rasgos característicos.

Cumplido que hubo diez años ingresó en el Colegio de Nobles de Milan, donde se distinguió por su precoz inteligencia, que sin esfuerzo alguno se asimilaba los más arduos conocimientos, y por su natural vivaracho y travieso, y tan indómito que llegó á cansar la paciencia de su maestro de ortografía, quien incomodado al ver cómo se obstinaba siempre en escribir con letras minúsculas los nombres de Rey, Papa y Emperador, sacándose de las mangas de su hábito cierta sutil correa, la hacía silbar *terque cuaterque* junto á los oídos de su alumno. Si en las aulas traducía Manzoni á Virgilio, á Horacio y á Ciceron, á hurtadillas devoraba con la vista las obras de Dante y de Petrarca, y así en el estudio de los clásicos antiguos adquirió buen gusto y en el de los modernos perfecto conocimiento de la lengua italiana. De entre sus contemporáneos los que más admiró fueron el célebre satírico Parini y Monti, el insigne autor de *La Basvilliana*. Recitaba á solas fragmentos escogidos de las obras de Parini y la primera vez que vió á Monti conmovióse hasta lo más íntimo del corazón. Hé aquí cómo le conoció. Cierta día en que Manzoni estaba jugando con sus compañeros en el patio del colegio se les acercó un personaje de elevada estatura, de aspecto grave y de mirada tan viva y penetrante que sus ojos parecían despedir llamas. Con voz armoniosa y acento afable dirigióles la palabra, y como el P. Superior acudiese, les manifestó que aquel visitador era nada ménos que Monti. Manzoni, al igual de todos sus contemporáneos, había leído *La Basvilliana*, y su límpida vena poética, sus espléndidas y variadas imágenes y la armonía de su versificación le tenían cautivo. Al verse ante el poeta

quedó extático creyendo que un dios se le aparecía (1). Desde aquel punto trabáronse estrechas relaciones entre Manzoni y Monti, quien presintiendo la aureola de gloria que andando el tiempo había de rodear el nombre de su jóven amigo, complacíase grandemente con prodigarle sus consejos y amistosas observaciones. A su influjo obedeció Manzoni cuando á la edad de quince años escribió el poema titulado *El triunfo de la Libertad*, imitacion de *La Basvilliana*. En el primer canto la Libertad, asistida de la Guerra, de la Paz, de la Igualdad y del Amor Patrio, despues de haber vencido á la Tiranía y á la Supersticion, ahuyenta de las comarcas italianas al águila imperial, emblema de la monarquía austriaca, miéntras los monarcas, temblando sobre sus vacilantes tronos, presienten el triunfo de la Diosa. En el segundo, imitando al Petrarca, invoca las sombras de los héroes romanos que sacrificaron la vida en aras de la patria, y entre ellos á Bruto, que impreca duramente la tiranía papal y el celibato eclesiástico. En el tercero aparecen los nombres de los mártires de la libertad moderna; una sombra cuenta la matanza de Nápoles ordenada por la reina Carolina, y el poeta, impresionado por tal narracion, maldice la tiranía de los reyes; y en el canto cuarto, al despreciar las injusticias y arbitrariedades de los procónsules franceses, excita á los italianos á que conquisten la patria independencia.

Así como el *Ensayo sobre las revoluciones* fué la revelacion del genio de Chateaubriand, *El triunfo de la Libertad* reveló el genio de Manzoni, á pesar de algunas incorrecciones que traducen la juvenil inexperiencia de su autor, cuya imaginacion no tardó en tomar más altos vuelos.

Rayaba en la juventud cuando á consecuencia de acontecimientos políticos trasladóse con su familia á Paris, donde merced al apellido de Beccaria que con noble orgullo ostentaba, halló acceso en los más elevados salones de la sociedad parisiense. En el de la viuda de Condorcet reuníanse entónces una sociedad de ideólogos, compuesta de Garat, de Volney, de Tracy, de Villers y de otros escritores que habiendo sobre-

---

(1) *I primi anni di Alessandro Manzoni* ut supra.

vivido á la muerte de la Enciclopedia conservaban puro en sus corazones el culto por las bellas letras, á manera de protesta contra el militarismo que entónces imperaba en Francia. En ella fué admitido Manzoni y allí trabó amistad con el crítico Tauriel, al cual, más tarde, cupo la honra de inaugurar en su patria la enseñanza de las literaturas extranjeras, que infundiéndole en el cerebro el conocimiento de los principales poetas franceses y alemanes ejerció sobre él favorable influencia, cuyos resultados no tardaron en hacerse patentes.

En 1806 dió á luz la *Elegía á la muerte de Cárlos Imbonatti*, amigo íntimo de su familia, en la que consigna estos propósitos, resúmen de sus convicciones morales: *Sentir y meditar; con poco contentarse; del recto camino no desviar jamás; conocer los hombres lo bastante para no temerlos; no transigir con la vileza; mantener libre la voluntad y la inteligencia y confesar siempre la verdad sacrosanta*. De vuelta á Milan, publicó en 1809 el poema *Urania* que, á pesar de estar vaciado en los moldes de la escuela arcádica, tan popular, como veremos luégo, en el siglo XVIII, contiene imágenes graciosas y pensamientos sublimes. Y en 1810, los *Himnos Sagrados*, modulacion inspiradísima de los con que celebra la Iglesia Católica sus grandes festividades. Cinco odas componen esta coleccion, á saber: *El Himno de Navidad*, el de *La Pasion*, el de *La Resurreccion*, el de *La Pentecostés* y *El Nombre de María*, y es tal su espíritu, que más que poesías parecen plegarias. Cuando considera el poeta el misterio que se encierra en el nacimiento del Hijo de Dios, cuando acumula las imágenes más graciosas para pintar el humilde portal de Betlem, y el gozo inefable de la Vírgen, y la alegría de los pastores que acuden á adorar al Mesías, compréndese al punto que la alegría señorea su alma. Los ecos de su voz se mezclan con el canto de los pájaros, con el murmullo de la brisa, con el blando ruido del arroyo que se desliza por la menuda arena, con esos mil rumores de la naturaleza que arrullan el primer sueño del Niño Dios. La escena cambia: al pié de la Cruz de donde Cristo pende, la Madre dolorosa cuenta los instantes de su agonía, y el poeta, con el corazon destrozado, entona un cántico de dolor, canto místico que recuerda el la-

mentar del profeta cabe los sauces babilónicos. Los suspiros que de su pecho salen truécense luégo en alegres gritos de triunfo cuando el Señor vence á la Muerte y cuando el Espíritu-Santo abre los labios que han de enseñar la Divina Palabra. Pronuncia el poeta el nombre de María, y deslumbrado por la aureola de gloria que rodea á la Inmaculada, dice de ella que es

Hermosa como el sol,  
Sublime como ejército en batalla.

Recibidos con general aplauso fueron los *Himnos Sagrados*, y desde su publicación su autor figuró en la pléyade de escritores que en aquella época ilustraban á Milan y cuyas tendencias en política y en literatura eran decididamente revolucionarias.

Es sabido que, á consecuencia de los desatentados acuerdos del Congreso de Viena, el reino Lombardo Veneto, erigido en Estado autónomo por Napoleón *el Grande*, fué entregado al imperio de Austria, bajo cuya dominación había vivido desde el tratado de Utrech. Contrario el gobierno austriaco á toda aspiración liberal, deseoso de retener á toda costa la parte que le había cabido en el reparto de los despojos del imperio francés, con anuencia de la córte de Roma y de los Borbones de Italia, sometió la Lombardía al yugo de la fuerza armada y puso trabas á las manifestaciones del pensamiento, ora se revelasen por la prensa ora por la palabra, continuando así la política alemana tan sublimemente increpada por Dante cuando contemplaba á su patria:

*Sempre serva, sempre schiava.*

Tomando por lema estas palabras del vate florentino, varios animosos jóvenes fundaron en Milan en 1819 la revista *Il Conciliatore*, llevados del intento de propagar las ideas liberales en política y en literatura.

Cuando apareció esta revista, la literatura italiana sufrió una transformación quizá la más radical de cuantas ha experimentado desde el último tercio del siglo xvi, en cuya época la pérdida de la independencia patria, introduciendo en su seno ele-

mentos extraños y heterogéneos, contribuyó á su decaimiento. Al estro del Tasso, á la sublime inspiracion de Ariosto, sucedió la alambicada y conceptuosa poesía de Marini y de sus discípulos é imitadores, quienes, arrastrándose serviles á los piés de los dominadores de Italia, entonaban unánimes, como ha dicho Michelet, un himno á la monarquía que resonó por los espacios durante todo el siglo xvii. Tras los marinistas vinieron, con el siglo xviii, los pastores de la Arcadia, capitaneados por Zamppi y por Lemene, que en loor del Parnaso, de Apolo, de las Musas, de Helicon y hasta del Pegaso escribieron insulsos madrigales, cuya pesadez contrastaba con el desordenado movimiento de los marinistas. Duró el predominio de esta escuela hasta mediados de aquel siglo, en cuya época las comedias de Metastasio, los dramas de Goldoni y las poesías líricas de Alfieri, acabaron para siempre con la Arcadia, abriendo la gloriosa senda recorrida luégo por Monti y Hugo Toscolo, quienes desde el punto en que bebieron la inspiracion en la purísima fuente de la *Divina Comedia*, fundaron en Italia la escuela romántica establecida ya en Alemania por Goethe, Schiller y Schelegel, y en Inglaterra por Walter Scott (1).

Exponer las doctrinas de tan ilustres maestros, popularizarlas, ponerlas en práctica fué el objetivo literario al cual tendían los redactores de *Il Conciliatore*, en cuyas páginas, entre otros escritos valiosos, publicáronse las tragedias de Silvio Pellico, los estudios críticos sobre Alemania, de Berchet, los poemas de Tomás Grossi, las poesías líricas de Maroncelli y los estudios jurídicos de Goja. Manzoni, unido por estrecha amistad con estos autores, no fué de los últimos en cooperar á tan noble empresa, ya que en 1820 insertó en *Il Conciliatore* el *Conde de Carmañola*, tragedia romántica, cuyo héroe tomado á la historia, fué en siglo xiv el tipo de los aventureros militares. Pastor en sus primeros años, soldado luégo, adquirió, andando el tiempo, tales medros que el duque de Milan, Juan María Visconti le nombró genera-

---

(2) Consúltese la obra *Storia della Letteratura italiana*, por Guidici, tomo II.

lísimo de sus ejércitos. Por intrigas cortesanas perdió el favor de aquel príncipe, y, en su despecho, puso la espada al servicio de Venecia. De natural, si bien noble, indómito y rudo, incapaz de refrenarse y no obedeciendo á más ley que á su propia voluntad, no tardó en suscitar los recelos del cauteloso gobierno veneciano, que olvidando sus servicios le condenó á muerte. Con toques precisos pinta Manzoni á tan singular personaje, presentándonoslo valiente en la lid, generoso con los vencidos, altivo al dar cuenta de su conducta ante el Consejo de los Diez, heroico en el duro trance de la muerte. Los demas personajes de la tragedia sólo de él reciben vida.

Ábrese la escena en el salon de sesiones del Senado de Venecia. El dux manifiesta que los florentinos solicitan la alianza de la República contra el duque de Milan, cuyos embajadores, con intento de impedir la rotura de las amistosas relaciones que existen entre su príncipe y la República, se hallan en Venecia, donde reside tambien el conde de Carmañola, sin carácter alguno oficial, empero con la esperanza de que le nombren generalísimo de las tropas venecianas; que habiendo sido, á instigacion de los embajadores milaneses, objeto de una tentativa de asesinato, no puede ya, en manera alguna, reconciliarse con su natural señor. Llamado el Conde ante el Senado, comparece, y al expresar sus intenciones pone de manifiesto su altivo carácter. Retírase luégo, y los senadores deliberan sobre si será ó no elegido para aquel elevado empleo. El senador Marino, carácter receloso y precavido, se decide por la negativa, y otro senador, Marco, hace del Conde un caloroso elogio. En la última escena Marco visita á Carmañola, le participa que ha sido nombrado generalísimo y le ruega que modere su carácter. El primer acto, pues, no es otra cosa que la exposicion de la tragedia, y en él se dejan traslucir las dificultades contra las que habrá de luchar el héroe.

El campamento del Duque de Milan es el lugar de la primera escena del segundo acto, lugar inexpugnable por estar rodeado de malezas y lagunas. El hábil Carmañola, en vez de presentar sus tropas en batalla, hostiga al enemigo con ata-

ques parciales. Presididos por Malatesta, los jefes milaneses se hallan reunidos en consejo de guerra, y los más jóvenes de entre ellos proponen que se marche contra Carmañola. El venerable Pérgola, militar experto, intenta contener tan peligrosos ímpetus, y en el vivo debate que con tal motivo se promueve, los imprudentes llevan la ventaja. Carmañola, entre tanto, retirado en su tienda de campaña, piensa con satisfacción en que se acerca la hora de la venganza. De pronto le anuncian que los enemigos se adelantan lanzas en ristre y enseñas desplegadas. Penetran en la tienda los generales venecianos, á quienes Carmañola da órdenes en términos concisos. Esta escena, corta y llena de animación, contrasta con la lentitud con que se ha desarrollado la precedente.

En el tercer acto el Conde aparece vencedor. Un emisario del Senado, al felicitarle por su victoria, le aconseja que para recoger los frutos de ella persiga sin descanso al enemigo. No admite Carmañola este consejo, ántes bien contesta desdeñoso al emisario, que insiste en sus exigencias. Otro emisario se queja porque los caudillos libertan á los prisioneros. El Conde aprueba esta conducta, y sabedor que sus propios prisioneros gimen todavía entre los hierros, manda que comparezcan á su presencia, y los pone en libertad. Como entre ellos se halla el hijo de Pérgola, le colma de distinciones. Los emisarios asisten á esta escena y acuerdan entre sí que, áun cuando se muestren deferentes hácia el Conde y aprueben cuanto haga y diga, denunciarían su conducta al Senado. Este acto, en suma, constituye el nudo de la tragedia.

En el siguiente Marino acusa de desleal al Conde ante el Consejo de los Diez, y Marco le defiende. Sus palabras son acogidas con murmullos reprobadores, y el Dux le ordena que parta á Tesalónica á combatir contra los turcos. Marco conoce en este punto que siendo cosa resuelta la condenación del Conde, no hay poder humano capaz de salvarle; una sola palabra que él pronunciase, el más leve indicio que le diese, les perdería irremisiblemente á ámbos. El monólogo con que expresa estas ideas manifiesta á maravilla las angustias de una conciencia vacilante. La escena siguiente nos transporta á la tienda del Conde, quien refiere á su pariente Gonzaga que el

Senado, deseoso de oír su parecer respecto á ciertos asuntos interesantes, le ordena que vaya á Venecia. En vano Gonzaga, que prevé una emboscada, intenta disuadirle de su intento. Carmañola no cesa en él y anuncia que al rayar del alba se pondrá en camino para la ciudad.

En el último acto se presenta el Conde ante el Tribunal de los Diez. Aparentan que quieren consultarle sobre un tratado de paz propuesto por el Duque de Milan. Mas como él, con sus altivas contestaciones, excita el furor de la Asamblea, le ponen preso. Descuella en esta escena el espíritu de animosidad entre la toga y la espada, que fué uno de los rasgos distintivos de la Edad Media. En el palacio del Conde, su esposa Antonieta y su hija Matilde le esperan ansiosas. Llega Gonzaga, y con lágrimas en los ojos les cuenta cómo al ser por ellas tan querido le han condenado á muerte. Antonieta y Matilde acuden á la prision á recibir el último adios del Conde. Nada hay más tierno ni más conmovedor que este final tan delicadamente concluido.

El plan de esta tragedia lo está superiormente concebido; el interes no decae un punto y se sostiene constantemente con medios sobrios y verosímiles.

El mismo éxito que más tarde obtuvieron en España *El Trovador* y en Francia *Hernani*, alcanzólo en Italia *El Conde de Carmañola*, cuya fama en poco tiempo creció tanto, que la *Revista Enciclopédica* y el *Journal des Savants*, periódicos franceses, le prodigaron calorosos elogios, y el patriarca Goethe, que desde su retiro de Weimar observaba con sumo interes el desarrollo de la escuela romántica, felicitó al autor por haber prescindido de aquellas reglas arbitrarias cuyo resultado no era otro que el trabar la espontánea inspiracion, y publicó en la renombrada revista alemana *El Arte y la Antigüedad* una crítica razonada de aquella tragedia. Los clásicos, por el contrario, le censuraron severamente, escribiendo en el *Liceo Frances* y en la *Quarterly Review* sendos artículos contra su autor, echándole en cara lo mismo por lo que Goethe le había aplaudido, esto es, haber faltado á las tres famosas reglas. El autor de *Fausto* tomó para sí el encargo de contestar á la *Quarterly Review* y Manzoni dirigió al *Liceo Frances* una

larga carta para defenderse de los ataques que por aquella revista le habían sido dirigidos. En ella la modestia y la cortesía compiten con la vasta erudición, la lógica de los razonamientos y el gracejo del estilo. Demuestra Manzoni que no fué Aristóteles quien inventó las tres reglas, sino más bien los críticos del siglo xvii; y después de haber probado con ejemplos sacados de las obras de Sófocles, de Shakspeare, de Racine, de Corneille y de Voltaire, lo embarazoso y antinatural de las reglas, condensa su opinión respecto á ellas en estas irónicas frases: «¡Oh! las reglas son excelentes. Con su ayuda los críticos ejercen autoridad; los poetas excusan sus faltas y el público puede, sin gran esfuerzo, juzgar del mérito de una obra. Todos se hallan bien con ellas, todos menos el Arte.»

En 1823 dió á luz Manzoni la tragedia *Adelchi*, cuyo asunto, por demas grandioso é interesante, es la expedición emprendida por Carlomagno contra Desiderio y Adelchi, últimos reyes nacionales de los lombardos, y su acción se desarrolla tan rápida, que al final del primer acto el nudo aparece ya formado. Las pasiones que agitan á los personajes, las causas de la lucha empeñada entre Carlomagno y Desiderio, pónense de relieve y ante la perspectiva de una próxima catástrofe; los nobles traidores de la Lombardía conciertan entre ellos que venderán á su rey. Carlomagno no aparece todavía, mas el lenguaje lacónico é imperativo de su embajador es la expresión más completa de la ambición y el orgullo.

En el segundo acto, francos y lombardos se hallan frente á frente. Carlomagno, viendo que no puede tomar el fuerte reducto tras cuyos muros se guarece el ejército lombardo, trata de regresar á Francia. Martino, sacerdote italiano, arriba al campamento é indica un camino por el que los francos podrán caer de improviso sobre el enemigo. Empeñado el combate, al destino toca decidir de quién será el triunfo.

Bien traídas y dramáticas son las escenas del acto tercero. Los traidores refuerzan el ejército franco que ha vencido al lombardo. Desiderio está perdido si el reducido número de fieles que rodean á Adelchi no resisten á los embates de Carlomagno.

La primera escena del cuarto acto es un episodio sumamente

patético. En el convento de Santa Julia de Brescia, la agonizante Ermengarda, hija de Desiderio y esposa repudiada de Carlomagno, da un adiós á la vida. El lugar de las demas escenas de este acto es los muros de Pavía. Los conspiradores, reunidos á favor de las sombras nocturnas, ábrenle al ejército franco las puertas de la ciudad.

El quinto acto nos lleva á Verona, donde Adelchi intenta en vano hacer resistencia. Sus cobardes soldados se rinden tan pronto como el ejército franco aparece ante los muros. Adelchi huye, le persiguen, le hieren, es conducido á la tienda de Carlomagno, y allí espira en brazos de su desventurado padre.

A excepcion de Adelchi y de Ermengarda, los personajes de esta tragedia son retratos históricos. Carlomagno no es el héroe caballeresco de las leyendas ni el rey santo de la Iglesia: es tal como fué, político profundo que pone sus ideas al servicio de sus intereses, y que, no obstante su admiracion por la civilizacion romana, como á bárbaro que es, sólo en la guerra se complace; Desiderio, bárbaro tambien, es, como en vida, ambicioso y arrebatado, si bien interesa por su desventurada suerte. Sivart, vasallo envidioso, que para salirse de la humilde esfera en que vive pone en juego la astucia más refinada y el mayor disimulo; el escudero de Aufrido, tipo de la fidelidad feudal; Martino, cuyo exaltado misticismo le hace creer que es el elegido del Señor para coadyuvar á la empresa de Carlomagno; todos esos personajes son de carne y hueso, piensan y obran como solían pensar y obrar los hombres del siglo VIII.

Adelchi, empero, creado por Manzoni, aparece como un dechado de perfecciones; valiente y justiciero, los sentimientos liberales y humanitarios que hacen latir su corazon no fueron, en verdad, los de la época en que vivió. Como la historia sólo nos dice de Ermengarda que, muy jóven todavía, contrajo matrimonio con Carlomagno, y poco tiempo despues fué repudiada, su carácter es creacion de Manzoni, digno de figurar al lado de los de Antígona, de Desdémona, de Mignon, de todas esas mujeres que en la mente de los genios han amado y sufrido. Tanto en esta tragedia como en el *Conde*

de *Carmañola*, Manzoni, emulando en lirismo con Sófocles y Eurípides, restableció el uso de aquellos coros que habían constituido uno de los principales elementos del drama griego.

No le faltaron tampoco á *Adelchi* las críticas de agrios censores, á los cuales Manzoni no se dignó contestar, puesto que en la carta dirigida al *Liceo Frances* había expuesto ya su sistema dramático. Por otra parte, poco debía importarle el clamoreo de críticos adocenados y sistemáticos, á quien contaba con la explícita aprobacion de Goethe que, cada vez más, admiraba el talento de nuestro poeta. A este propósito, Víctor Cousin, en su libro *Notas de viaje*, cuando cuenta la visita que en 1825 hizo á Goethe, refiere lo siguiente:

«Después de haberle hablado de Francia (á Goethe), le dije:

—Pláceme que os hayais ocupado no sólo de la literatura italiana sino tambien de mi amigo.

—¡Oh! Manzoni es un jóven por el que me intereso mucho. En sus tragedias ha prescindido de las tres reglas, y sobre todo de la de lugar. Los anticuados lo habrán tomado á mal, añadió sonriéndose.

—Efectivamente, á pesar de su moderacion, ha sido severamente criticado.

—Recibí á su tiempo la tragedia *Adelchi*. La he leído con toda detencion, y tengo escrito un extracto que publicaré en breve. Contiene trozos muy bellos. Aun cuando en las obras de arte me atenga más al conjunto que á los detalles, no he podido ménos de admirar el carácter de aquel soldado lombardo en cuya casa se reunen los conjurados. ¡Cuán hábilmente utiliza por cuenta propia los placeres aejnos! Y una vez en la corte de Carlomagno, ¡con qué naturalidad aparenta proteger á quienes vende! Aun cuando Manzoni tome á la historia los personajes de sus tragedias, los anima infundiéndoles nuestros sentimientos. Y ahora bien: ni los lombardos ni la corte de Carlomagno, que tengo para mí debía de ser algo ruda, son capaces por sí solos de excitar el menor interés dramático. Recordad á *Adelchi*, su carácter es creacion de Manzoni.

—Sí, los sentimientos que conmueven el corazón de

Adelchi moribundo son los de Manzoni que siendo, como es, ante todo, un poeta lírico, al retratar á su héroe, á sí propio se ha retrado.

—Há ya tiempo que al leer sus *Himnos Sagrados* adiviné sus creencias. Es un católico sincero.

—En éstas dile las gracias por haber defendido á mi amigo de los injustos ataques que le había dirigido el *Quartely Review* y él repuso con acento sincero:

—Tengo en mucha consideracion á Manzoni. *El Conde de Carmañola* envuelve ideas muy profundas, y *Adelchi* es sublime, sobre todo en sus coros, que son su parte más bella.

Entónces yo creí del caso noticiarle que Manzoni estaba escribiendo una novela histórica en la que, aplicando su sistema, se proponía ser más fiel á la historia que el mismo Walter Scott.

—¿En cuál época y en dónde coloca la accion?

—En el siglo xvii y en Milan.

—Manzoni, como buen milanés, estará perfectamente enterado de la historia de su patria; si lo veis participadle cuánto le estimo.»

No hay que decir que la obra anunciada á Goethe por Cousin es la celebérrima novela traducida en todas las lenguas, admirada por todos los críticos, y fecundo manantial de gozes para todo linaje de lectores. Singular fué por demas el génesis de esta nueva produccion de Manzoni. En 1824 estaba escribiendo una tragedia cuyo héroe había de ser Espartaco cuando, al examinar los manuscritos de la Biblioteca de Milan, dió por casualidad con un documento del siglo xvii, en el cual leyó un pregon contra los bravos. Reflexionando sobre las desventuras de aquella época, concibió el plan de su novela, é inmediatamente puso mano á la obra y trabajó con tanta actividad, que en 1827 pudo ya imprimir esa obra. Toda vez que, gracias á las excelentes traducciones de D. Juan Nicasio Gallego y de D. Gavino Tejado, *Los Novios* es popular en España, no referiré su argumento por juzgarlo tarea sobre inútil enojosa (1). Conocidos son entre nosotros los enamora-

(1) De la traducción de *Los Novios*, por Nicasio Gallego, se ha publica-

dos Lorenzo y Lucía, D. Rodrigo y el Innomido, la odiosa si bien interesante monja de Mouza, los venerables Federico Borromeo y Fray Cristóbal, y no existe español alguno dado á la lectura que no haya reído las ridiculeces de D. Abundio y de Perpetua, tipos tan vivos en Italia como Gil Blas de Santillana y Sancho Panza en nuestra patria, y que no recuerde con fruición aquellas magníficas pinturas de las revoluciones, de la hambre, de la guerra, de la peste, resúmen y compendio de los países opresos por extranjeros. Las dotes que más brillan en esa novela, son la verdad asombrosa de los caracteres, la animación del diálogo, su estilo ya ameno, ya elocuente, según lo requiere el asunto, y sobre todo, el profundo conocimiento de la época en que pasa su acción.

Manzoni, desde muy joven aficionado á la historia, inspiróse constantemente en ella. Al visitar Barletto, antigua mansión de Carmañola, cuyos paredones se levantan en la barriada de Milan, imaginó su primera tragedia. Con la lectura de Pablo Diácono y de las Crónicas Moisaccensé y Novaliense preparóse para componer *Adelchi*, y estudiando atentamente las obras de Muratori, de Ripamonti y de otros escritores milaneses, adquirió el subido colorido histórico que anima las páginas todas de *Los Novios*. No sólo leía en la historia con los ojos del artista, sino con los del filósofo que aprende en el estudio del pasado el derrotero que habrán de seguir las generaciones venideras. Siendo á la vez analítico y sintético, buscaba en la erudición las premisas cuyas consecuencias le permitiesen formular un principio general. Este método aplicado á la historia de Italia le impulsó á tomar parte activa en la constitución de su unidad, á lo cual habían aspirado siempre sus más ilustres compatriotas. La independencia de Italia fué la esperanza y la ilusión de sus juveniles años, y el amor patrio le preservó del contagio adulador que contaminó á todos sus contemporáneos cuando creyeron ver en Napoleon al restaurador de Italia. En aquella sazón los pintores representaban al Emperador vestido con la purpúrea toga consular, recibiendo

---

do en Barcelona una nueva edición precedida de un profundo prólogo debido á la pluma de mi insigne maestro D. Manuel Milá y Fontanals.

el homenaje de las deidades del Olimpo; los escultores esculpían su busto coronado de laurel, y los poetas, desde Monti al último coplero, le celebraban sin cesar. Manzoni le cantó también, es verdad; pero le cantó después que hubo muerto, y á su musa, tan ajena á *serviles encomios como á cobardes ultrajes* (*Vergin di servo encomio — E di codardo oltraggio*), demandó inspiración para componer *El Cinco de Mayo, l'oda d'il secolo*, como la llaman los italianos. Escribióla en 1821, pocos días después de haber cundido por Europa la nueva de la muerte de Napoleón, expresando en ella la admiración y á la par la lástima que le inspiraba el sobrenatural destino del vencido en Waterlloo. Comentada ha sido esta admirable poesía, y fuerza es confesar que son justas cuantas ponderaciones se hacen de su mérito. Sobre él no insistiré, por tanto, toda vez que sólo incumbe á mi propósito observar cuán atinadas son las reflexiones que hace Manzoni al considerar la muerte de Bonaparte. A pesar de la severidad con que le juzga, cócese que no puede resistir á la atracción que en él ejerce el genio del Capitan del siglo, y cuando se le representa en la solitaria playa de Santa Elena al finir de un día consumido en forzosa inacción, á él cuya actividad vencía al tiempo, y oye ó cree oír la oración que murmuran aquellos labios que tantas palabras de odio pronunciaron, el poeta no domina ya su emoción, ya no increpa, ya no celebra, ya no canta: llora. Compárese esta oda con la que á igual asunto dedicó Lamartine, y se echará de ver la distancia que media entre el lenguaje de la afectación y el de la sinceridad. Mientras el poeta francés quiere sentir, quiere impresionarse ante la muerte de Napoleón, y no obstante todos sus esfuerzos para conseguirlo sólo logra componer un conjunto de imágenes falsas y de expresiones exageradas, el italiano escribe porque su mente está agitada y porque puede aplicarse con razón el *Est Deus in nobis* del poeta latino.

Esa identidad entre sus sentimientos y su expresión artística brillan también en *La proclama de Rimini* y en *La independencia de Italia*, himnos patrióticos escritos con verdadero estro y esmaltados de pensamientos que á las claras revelan con qué fuerza latía su corazón cuando su mente evocaba la imá-

gen de la patria cuyos gloriosos destinos presentía. *La proclama de Rímini* es una calurosa adhesión al programa político de Murat, que al desplegar al viento en 1815 la bandera de la libertad, incitó á los italianos á que se levantasen contra Austria. Conocido es el fin que tuvo aquella heroica aventura. Vencido Murat en batalla campal por los austriacos, huyó á Nápoles, fué hecho prisionero por los realistas y fusilado en Pizzo. Su muerte desvaneció las esperanzas de los patriotas, que renacieron en 1820, gracias á la propaganda de *Il Conciliatore*, cuyos redactores, miéntras combatían con la pluma, se preparaban á combatir con el fusil. Con el intento de sublevar la Lombardía organizaron una vasta conspiración. Tenían un ejército apercebido para el combate, una bandera y una junta militar encargada de dirigir la campaña, y contaban además con auxilios en hombres y dinero, que el Gobierno del Piamonte les había prometido. A Manzoni cupo la tarea de escribir el himno que había de ser como el grito de guerra de los italianos. La impaciente ansiedad de los conjurados cuando, miéntras afilan entre sombras las espadas que presto habrán de relucir al sol, vuelven la vista al río Tesino, límite entre la Lombardía y el resto de la península, animados con la esperanza de atravesarlo y juntarse á sus hermanos para combatir con ellos por la independencia de Italia; el odio á la dominación extranjera y el presentimiento de una era de libertad revélanse en ese sublime himno que hubo de permanecer inédito. En efecto, habiendo la policía austriaca husmeado la conspiración, el Gobierno adoptó un sistema represivo, cuyo primer resultado fué el nombramiento de un tribunal extraordinario, no para procesar á los redactores de *Il Conciliatore*, sino para condenarles. Silvio Pellico y Manzocelli fueron conducidos, primero á los ardientes *plomos* de Venecia, y despues al glacial castillo de Spielberg; otros, más afortunados, pudieron emigrar á Francia miéntras la censura prohibía sus obras. Manzoni debió su salvación á la generosidad de sus amigos, quienes comprendiendo el peligro que corría el autor del himno, al declarar ante el tribunal callaron su nombre. Trasladóse á su quinta de Brussano, donde vivió retirado esperando mejores tiempos.

Llegó el memorable año 1846. Pío IX, en el ardor de su entusiasmo liberal, del cual más tarde tanto hubo de arrepentirse, promulgó la *Consulta de Estado*, estableciendo en Roma una suerte de gobierno parlamentario, y para halagar los sentimientos nacionales, declaró la guerra al imperio austriaco. Manzoni, viendo el entusiasmo con que á su paso por las villas y ciudades eran acogidas las tropas que marchaban al combate, decidióse á publicar el himno á la *Independencia de Italia*, que salió impreso con la siguiente dedicatoria: *Al ilustre Teodoro Kœrner, poeta y soldado de la independencia germánica, que fué muerto el 18 de Octubre de 1813 en la batalla de Leipzig*. Sólo á manera de ejemplo evocó Manzoni el recuerdo del sublimemente melancólico autor de *La canción de la espada*, ya que estaba bien léjos de sospechar que dentro muy pocos años la disgregada Alemania reconstituiría como Italia su unidad nacional. Si Manzoni no empuñó el arma en aquella ocasion, permitió que su hijo fuese á combatir, y al despedirse le dirigió estas estoicas palabras: ¡Cúmplase la voluntad de Dios! Vete, hijo mio, ve á ocupar el puesto que el deber te señala. Si tengo la desgracia de perderte, me consolaré pensando que has muerto por la patria. El monarca que empleó su talento político, su indiscutible valor militar y la entereza toda de su noble carácter en la realizacion de la unidad italiana, fué objeto de gran admiracion por parte de Manzoni, que no dudó un punto en prestar á su gobierno el más decidido apoyo. Habiendo sido nombrado senador, asistió al Senado para proclamar el reino de Italia, y dió un voto favorable á la ley, en cuya fuerza la capital de la nueva monarquía no fué ya Turin, sino Florencia, primera etapa del camino hácia Roma. Abrió las puertas de su casa al vencedor de Velletri y de Palermo, agasajóle y le dijo: Me considero muy inferior á cualquiera de vuestros soldados.

Por contribuir á la reconstitucion de su patria, emprendió Manzoni la tarea de unificar el idioma italiano, cuyos vocablos tienen diversa acepcion, segun cuáles sean las distintas comarcas en que es usado. Con este intento acudía á los mercados, á las ferias, á las romerías, y escuchando el lenguaje

del pueblo, tomaba nota de los vocablos que más propios y castizos le sonaban para componer un diccionario con el objeto de probar que, siendo los florentinos quienes con más pureza hablan, la lengua nacional es la de Florencia. Sintetizó sus observaciones respecto á este punto en la carta dirigida al filólogo Jacinto Cazcana, académico de la Crusca, que se distingue por su lógica contundente y por la energía y conexión de su estilo.

Aun más brillan estas cualidades en la refutación de ciertos pasajes contenidos en la *Historia de los repúblicos italianos*, por Sismondi, en los cuales se asienta que la corrupción de costumbres en la Edad Media fué debida á la influencia ejercida por las doctrinas de la Iglesia Católica. El gran mérito de la antedicha obra, la rápida popularidad que obtuvo pusieron la pluma en mano de Manzoni, que no pudiendo permanecer silencioso ante el ataque á sus creencias dirigido, salió en defensa de la moral católica, cuya pureza encomia, si bien condena los abusos que en su nombre se hayan cometido. Otros escritos de ménos importancia, poesías sueltas, artículos de revista, memorias académicas sobre historia y filología, brotaron también de la pluma de nuestro autor, cuya fama se extendió por los ámbitos de Europa. En su patria, empero, los órganos periodísticos del partido *clerical* se cebaron en él, y más que todos el *Oservatore Cattolico*, de Nápoles, que después de haberle injuriado en vida, insultó su memoria. En el mes de Mayo del año 1877, dando cuenta de una sesión literaria celebrada para honrar la memoria de Manzoni, escribió acerca de él este virulento juicio: *Las ideas de Manzoni jamás fueron ortodoxas. Por complacer á sus amigos y al numeroso cortejo de sus aduladores, fué siempre semi-católico. ¡Pobre Manzoni! Cuanto más leemos sus obras, más nos asombran las espesas tinieblas que envuelven su preciosa inteligencia.* Manzoni, recordando la célebre frase de Guizot, *Vuestros insultos no se elevan hasta la altura de mi desden*, ni intentó sincerarse. Creyó empresa imposible el convencer á los que, abrigando el propósito de no convencerse jamás, cierran los oídos á las más persuasivas razones. El afecto de sus amigos, la admiración de Europa, eran bastantes

á contentar á quien en la comedia de la vida no aspiró nunca á representar el difícil papel de genio. De carácter modesto y reservado, reconcentrábese en sí mismo, y en la meditacion y en el estudio hallaba fortaleza y consuelo. La muerte de su esposa, en quien idolatraba, la de sus hijos destrozaron su corazon, pero no pudieron turbar la serenidad de su ánimo, resignado á los pesares que suelen ser el lote de los mortales. En el retiro de su hogar deslizáronse sus últimos años, dulces y tranquilos como los postreros dias de otoño, y despues de haber sobrevivido á los hombres de su generacion, cerró para siempre los ojos llorado por la Italia entera.

Poeta inspiradísimo, novelista eminente, historiador verídico, no fué tan digno de admiracion por su singular talento como por el acendrado amor á la libertad y á la patria, que informó sus actos todos.

PEDRO NANOT RENART.





## LA HISTORIA EN EL SIGLO XIX.

( Conclusion ).

**N**ADA diremos de la base fundamental de la teoría hegeliana, ni de su afirmación de que la libertad es el objeto del proceso histórico, ni de su noción de la voluntad, de la libertad y del espíritu del mundo. Procuraremos sólo hacer la crítica de su sistema histórico.

Hegel comprende la necesidad de estudiar los varios elementos constitutivos de una civilización cualquiera para determinar los caracteres, la personalidad de cada pueblo y apreciar al mismo tiempo en cada momento histórico el desarrollo alcanzado por el espíritu general del mundo. En todos los pueblos encontramos las mismas instituciones fundamentales, familia, Estado, arte, ciencia y religión, como determinaciones de la idea; pero en la historia vemos que aun permaneciendo aquella idéntica á sí misma, sus determinaciones cambian y se modifican en sentido del progreso; y así las naciones como la humanidad pasan del período religioso al artístico y salen de éste para entrar en el científico permane-

ciendo la historia en su incorruptible unidad. Pues bien, de este modo de explicar la evolución histórica resulta en contradicción la doctrina general de Hegel, en la cual la religión aparece como el último momento de la idea, con su sistema histórico, en el que el arte aparece cuando la religión se debilita.

El espíritu, dice Hegel, desdeñando el estudio de las relaciones existentes entre el mundo natural y el histórico, á las cuales dedica unas cuantas observaciones desprovistas en absoluto de valor científico, después de haber reconocido la importancia histórica del elemento natural, el espíritu es la antítesis de la materia, pues la esencia del espíritu es la libertad y la esencia de la materia la pesantez. La libertad, causa final de la Historia, impera venciendo la oposición de las pasiones, de los intereses individuales y nacionales. China es el primer día de la historia, la infancia de la humanidad. Pero ¿y los hechos ejecutados en anteriores épocas, en el período de tiempo indispensable para la constitución de sociedades de más de doscientos millones de individuos? Hegel lo ignora, odia las investigaciones prehistóricas, presentadas no más en sus días, y las disertaciones sobre los orígenes del hombre le parecen estériles y pueriles entretenimientos de inteligencias amantes de la paradoja.

« En cuanto á la fórmula general de los tres Estados, dice Flint, creo que cuando se afirma ser la sustancialidad el carácter distintivo del Oriente, el individualismo de Grecia y Roma y la armonía de los dos elementos, el del mundo moderno, se emplea un lenguaje vago y equívoco que no adquiere valor científico sino cuando se demuestra su falsedad. Decir que en Oriente uno solo es libre, que en Grecia y Roma son libres algunos y que en Europa lo son todos, es emplear un lenguaje superficial y deficiente. El mundo oriental, el mundo clásico, el mundo cristiano no pueden ser resumidos en una sola frase. La palabra sustancialidad no puede en modo alguno explicarnos la historia de los grandes imperios asiáticos. Para poderla aplicar con algún fundamento á China, la nación cuyos hechos se prestan más á esta clasificación, Hegel necesita trazar un cuadro por todo extremo quimérico y ca-

prichoso de la vida de este pueblo, suprimiendo períodos enteros de su historia y falseando su organización política. »

En el fondo el principal defecto de la *Filosofía de la Historia* de Hegel está en el método, ó mejor dicho en el empeño obstinado de clasificar las naciones y las épocas históricas con una sola palabra, convirtiéndolas en frascos de farmacia, capaces de ser distinguidos por simple rótulo. Con todo, Hegel inaugura una era fértil «en trabajos portentosos, ninguno de los cuales ha igualado á la obra del maestro. La parte consagrada al estudio de la filosofía griega es un monumento imperecedero; y aún cuando reconozcamos la falsedad del principio en cuya virtud intenta asimilar la aparición de los sistemas filosóficos en la Historia á la sucesión de las categorías en la lógica, hemos de confesar al mismo tiempo, que nadie como Hegel ha trazado la marcha del espíritu á través del tiempo en busca de lo absoluto (1).»

Grande ha sido el progreso de la Historia desde Hegel hasta nuestros días. Las teorías de los grandes maestros, semejantes á los montecillos de arena formados por las aguas en la desembocadura de los ríos caudalosos, crecen y se extienden cada vez más, amplificadas con nuevas ideas, descubiertas muchas por inteligencias inferiores, merced á observaciones más continuadas y profundas. Y así, Cousin considera la Historia como la oposición de lo infinito á lo finito; Michelet descubre en el fondo de los hechos, aún de aquellos al parecer más insignificantes, la eterna lucha del hombre con la naturaleza, del espíritu con la materia, de la libertad con la fatalidad; Laurent intenta demostrar, con argumentos tomados de los mismos acontecimientos, la existencia de un Dios personal que conduce á los pueblos de la variedad á la unidad, y nota cómo los escritores más notables han incurrido en cierta especie de fatalismo, San Agustín y Bossuet en el fatalismo católico, Vico en el fatalismo pagano, Montesquieu y Herder en el fatalismo de la naturaleza y Hegel en el fatalismo panteísta; los positivistas, por último,

---

(1) Flint, pág. 286, 328 y siguientes.

traen á la Historia el sentido y método que han llevado las ciencias naturales á sin igual desarrollo.

Los materiales están elaborados, pero la obra aún no está acabada. Las teorías parciales no pueden en modo alguno explicarnos el desarrollo humano, pues á cada una le faltan para completar su sentido los elementos de las demas. De aquí la necesidad de una doctrina general que abarque la vida social en su infinita variedad de aspectos, de una doctrina capaz de explicarnos todos los cambios, las transformaciones todas, acaecidas, lo mismo en las elevadas regiones desde donde parten el movimiento y la dirección, que en las últimas clases de la sociedad, entre las cuales apenas penetra la luz de la verdad, condenadas eternamente á librar empeñado combate con la injusticia y la miseria; existiendo tanta poesía en la narración de los hechos ejecutados por las muchedumbres y en las mudanzas por ellas sufridas, como en la descripción de las grandes batallas ó en los sucesos de más alta transcendencia en órden á la gobernación de los Estados. «Los trajes y las maneras del pueblo, dice Macauley, sus muebles y habitaciones, deben excitar la admiración del historiador en el mismo grado que un cambio de dinastía ó un conflicto ministerial.» La Historia es, por tanto, en nuestros días siempre general, aún cuando se refiera á determinado pueblo; mientras que las historias antiguas, aún las escritas con tendencias generales, eran siempre historias particulares, pues grandes manifestaciones del espíritu, rasgos característicos de un pueblo ó de una civilización, no hallaban en ellas cabida. Mas para semejante concepción de la historia era necesario un cambio radical en la manera de considerar la sociedad. Se veía sólo la cúpula del edificio, era indispensable conocer también los cimientos. La Historia se escribía para aleccionar á los príncipes en el gobierno de sus pueblos con los ejemplos del pasado, y era indispensable que la Historia fuese, no la maestra de la vida, que su destino á tanto no alcanza, sino la exposición fiel y metódica de los sucesos humanos, hecha con propósito desinteresado, exclusivamente científico, y por tanto, ajeno á todo fin de antemano preconcebido, cual en muchas ocasiones acontece, pues entónces la Historia pierde su carácter para convertirse en arma

más ó ménos formidable, segun la destreza del que la maneja. ¡Y cuán grandes perjuicios ha sufrido la Historia por el constante afan de los escritores de hacer hablar á los hechos lenguaje en consonancia con sus deseos, con sus intereses, con sus caprichos mismos muchas veces! Con más datos que las ciencias naturales, si bien su campo de accion era mucho más dilatado, la Historia ha permanecido estacionaria, girando en círculo invariable, miéntras aquéllas hanse gradualmente ensanchado con nuevos materiales, con elementos nuevos aportados por las continuas y diarias observaciones. Los hechos tienen un lenguaje propio, independiente de las disquisiciones y ensueños del filósofo. En el mundo social reina variedad sin límites, incompatible con esas doctrinas que dividen la vida humana en períodos cerrados, cuya duracion determinan con matemática exactitud, cual si se tratase de la altura de una torre ó de la longitud de un canal. Esta manera de concebir la Historia, dañosa al progreso científico, engendró valiente y enérgica protesta de parte de inteligencias superiores, y Mignet, Thiers, Guizot, Macauley, Gervinus, áun cuando su amor á la raza germánica le lleva á falsear muchas veces el principio consignado en su magnífica *Introduccion á la historia del siglo XIX*, Momsene, Gregorovius y Bukle, prescindien de ideales fantásticos, consignan los hechos y dejan que los principios generales se desprendan de éstos natural y lógicamente. «De algun tiempo á esta parte, dice Guizot en su *Historia de la civilizacion europea*, manifiéstase entre nosotros decidido gusto, predileccion marcada por los hechos, por los puntos de vista prácticos, por el lado positivo de las cosas: hemos sido dominados durante mucho tiempo por el despotismo de las ideas generales, dominacion que nos ha costado muy cara, pues ha hecho que se nos mire con marcada desconfianza. Hoy preferimos referirnos á los hechos, á las circunstancias particulares. Y esta tendencia representará verdadero progreso, un gran paso hácia el conocimiento y la posesion de la verdad, siempre que no nos dejemos llevar por ella hasta los últimos límites, pues sólo la verdad tiene derecho legítimo al dominio del mundo, y los hechos no tienen valor sino en cuanto expresan esa misma verdad.»

Ahora bien; ¿hasta qué punto podemos asimilar la historia á las ciencias naturales? ¿Será, como pretende un historiador frances en escrito recientemente publicado, que la Historia debe abandonar su puesto en la clasificación científica para ir á formar junto á la física y la química? ¿Todos los fenómenos por la Historia observados caen dentro del método experimental, y pueden colocarse junto á los fenómenos físicos? ¿No hay en la sociedad elementos y fuerzas distintas de los elementos y fuerzas existentes en el seno de la naturaleza? Una observacion sencilla, diaria, de todos los momentos nos demuestra que hay en el hombre algo, cuya esencia no discutimos, que se rige y gobierna por leyes distintas de las leyes que presiden la marcha y las combinaciones de los átomos. ¿Quién puede dudar hoy acerca de las causas y de la índole de los grandes fenómenos naturales? Preguntadle al hombre versado en las ciencias físicas, sean cualesquiera sus opiniones en religion ó en política, aún cuando disienta de vosotros en cuestiones científicas de orden secundario, preguntadle si cree en el movimiento de la tierra al rededor del sol, en la formacion de la lluvia y del granizo en las capas atmosféricas, merced á causas naturales apreciadas y conocidas por la ciencia; preguntadle si cree en la vida planetaria, semejante á la vida individual, y en todas estas cuestiones se mostrará en absoluto conforme con vosotros. Mas desde el momento en que se controvierte un punto cualquiera de la ciencia histórica, la armonía, la unanimidad de opiniones truecánse como por ensalmo en divergencia y disparidad; lo que para unos es causa de retroceso, instrumento de progreso es para otros; allí donde éstos ven fuente de prosperidad y riqueza, hallan aquéllos el origen de inacabables desdichas; para unos la Reforma protestante es la obra de Dios; pues, en su sentir, emancipó las conciencias del yugo de la Iglesia; para otros la Reforma es obra del demonio, pues destruyó la unidad de la fe y arrojó sobre Europa el fuego maldito de la discusion y el libre exámen. ¡Hombres á quienes la sociedad ha encomendado su direccion y gobierno, dicen los entusiastas admiradores de las nuevas ideas, inspirad vuestra conducta en las máximas proclamadas por las revoluciones modernas; no

torneis jamás vuestras miradas al pasado, que entre sus ruinas sólo se levanta el manzanillo de la muerte! Naciones de Europa, dicen los amantes de las instituciones caídas, marchais hácia el abismo á pasos de gigante, embriagadas por el espíritu de soberbia que, como á los ángeles rebeldes, os precipitará en las tinieblas! ¿Y de qué depende esta disparidad de opiniones? Pues depende de que los séres inferiores obedecen á fuerzas exteriores, cuya accion es sólo interrumpida por la accion de otras fuerzas exteriores tambien, sin que jamás encuentren en sí mismos la virtud suficiente para contrarestar la influencia del mundo que les rodea; miéntras que, por el contrario, el hombre, causa de sus actos, modifica las leyes naturales, convirtiéndolas de agentes de destruccion en instrumentos de trabajo. Así, pues, si hay en la Historia elementos fatales en su accion, y por tanto pertenecientes tambien á las ciencias físicas, hay por otra parte un elemento extraño á éstas, con cuya ayuda el hombre se asimila las fuerzas naturales, y léjos de someterse á ellas las subordina á su capricho.

Importa, segun lo expuesto, abandonar los idealismos fantásticos, los sistemas preconcebidos y observar los hechos con recto é imparcial criterio, ajenos á todo espíritu mezquino é interesado, obedeciendo sólo á móviles científicos, para estudiar con reflexion y calma el creciente desarrollo de las facultades humanas, el encadenamiento de los sucesos, sus relaciones, sus analogías y diferencias, para de este modo, por natural y lógico procedimiento, remontarnos á la nocion de las leyes generales basadas en la esencia misma de aquéllos, y ver por qué manera unos estados sociales se derivan de otros, sin interrupciones ni saltos bruscos, reinando en el mundo histórico orden con mucho semejante al orden existente en el seno de la naturaleza; pues así como aquella primitiva masa incandescente, sin vida propia, sometida á las leyes de la materia inorgánica, amórfica, pasa por estados infinitos hasta convertirse en este universo mundo, rico en variedad de contenido, cuyas bellezas apenas podemos percibir, el hombre de las primitivas edades, perdido en la soledad de los bosques, viviendo la vida de la naturaleza, cayendo de rodillas en señal

de veneracion ante las nubes que cierran el horizonte, emprende impulsado por la ley del progreso incesante peregrinacion á traves de la historia, siempre mejorando de condicion, perfeccionando sus medios de existencia con el desarrollo de sus propias facultades, tropezando muchas veces en su camino, pero sin detenerse jamás, hasta convertirse en el hombre de las sociedades modernas que disipa las nubes de la atmósfera y somete el rayo, la antigua divinidad, á su voluntad y á sus caprichos.

J. ALVARADO.

Madrid, Noviembre 3 de 1878.





## EL ARTE

### EN LAS SOCIEDADES MODERNAS.

---

**D**ECIR que el arte no es más que una de las expresiones de un estado social es enunciar una vulgaridad. Sin embargo, llegan momentos en la historia de los pueblos en que esta expresión no responde ya con exactitud á este estado social. Épocas de transición, de investigaciones, de oscuridades.

Entónces el arte permanece en retraso y deja de estar en armonía con las nuevas aspiraciones, no participa de los movimientos que en diversos sentidos se producen en medio de una civilización que busca el verdadero camino.

Los artistas se adhieren á lo pasado, que de día en día se aleja de ellos, ó en medio de una esfera vaga esperan algo desconocido, algo inaccesible.

Una de las glorias más notables del siglo xvi fué, sin duda, el haber posesido en todo el Occidente numerosa falange de artistas que al propio tiempo fueron caracteres, hombres escogidos, instruidos, sabios, filósofos que quizás sin saberlo adelantaban el movimiento social de su época.

No se puede dudar que dieron gran impulso al sobredicho

movimiento y que sus obras contribuyeron á dar al siglo de que tratamos un sello tan especial como indeleble y cuyo valor es indiscutible.

Suponed si no por un instante que el siglo xvi no hubiese sido iluminado por los resplandores del arte, y desde luégo se echará de ver cuán difícil nos sería apreciar exactamente el carácter de esa época de alumbramiento, así como nos sería sumamente embarazoso comprender la naturaleza del desarrollo intelectual del hermoso período helénico si no poseyésemos parte de las obras artísticas de Atenas.

El arte griego marcha paralelo al movimiento político, filosófico, literario y científico de aquella brillante época, vive de la vida de los atenienses y era comprendido con evidencia por todos.

Cuando decimos que era comprendido por todos, entendemos la verdadera población ateniense que entónces constituía una pléyade intelectual en medio del mundo civilizado.

Hoy la república democrática francesa, por ejemplo, no podría seguramente ser comparada con la república de Atenas, compuesta de veintitres mil ciudadanos y más de cuádruple número de esclavos; y si dicho número de ciudadanos podía entónces formar una sociedad de *dilettanti*, no sería esto posible en la democracia del siglo xix.

¿Quiere esto acaso decir que el arte debe limitarse á ser comprendido por una fracción mínima de la población, dejando á un lado la inmensa mayoría de esta población?

Si el arte no es un lenguaje por todos comprendido, puede ser un objeto encantador de lujo; no deja huellas duraderas para lo porvenir y no desempeña el papel que debe representar en lo presente.

Ahora bien; el arte debe, en efecto, desempeñar un papel especial y un papel cuya importancia comprendemos como por instinto, aunque no nos demos cuenta de lo que en nosotros pasa.

Entre los atenienses púsose el arte á servicio y fué intérprete de una sociedad eminentemente intelectual, y sobre ella vertió todo el raudal de sus luces.

Entre los romanos púsose á servicio de la maravillosa ad-

ministración romana, y produjo obras que llevan el sello característico del genio particular de este pueblo.

Durante la Edad Media constituyóse el arte intérprete de la teocracia, del feudalismo y de los concejos, y sus expresiones reflejan exactamente estos tres elementos de la sociedad de aquellos tiempos.

En el siglo xvi logra el arte su emancipación al par que el espíritu moderno, y nos encanta su libertad, su atrevimiento y su renovación de lo antiguo.

Bajo el cetro de Luis XIV el arte ¿no es acaso aún el molde oficial de donde huye el despotismo?

Empero, al llegar á este punto, el arte, así como el objeto para el cual fué hecho, no puede ya cambiar más de forma.

El despotismo no se modifica y no existe sino con la condición de permanecer tal cual pretende ser.

Todo lo que al despotismo rodea, todo lo que para él es instrumento, permanece inmóvil, como el mismo sistema á quien presta sus servicios.

Y, en efecto, Luis XIV pretendía nada ménos que dotar á Francia con un arte hierático, cuyo regulador fuese él mismo, no sólo durante su vida, sino también después de la muerte.

Para ello estableció instituciones encargadas de mantener perpetuamente la real tradición, y hasta hoy, por lo ménos, no han sido absolutamente vanas sus pretensiones; de suerte, que, si aquel monarca pudiese aparecer de nuevo en el mundo y presentarse en medio de nuestra sociedad, tendría gran consuelo al penetrar bajo las bóvedas del Instituto, gran resto y aún harto sólido del arte hierático de una monarquía absoluta, tal cual él la entrevió á través de las nubes de lo porvenir.

Todo lo que hasta aquí llevamos dicho tiende á manifestar que si algún Estado democrático quiere poseer un arte cualquiera, no son por cierto las instituciones fundadas por la monarquía aquellas á las cuales debemos pedir las.

Ahora bien, ¿posee la democracia el genio del arte? Aquí tenemos el punto capital de la cuestión.

Por nuestra parte no dudamos en declararnos partidarios de la respuesta afirmativa; mas es necesario hacer penetrar esta convicción en el ánimo de todos, á través de las espinas

de las preocupaciones, de los errores históricos acumulados por una fraseología, á la cual, en el dominio de las artes, se otorga desde há mucho tiempo cierto valor.

Cuando en el siglo XII se establecieron en gran parte del suelo frances los comunes ó ayuntamientos, surgió el arte, el arte, decimos, laico, que bruscamente corrió al lado del arte monástico y que no tardó mucho en suplantar á su rival.

Este movimiento, cuya importancia y extension hemos expuesto en otra parte, era sin duda un mal ejemplo; y si no, reparad con qué cuidado los promotores y sostenedores del arte oficial del siglo XVII procuraron ahogarlo en su misma cuna.

Deteneos un poco á pensar sobre este punto.

¡Un arte salido de las mismas entrañas del pueblo, practicado por corporaciones laicas libremente establecidas, no podía ser más que producto de la ignorancia y de la barbarie!

Cosa verdaderamente curiosa en esta materia es, á nuestro juicio, que durante el gran período revolucionario nadie pensase en dar al pueblo lo que le pertenecía ni en unir al gran movimiento comunal, sublime tentativa de la república federal, el arte que se había desarrollado juntamente con ella.

Y este arte, nacido con las franquicias urbanas durante los siglos XII y XIII, en oposicion con el arte monástico, ¿es resultado de un capricho ó extrae de otra parte la forma que le caracteriza?

No, ciertamente, sino que se apoya, por el contrario, en la experiencia, se deduce científicamente, profiere principios rigurosos basados en la razon y observacion, entra de lleno en la vida moderna y no quiere deber nada á los que le han precedido.

¡Con qué rigor, pues, con qué desdén no ha sido este arte desechado desde el siglo XVII por las instituciones de arte debidas al régimen despótico!

Dejemos al vulgo suponer ser herejía afirmar que el pueblo, de suyo y sin ayuda de enseñanza autorizada por la monarquía absoluta, pudiese concebir algo sensato é instituir un *arte propio* que manase de sí mismo, y no hagamos ni siquiera mencion de esos espíritus los más liberales, que no se desde-

ñaron de formar coro con los apóstoles del despotismo, gritando á una con ellos anatema al arte frances, expresion del genio del pueblo.

Al oir tales clamores nos sentimos tentados de desesperar del buen sentido.

Apoyados, por lo tanto, en este ejemplo, decimos que tan luégo como la democracia comprenda su papel y su fuerza, tan luégo como tenga tanta fe en su duracion como nuestros padres la tuvieron en la emancipacion de los municipios, tan luégo, decimos, como la democracia tenga su arte y todas las antiguas máquinas inventadas por la monarquía no tengan ya poder para retardar el desarrollo que el arte muestra por medio del sufragio universal, este arte será para el pueblo soberano el enérgico vehículo que asegurará su desarrollo intelectual.

De aquí nacen los obstáculos hipócritamente acumulados, que se oponen á la enseñanza artística del pueblo, de aquí las dificultades que salen al encuentro de los hombres que pretenden dar á esta enseñanza carácter analítico, experimental y metódico, y ved cuántos esfuerzos entran en accion para fabricar máquinas inconscientes, ruedas correctas, sí, mas incapaces de funcionar en la esfera del raciocinio y la deduccion, á fin de que sirvan de instrumentos á los privilegiados que se creen ser los únicos que poseen autoridad para trazar á los otros el camino que han de seguir.

Desde el punto más elevado hasta el ínfimo de la respectiva escala, desde la escuela de Bellas-Artes á la escuela Elemental, en toda la línea, en fin, topamos con la conspiracion contra todo desarrollo intelectual, y por ende si vemos, por decirlo así, la formacion de manos, vemos tambien que se desecha el estudio que abre el espíritu, que desarrolla el carácter y da alas á la iniciativa.

Se ha hecho una rara distincion entre el arte propiamente tal y el arte industrial, como si el arte pudiese dividirse como la manteca en dos categorías, reservada la una á gentes bien nacidas y la otra al pueblo menudo.

Así hubiera podido acontecer en una sociedad en que toda la fuerza de una nacion pareciese empleada para hacer vivir en

la actividad y goces, tanto materiales como intelectuales, á algunos millares de individuos, mientras que el resto pacía la hierba y se podría en el seno de la más abyecta ignorancia y miseria.

En efecto, podría haber en dicha agrupacion de hombres un arte para la córte, inspeccionado por un gremio encargado de no dejar que se mezclase con las últimas esferas sociales, segun vemos se pretende continuar poniendo en práctica en medio de la actual democracia.

A ésta, empero, toca comprender el nuevo papel cuyo desempeño está encargada de representar; á ella volver á encontrar el arte en su propio genio; á ella, en fin, el libertarse de bastardas tradiciones que pretenden imponerle un legajo de casta que aún sobrevive sobre los socavados cimientos del despotismo, y que, si nos esforzamos lo suficiente, podemos convertirlo en signo de completa ruina.

Hace siete siglos que este mismo resultado estuvo en manos de nuestros padres; mas ¿por qué no lo obtuvieron?

Supieron librarse de la enseñanza monástica, provista de todos los recursos de aquella época, sostenida por comunidades poderosas, ricas, instruidas, independientes, dominadoras de almas y cuerpos, y ¿no podremos nosotros sacudir el yugo de algunas doctrinas rancias, en que ya no creen ni aún los mismos que hacen hipócrita alarde de profesarlas, sin tener más ambicion en estos momentos que la de conservar en el país cierta apariencia de utilidad y, sobre todo, la de poder distribuir entre cierta gente bastante conocida destinos más ó ménos lucrativos, tanto para los distribuidores como para los que no se avergüenzan de admitirlos.

¿Qué hicieron, pues, nuestros antepasados, esos maestros laicos, arquitectos, pintores, escultores de los siglos XII y XIII, para hallar de propia cosecha un arte cuya propiedad nadie podrá disputarles, que despide tanta luz, y que más que todo ha contribuido á levantar sobre su antiguo nivel la poblacion de los pueblos, asegurándoles la riqueza, el valor intelectual y la mayor independendencia que entónces fué posible obtener?

¿Quereis oir nuestra respuesta?

Pues bien; se asociaron para el trabajo, y dejando á los mon-

jes cultivar el arte monástico, pidieron á la ciencia, á la observacion, al estudio de la naturaleza, á la discusion, las luces que entónces no pensaba, ciertamente, proporcionarles el ya cuarteado feudalismo ó la naciente monarquía.

En el seno de las corporaciones, cuyos últimos restos habían sobrevivido al imperio romano, fundaron nuestros antepasados la enseñanza, y en el taller, en la tienda se desarrolló el arte con energía y vitalidad que no tiene rival.

Cierto es que entónces las poblaciones no esperaban más que el impulso que vino á darles el Estado, y que no contando más que con sus propios esfuerzos, ni pedían direccion ni mucho menos proteccion.

Desprovistas de garantías políticas, sometidas á los caprichos de los señores feudales y á su soberanía, las poblaciones urbanas de la antigua Francia supieron al ménos encontrar la libertad en el ejercicio del arte y usaron de ella con toda la amplitud que les fué dada. ¿No es cosa extraña que en el seno de un Estado democrático se hayan cambiado completamente las cosas, que el arte haya sido mantenido bajo la tutela que la monarquía despótica se atribuye sobre las obras de inteligencia, que exista la *Direccion de Bellas Artes*, y que haya, en fin, un cuerpo privilegiado que imponga su predominio, no para hacer triunfar doctrinas que él mismo ya no profesa, sino para fortificarse en todas las trincheras que han quedado á su disposicion?

Si en el seno de la moderna democracia, incomparable con la democracia antigua, puesto que ya no hay esclavos, tiene el arte la pretension de organizar una aristocracia, le veremos fatalmente destinado á perecer, y sin artes la sociedad nunca podrá ser completa.

¿Es acaso refractaria al arte la democracia francesa? Ciertamente que no, como lo está probando diariamente.

Del pueblo partió el arte nacional de Francia, su genio lo creó, y cuando cándidamente nos admirábamos de que en ciertos círculos que tienen la singular presuncion de creerse representantes natos del arte se nos negase la propiedad de un arte absolutamente nacional, fué, sin duda, porque no habíamos sabido penetrar los motivos arcanos de esta opinion negativa.

Hoy, pues, esclarecidos por la experiencia, sabemos que se rehusa reconocer esta propiedad; es porque no se quiere dejar suponer ni por un instante siquiera que el arte no es uno de los atributos del incontestable poder de cierta casta apoyada en la monarquía absoluta, que el arte pudo nacer y desarrollarse en el seno del pueblo, y de esta suerte proporcionarle enérgico elemento de independencia intelectual.

Una vez producido este acontecimiento en el curso de la historia de Francia, era menester negarlo y sobre todo impedir pudiese renovarse en lo sucesivo.

En la vida de las naciones hay, sin embargo, fenómenos cuya realización puede ser embarazada ó retardada, pero que no por eso dejan en último término de producirse.

Al elevarse la democracia francesa comprende en grado diariamente creciente, que el arte le es necesario, que es fuerza moral al par que fuente inagotable de prosperidad, que se renueva en ella la savia que va haciéndola producir tan grandes frutos y proporcionándolos como ejemplo á una buena parte de Europa, y como ántes, también ahora por la ciencia, por la observación despojada de rancias preocupaciones, de ideas preconcebidas, volverá á alcanzar de nuevo el poder de que hace dos siglos se trata de despojarla.

Sí, hoy día los trabajos científicos, ese espíritu metódico introducido en la ciencia por la observación, no puede ser oscurecido con nubes, sino que, á pesar de los esfuerzos en contrario, brilla en toda su plenitud.

Esta alianza entre la ciencia y el arte, al cual dan de lado las doctrinas académicas, tiene lugar en el espíritu del pueblo y podemos entrever sus primeros efectos, si no en todas partes, al ménos en la última Exposición de París que tantas cosas nos ha enseñado.

No será uno de los menores resultados obtenidos por la idea democrática que la ciencia franquee al arte las fronteras de su vasto dominio.

¿Acaso la ciencia no será compatible con el arte por proceder aquélla, por vía de experimento, de observación, de fórmulas apoyadas en principios ciertos previamente adquiridos? Mas en este caso, ¿qué sería el arte? ¡Oh! yo bien sé que mu-

chos me responderán: «El arte es producto de la imaginación, llama emanada del genio humano, hálito...» De memoria sabemos ya esta fraseología, y por lo tanto hagamos alto. Hagamos empero lo que más plazca de ese hálito, de esa llama, de ese producto de lo que se nombra imaginación, y hacednos el favor de definirnos ántes qué entendéis por imaginación, por genio, etc.

Evidentemente el arte es producto del cerebro humano.

Que á ese producto le llamemos poesía, música, pintura, escultura, baile, ritmo, arquitectura, siempre será cierto que no puede desarrollarse más que por el ejercicio del cerebro, no por abstracciones, sino por observaciones definidas, positivas, que como las de la ciencia misma están basadas en los fenómenos naturales.

Cuando en la infancia no se despojaba la ciencia de los arreos de la leyenda, cuando confundía los milagros con los fenómenos puramente físicos, cuando describía, por ejemplo, la forma y cualidades del grifon, nunca visto por ella, que no existe y que ni aún podría existir, el arte daba á éste una figura compuesta del águila y del leon, y lo colocaba á las puertas de las minas auríferas de Arimaspo.

Por consiguiente, el arte seguía á la ciencia, ó al fantasma, que se decía tal.

Pero la verdadera ciencia, la moderna, ¿no nos pone de manifiesto otros fenómenos no ménos interesantes y convenientes? Y porque estos fenómenos sean lógicos, innegables, ¿el arte habrá de hallar en ellos menor provecho que arrastrándose en el antiguo atolladero de añejas leyendas, á las cuales nadie que de sensato se precie presta ya su asentimiento?

No porque los que no sabían emplear sino en pequeñas masas el hierro elevaron la marmórea masa del Partenon, hemos de continuar fabricando como los griegos, cuando poseemos el arte de labrar en barras y láminas á dicho metal, y podemos darle en nuestros edificios las formas de arte que convienen á sus propiedades; ni porque la poesía se apoyase algunas veces en leyendas y creencias absurdas, tendremos razon para no encontrar en el conocimiento de los fenómenos

archivados por la ciencia, elementos poéticos, fecundos en todo género de deducciones.

Admitimos desde luego que las doctrinas académicas no admitirán jamás la fusión de la ciencia y del arte, mas ¿qué importa á las poblaciones que cada día se inician con apasionada curiosidad en todos los descubrimientos científicos?

Al dar los primeros pasos en el vasto dominio que nos abre la observación científica, descúbrense horizontes que por la novedad de su aspecto parecen ciertamente hechos para desarrollar las facultades artísticas, limitadas hasta ahora al campo de la tradición.

Cuando ya á fines del siglo XII los artistas ó artesanos salidos del pueblo, dejando á un lado la escultura hierática de los monjes, iban á buscar en la flora de los campos elementos de una ornamentación enteramente sacada de la naturaleza, ¿no aplicaban al arte el método de observación científica? Y remontándonos más alto, cuando los griegos deducían las proporciones de su arquitectura de cierta armonía numérica, ¿no se apoyaban en la ciencia para obtener las obras que aún hoy día nos encantan, y que jamás envejecerán?

Y estos secretos, estos misterios cuidadosamente escondidos por las corporaciones de los artistas de los buenos tiempos de la antigüedad y de la Edad Media, ¿eran, acaso, otra cosa que la aplicación de métodos científicos á la producción del arte?

Esto no puede ya ser puesto en tela de juicio, como superabundantemente queda demostrado en otra parte, y, sin embargo, existe cierta escuela que pretende regentar las cosas de arte entre nosotros, aparta los ojos de esta luz y desprecia el apoyo de la ciencia; pero paso á paso ésta va recorriendo su camino, y la ciencia, llamada *árida* por los que toman la falta de ingenio por marca de imaginación; la ciencia, decimos, se muestra seductora á las almas activas, y estimula sus facultades productivas.

El papel del arte en las sociedades modernas es la estrecha alianza verificada por el pueblo.

Aún entrevé vagamente una poderosa palanca, pero todo en nuestros días se verifica con velocidad eléctrica y no está quizás lejos el momento en que veremos ya verificada esta

fusion, que alguna que otra vez ha podido ya ser causa de la grandeza de las más hermosas épocas de la humanidad.

Ya sentimos los síntomas de estos prenuncios: las poblaciones que parecían ajenas al arte, sienten que éste trae á la civilización el apoyo que necesita, y que es vehículo sin el cual no es dado salir de ciertos valladares.

Estas poblaciones se esfuerzan con persistencia por introducir el estudio del arte en su seno, mientras que desarrollan los descubrimientos científicos.

Ya podemos señalar artistas sabios que observan los fenómenos de la naturaleza, hecho ignorado hace medio siglo, pero que ya había tenido lugar en la Edad Media y en el Renacimiento, y sus doctrinas, cuando hablan ó escriben, penetran fácilmente en el público que ávidamente se apodera de ellas.

Por otra parte, saturado, por decirlo así, este público durante un período harto prolongado, de frases estereotipadas sobre las artes y coordinadas con estética la más nebulosa, escucha atentamente al que le demuestra que el arte tiene razón, lógica y fin que le son propios.

Entonces el artesano quiere darse cuenta de lo que hace y no seguir trabajando como una máquina; busca la sabiduría y la halla, siendo el método científico el que dirige en adelante sus pasos, produciendo entonces algo original y sensato al mismo tiempo.

Por abajo será que el arte se recompense en la sociedad moderna, porque en la democracia encontrará su desenvolvimiento, y al propio tiempo el arte será para ella el gran iniciador, porque en vez de hacer esfuerzos para aumentar los placeres de una clase privilegiada, penetrará por todas partes y se mostrará tanto en los más vulgares utensilios como en los más ricos moviliarios.

Aquí estriba precisamente una de las grandes faltas de los dos últimos siglos, haber limitado, decimos, el papel del arte á la satisfacción de las clases favorecidas por la fortuna, y haberle considerado como objeto de lujo, siendo así que el arte no puede considerarse como tal con más derecho que otra cualquier expresión del genio humano, y es necesidad que

debemos satisfacer, lenguaje que debe ser comprendido por todos y que está destinado á establecer entre todos los hombres un conjunto de ideas capaces de juntar á los unos con los otros.

Los placeres reservados á una clase privilegiada inspiran el sentimiento de la envidia.

Haced, pues, que todos participen de esos goces, y no sólo desaparecerá tan mezquina pasión, sino que será reemplazada por la comunidad de satisfacciones intelectuales las más puras y saludables.

Si todos nos penetrásemos bien de esta idea, bien pronto llegaríamos á destruir todas las barreras con tan mal acierto erigidas en torno á lo que se quiere llamar *gran arte*, y que no es más, en resumidas cuentas, que el arte cultivado por el egoísmo de una raza exclusiva en provecho propio.

A la democracia, pues, toca tomar posesion del vasto dominio del arte.

La democracia se halla singularmente dispuesta para ello, tanto por su naturaleza, como por su genio particular.

El día en que lleve á cabo esta conquista habrá duplicado su fuerza y podrá confiar en sus destinos.

E. VIOLLET-LE-DUC.





## EL SUFRAGIO UNIVERSAL.

---

**L**A participacion de todos los ciudadanos en la gestion de los asuntos políticos por medio del ejercicio del derecho á emitir sus respectivos votos, en otros términos, el sufragio universal es una idea sobre la cual se hallan acordes, tanto los adversarios de la doctrina de la soberanía popular, como los que no perdonan esfuerzo ni fatiga por propugnarla.

Unos y otros parten de dos estaciones diferentes, pero se reúnen en un término comun, proclamando juntos que el sufragio universal es base indestructible de las instituciones democráticas.

La unanimidad de opiniones que eleva al sufragio universal á la esfera de los principios universales, y que cuando dicho sufragio se mantiene en los límites que deben caracterizarlo, tendería á hacerle ocupar un lugar, no sólo distinguido, sino tambien predominante, en los principios de la democracia, siempre que nos fuese lícito admitir superioridad ó inferioridad cuando de principios se trata, no debe embarazarnos al tratar de examinar de cerca esa idea, hoy tan generalmente admitida, y los racionios que insensiblemente han ido empu-

jando hácia la misma consecuencia á personas que ordinariamente ocupan puntos de vista muy opuestos entre sí.

Tambien intentamos hacer ver que no deja de ser interesante el que procuremos precisar la competencia y funciones del sufragio universal, al par que hagamos ver el carácter con que se intenta revestirle, de suerte que, segun consideremos de tal ó cual manera al sufragio universal, seremos conducidos á atribuirle competencia más ó menos amplia y á pedir en su favor aplicaciones más ó menos directas.

## I.

Entremos, pues, en materia.

Desde Juan Jacobo Rousseau y la declaracion de los derechos del hombre, ha venido repitiéndose que la ley es la expresion de la voluntad general.

Ahora bien, esta proposicion, que, por limitarse á constatar una especie de declaracion de la ley, es nula, implica bien á las claras la universalidad del derecho que milita en favor del sufragio.

En efecto, «para que una voluntad pueda ser tenida por universal no es siempre necesario, nos dice el mismo Juan Jacobo, que sea unánime; sino que se cuenten las voces que la manifiestan, puesto que toda exclusion formal quebranta los vínculos que constituyen la inmensa serie de la generalidad.»

Rousseau, que en la ley no veía una de las consecuencias de la naturaleza de las cosas que pudiese considerarse como anterior y superior á toda redaccion y á toda votacion, aplicando simplemente su doctrina sobre la soberanía nacional, que de paso sea dicho al consignar que *todo lo que el pueblo dice es ley*, y que *no hay ley fuera de la voluntad del pueblo*, expone una doctrina que nada significá; Rousseau, decimos, añadía despues que la voluntad del pueblo se expresa por el voto universal y que el resultado de éste era la ley.

De esta suerte siguen considerando al sufragio universal los discípulos de Juan Jacobo, y de aquí ha nacido aquella fór-

mula tan repetida: *El sufragio universal es el ejercicio de la soberanía nacional.*

Antes de pasar adelante bueno será que notemos que la anterior definición concede necesariamente al sufragio universal competencia ilimitada.

Como consecuencia y expresión de la soberanía nacional, el sufragio universal se encuentra inmediatamente revestido del prestigio casi divino que los adoradores de la voluntad del pueblo conceden á su nuevo ídolo.

La soberanía nacional no tiene límites; los derechos particulares, ó si se prefiere la expresión de Juan Jacobo, «el poder, los bienes, la libertad de cada individuo,» se enajenan en manos de la colectividad.

Acaso objetará alguno que no se enajenan más que parcialmente, pero ténganse presentes las palabras del filósofo que vamos citando y se obtendrá solución para la distinción.

En efecto, «lo que cada uno enajena, dice Rousseau, lo que cada uno enajena por el pacto social de su poder, de sus bienes, de su libertad, es solamente aquella parte cuyo uso importa á la comunidad; empero necesario es convenir en que sólo el soberano es juez competente de esta importancia.»

El pueblo es un autócrata contra cuya voluntad no hay recurso alguno; sus súbditos le deben cuanto pide, y si no debe tomar más de lo que necesita, él es el único juez de la extensión de sus necesidades.

Cuando el soberano hable, cuando ordene, no hay más que obedecer.

Por consiguiente, el sufragio universal puede lo que puede, la soberanía nacional, esto es todo.

El campo de los caprichos y la sinrazón se abre ante él como sagrado y será necesario que acatemos como leyes sus mismos errores.

## II.

Hemos hablado de la competencia del sufragio universal, haciendo ver las consecuencias á que necesariamente lleva, sin entrar á discutir, pues no lo creemos necesario, la justicia con que se constituye en principio: vamos ahora á decir cuatro palabras acerca de la que podríamos llamar su fisiología.

Rousseau y la Convencion llegaron al voto directo de la ley por el sufragio universal, los Cuerpos legislativos desempeñaban tan sólo el papel de comision, encargada de preparar y de proponer la redaccion de la ley al pueblo soberano reunido en los comicios; pero bien sabido es cómo, á consecuencia de esta idea de soberanía delegada, los sucesores de Rousseau admitieron, para la formacion de la ley, la competencia de una asamblea, ya única, ya doble ó triple, que tuviese derecho, no ya para preparar y proponer, sino para decidir por sí misma, de suerte que la soberanía, teóricamente atribuida á la asamblea de la colectividad, es decir, si no á la unanimidad, al ménos á la mayoría de los ciudadanos, se encuentra en último término reconcentrada en las manos de algunos funcionarios, vitalicios unas veces y otras nombrados por más ó ménos tiempo, pero no destituibles á voluntad de la colectividad soberana, por más que ésta pudiese estar por casualidad unánime al pronunciar el voto de destitucion.

Finalmente, el papel del sufragio universal, proclamado como soberano, se reduce á escoger cierto número de delegados, los cuales, una vez elegidos, se hallan realmente investidos de la soberanía reconocida en teoría en el cuerpo electoral, y vienen á ser enteramente dueños de usar de esta soberanía contra la voluntad de sus mismos electores.

Compilemos en breves palabras esta doctrina, que de paso sea dicho, no es nuestra, como fácilmente podrán haberlo advertido los que están al alcance de nuestras ideas.

El sufragio universal es la manera de accion de la soberanía nacional.

El sufragio universal tiene competencia en todos los casos para terminar soberanamente todas las cuestiones y romper con la obediencia debida al soberano.

El sufragio universal podría directamente conducir al gobierno directo; pero, mediante la idea de delegacion, fácilmente se combina con el gobierno representativo y parlamentario, en cuyo caso funciona únicamente para nombrar de cuando en cuando delegados de él, independientes, durante el largo intervalo de las elecciones.

Hasta aquí no hemos aludido á una teoría que más de una vez ha sido sostenida y que consiste en decir que el ejercicio del derecho de votar es funcion delegada y concedida por la misma sociedad.

Para hablar con toda franqueza, nos hallamos tentados de resumir esta teoría política en la teoría de la soberanía nacional, con la cual, segun nos parece, tiene estrecha afinidad.

Y á la verdad, ¿qué sería esta sociedad que delega y concede derechos á los individuos, si no fuese la entidad venerada bajo la advocacion de pueblo, nominalmente investida del poder soberano, cuyo uso en provecho propio se reservan unos pocos?

La colectividad social, pesando la capacidad de cada uno y midiendo en cada individuo sus derechos para el bien de los intereses sociales, nos trae á la memoria la doctrina de Rousseau, y si ciertos discípulos suyos sacan de sus doctrinas en lo que concierne particularmente al derecho del sufragio, consecuencias lógicas que el maestro no formulára explícitamente, ¿seríamos acaso injustos en atribuir la responsabilidad de tales consecuencias al maestro y á su doctrina?

No seguiremos, sin embargo, sobre este terreno, sino que creemos más propio de nuestro cometido atenernos al mismo Rousseau cuando tratamos de apreciar su doctrina.

La teoría del sufragio, funcion concedida por la sociedad, no fué inventada ni defendida sino por los adversarios del mismo sufragio universal, puesto que con idea de limitar á un número escaso de individuos privilegiados la participacion en el derecho de votacion, emitieron ciertos publicistas la idea de una sociedad, juez infalible de la diferente aptitud

de sus miembros y repartidor justiciero de las funciones sociales, según la capacidad de cada uno.

Podrá ser esto simple derivación de la doctrina, mas no debe formar cuerpo con ella, y por lo tanto dejamos á un lado esta sutileza metafísica, fecunda en enormes consecuencias que verían la luz inmediatamente que fuese admitida, limitándonos, por consiguiente, al caracterizar el sufragio universal á las ideas aceptadas por sus partidarios.

### III.

Después de haber demostrado lo que el sufragio universal entraña en la doctrina de la soberanía del pueblo, debemos hablar lo que dicho sufragio es en la doctrina de la autonomía del individuo.

Opongamos desde luego á la definición de Juan Jacobo la definición dada por Montesquieu: *la ley es una relacion necesaria que se deriva de la naturaleza de las cosas.*

Siendo esto la ley, tanto en el orden moral y político como en el orden físico y material, resulta necesariamente que toda ley se sustrae á la apreciación de cualquier sufragio, universal ó limitado.

La ley se halla fuera de la esfera del sufragio; la ley está sobre todo sufragio, está en el mismo orden de las cosas, en la naturaleza, y aquí es precisamente, y no en otra parte, donde hay que buscarla.

Y direis, ¿cómo buscar la ley?

Respondo. En el orden moral y político, como en el físico y material, hay un sólo medio de buscar y descubrir la ley.

Este medio es la ciencia.

Por medio de la naturaleza íntima del hombre y de la historia de las aglomeraciones humanas, puede descubrirse la ley de su desarrollo moral, jurídico y económico.

Por consiguiente, á los intérpretes de la ciencia política, de la ciencia que tiene por objeto las relaciones del hombre con sus semejantes, toca en primer lugar determinar las leyes.

¿Quiere acaso esto decir que á los hombres de ciencia atañe decretar obligatoriamente las leyes, cuya base hayan ellos creído encontrar en la observacion, y cuya fórmula hayan llegado, tras prolongados esfuerzos, á formular?

De ninguna manera.

Tal privilegio no podría ser legítimo, sino cumplidas las dos siguientes condiciones:

1.<sup>a</sup> Que los sabios llevasen en su frente signo visible é infalible que mostrase claramente á todo el mundo su irrecusable competencia en la materia.

2.<sup>a</sup> Que la ciencia humana fuese general, completa y absoluta, capaz de abarcar todos los extremos de una cuestion, todas las consecuencias de una idea, todos los intereses solidarios de lo presente y de lo porvenir.

Como desde luégo se echa de ver, ni la una ni la otra de estas dos condiciones puede ahora ni nunca ser realizable, y por lo tanto, el privilegio de los sabios carece de base, no quedándonos más recurso que dirigirnos á la masa, á la colectividad que comprende todas las luces, todos los intereses, que es la única que se halla en estado de poder deducir la conclusion científica como pudiera haberse podido deducir en un momento dado; en una palabra, deberemos ampararnos en el sufragio universal.

Sin duda alguna el sufragio universal no será ni la ciencia absoluta, ni tampoco la ciencia más próxima á lo absoluto, tal como podríamos concebirlo en el momento en que el sufragio universal dicte fallo, porque el sufragio universal nunca podrá hacer más que sacar en el momento dado una media proporcional de las nociones políticas de un pueblo, tal como pueden percibir las en dicho momento, y tal como ellas resulten del estado actual de su instruccion, de su libertad, de sus costumbres, y por decirlo en una sola palabra, de su civilizacion.

Así comprendido el sufragio universal es un expediente, un medio político de constatar y declarar, hasta donde es dado, la ley política más aproximada á la realidad.

No hay duda que este medio es imperfecto, puesto que los llamados á practicarlo ni estarán perfectamente ilustrados ni

perfectamente libres; pero será el ménos imperfecto que posiblemente puede hallarse, y como corresponde por otra parte á la idea fundamental del derecho igual en cada individuo, debe ser aceptado y defendido.

Si nos colocamos en el punto de vista de la capacidad, ningun sufragio podría darnos mayores garantías que el universal, que abraza todas las capacidades relativas de una nacion, y que por lo mismo constituye una capacidad general tan completa como posible.

Se ha propuesto limitar el derecho de sufragio á los que saben leer; pero los que no ven más criterio de capacidad política que el que puede proporcionar la lectura, no comprenden que se apoyan en mera suerte y que la inteligencia necesaria á la inteligencia del derecho de votacion en nada queda atestiguada por el conocimiento que pueda tenerse del alfabeto.

Puédese, en efecto, saber leer y, sin embargo, no comprender suficientemente los intereses generales de un pueblo, así como tambien podrá acontecer que un hombre que no sepa leer perciba, sin dificultad alguna, la totalidad ó parte de los intereses generales de que se trate.

Luego el exámen de la capacidad individual no ofrece garantía alguna.

¿Preferís colocaros en el punto de vista del interes y pretendéis que los ricos poseen derecho superior al de los pobres para tomar parte en la declaracion de la ley?

Este es otro error.

Todos los individuos están interesados en emitir su voto para hacer reconocer ó mantener el derecho que reside en ellos, y siendo esto así, si se da á la idea mayor extension, se hallaría que más bien toca al pobre que al rico hacer la ley, porque el pobre tiene más derecho que reivindicar, y por lo tanto más interes en intervenir en la declaracion de la ley que tiene por fin reconocer y garantizar cada vez más la plenitud de los derechos que cada hombre posee.

Esta deducccion, segun creemos, supone avanzar mucho en la cuestion, puesto que tanto científica como prácticamente los derechos é intereses son solidarios, porque los pobres, ó sea la mayoría, no pueden gozar de su derecho, mientras

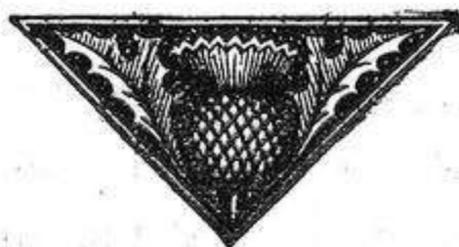
que los ricos, la minoría, gozan igualmente de los suyos.

De aquí resulta que si la exclusion de los ricos sería una violencia, la exclusion de los pobres constituiría á la vez un privilegio fundado en la idea de conservacion, cuyo fin y resultado constituiría la negacion del reconocimiento del derecho que asiste á la mayoría, así como en la esfera de la ciencia sería tan injustificable como la exclusion de los pretendidos ignorantes en beneficio de los pretendidos sabios.

Descartando, pues, los vicios que hemos señalado, nos veremos precisados á deducir que el sufragio de la totalidad de individuos es el único instrumento posible y justo que hay que emplear para consultar en un pueblo á todos aquellos que por cualquier título tienen aptitud ó interes en participar en la declaracion de la ley.

Medio de declarar una ley preexistente, tal es en definitiva el carácter que nos vemos forzados á reconocer en el sufragio universal, si las pasiones humanas permitiesen fuera ejercido con plena libertad, lo cual, por desgracia, apénas puede conseguirse, si hemos de atenernos á los resultados que nos suministra la experiencia.

SEGISMUNDO LACROIX.





## LA GRECIA MODERNA <sup>(1)</sup>

---

### I.

**A**un cuando es indudable que el pueblo griego ha realizado grandes progresos desde que sacudió el yugo de los turcos, está, sin embargo, todavía muy léjos de cumplir todo lo que los helenófilos entusiastas esperaban de él. Al ver que en valor y ardimiento se elevaba á la altura de los griegos de Maraton y de Platea, se creyó que en muy poco tiempo sabría colocarse al nivel intelectual y artístico de las generaciones que produjeron á Aristóteles y á Fidias. Estas lisonjeras esperanzas no se han realizado. Es muy poco tiempo el de una generacion para que un pueblo consiga salir completamente de la barbarie, emanciparse de las supersticiones de todo género que estrechan y apagan su espíritu, cambiar las costumbres de violen-

---

(1) Extracto de la *Nueva geografía universal* de Mr. E. Reclus, traducida por D. Francisco de Asís Pacheco, que ha comenzado á publicar la casa de los Sres Perojo, hermanos.

cia, pereza y perfidia que ha alimentado en su seno la servidumbre, y asimilarse las conquistas científicas de veinte siglos para ocupar un puesto entre los pueblos iniciadores. Por otra parte, es necesario tener en cuenta que los helenos forman una población muy poco numerosa y que están desparramados sobre un territorio áspero, montuoso y falto de vías de comunicación. Las riberas de las penínsulas y las islas que forman el reino griego, llenas de puertos, están admirablemente dispuestas para el comercio; pero hay pocas regiones en Europa donde el relieve del suelo sea menos favorable que en Grecia al desarrollo de las condiciones agrícolas y mercantiles de que está dotado el país.

La naturaleza se opone en todas partes á la construcción de caminos, mientras que en todas partes también las ondas azules que se agitan en los golfos y puertos brindan á los viajes y á las lejanas expediciones mercantiles. Esta es la causa de que no se produzca ningún movimiento de emigración del imperio otomano á Grecia, mientras que multitud de helenos, por el contrario, abandonan su patria todos los años, especialmente los helenos de las islas Jónicas y de las Cícladas, para buscar fortuna en Constantinopla, en el Cairo y hasta en las Indias. Los hombres laboriosos ó de espíritu emprendedor se alejan abandonando el país en manos de la turba de intrigantes que hacen de la política un oficio lucrativo, y los pacíficos empleos, cuyo porvenir depende del favor de un ministro. Resulta de aquí un hecho muy curioso, el de que las comunidades griegas más ricas y prósperas son las que viven en el extranjero. Gozan de mayor libertad y están mejor administradas. A pesar del pachá que la gobierna, la más pequeña ciudad griega de Tracia ó Macedonia podría servir de modelo, en cuanto á la gestión de la cosa pública, el reino autónomo y soberano de Grecia, porque esa ciudad tiene un interés inmediato en la resolución de sus negocios, verdaderos negocios de familia, mientras que en la Helada hay una burocracia inquieta y rapaz que procura administrar en su provecho los caudales del Estado, que corrompe los electores para sostenerse al frente del poder, continuando bajo mil formas vejatorias más ó menos legales las tradicio-

nes de piratería y bandolerismo, que han sido por largo tiempo las de su país.

La población actual de la Grecia propiamente dicha puede calcularse en un millón quinientas mil almas, ó sean próximamente las dos quintas partes de los helenos de Europa y Asia. En relación á una superficie igual, la Helada está mucho ménos poblada que ningun país de Europa, incluso Turquía, á pesar de su posición tan ventajosa para el comercio. La Grecia propia tenía en la época de su mayor prosperidad, según los autores que con más detenimiento la han estudiado, de seis á siete millones de habitantes. Sólo el Atica estaba diez veces más poblada que en la actualidad, y ciertas islas en que sólo se ven ahora algunos pastores, estaban cubiertas de ciudades populosas; en mitad de las llanuras, actualmente desiertas, á orilla de los arroyos ménos caudalosos, sobre la cumbre de todos los promontorios se enseña el emplazamiento de las antiguas ciudades; el mapa del mundo helénico, desde Chipre á Corfú y desde Tasos á Creta, está literalmente cubierto de *palæxhori*, *palæocastro* y *palæopoli*, y la Grecia continental no es ménos rica que las islas y costas del Asia Menor en recuerdos de este género.

Empero son incontestables los progresos realizados en Grecia, aunque el país vaya repoblándose con gran lentitud. El número de los habitantes del reino, comprendidos los de las islas Jónicas, apenas pasaba de un millón ántes de la guerra de la independencia; las batallas de ésta, y sobre todo las matanzas de Morea, lo disminuyeron considerablemente; en 1832 llegaban, á lo más, entre griegos y jonios, á 950.000. Después de esa fecha el aumento anual de la población ha oscilado entre 9.000 y 14.000 individuos, repartidos de una manera bastante desigual, porque mientras en las grandes ciudades aumenta rápidamente la población, muchas islas del archipiélago y del mar Jónico, con especialidad las de Andros, Santorin, Hydra, Zante y Santa Maura, pierden con las emigraciones un número de habitantes que excede al que representa la diferencia entre nacidos y muertos. Las fiebres palúdicas dificultan é impiden en el continente, más que ninguna otra causa, los progresos de la repoblación. El suelo

de Grecia es perfectamente sano por su clima; pero ha llegado á ser insalubre en más de una localidad, por las aguas que se dejan entancar en los pantanos; la reconquista de las tierras de Grecia en beneficio de la agricultura, á la vez que llevarían la riqueza á esas estériles regiones, harían desaparecer aquel terrible azote (1).

Por desgracia esta reconquista se verifica con gran lentitud. Los productos no bastan para alimentar á la poblacion; con mayor razon no son suficientes para surtir un comercio de exportacion considerable. Las tierras cultivables de Grecia producen vinos, frutas y plantas industriales, como el algodón, la rubia y el tabaco. Los higos y las naranjas son exquisitos; los vinos, especialmente los de Santorin y de otras islas Cicladas, figuran entre los mejores que se cosechan en las

(1) Poblacion de las principales ciudades de Grecia y de sus respectivos distritos en 1830:

Aténas y el Pireo.....	59.000 habitantes.
Patras.....	26.000 »
Corfú.....	24.000 »
Hermópolis ó Syra.....	21.000 »
Zante.....	20.500 »
Lixuri (Cefalonia).....	14.000 »
Pyrgos ó Letrini.....	13.600 »
Trípolis ó Tripolitza.....	11.500 »
Calcis (Eubea).....	11.000 »
Esparta.....	10.700 »
Argos.....	10.600 »
Argostoli (Cefalonia).....	9.500 »
Kalamata.....	9.400 »
Histica (Eubea).....	8.900 »
Kasistos.....	8.800 »
Agion ó Vostitza.....	8.800 »
Nauplia.....	8.500 »
Spetzia.....	8.400 »
Kranidhi en Argólida.....	8.400 »
Lamia.....	8.300 »
Missolongi.....	7.500 »
Andros.....	7.300 »
Poblacion de Grecia sin las islas Jónicas en 1832.....	713.000
» » » » en 1870.....	1.226.000
» » con las islas Jónicas en 1870.....	1.458.000
» » por kilómetro cuadrado.....	29
» probable en Grecia en 1875.....	1.540.000

riberas del Mediterráneo ; los aceites del Atica , sin estar clarificados como los de Provenza , no son en la actualidad peores que en aquellos tiempos en que la diosa Atenea plantó con sus manos el olivo sagrado. Exceptuando los algodones de la Phtiotida y las pasas llamadas de Corinto , que se exportan en Patras y en las islas Jónicas , por valor de treinta á cuarenta millones de francos cada año , Grecia no vende al extranjero más que una pequeñísima cantidad de productos agrícolas , en cuyo valor entra por muy poco el trabajo del hombre. Uno de sus principales artículos de exportacion es el de una especie de bellotas que se recoge en los bosques.

En un país de tan escasa agricultura es natural que sea casi nula la industria propiamente dicha. Grecia importa del extranjero , y sobre todo de Inglaterra , todas las manufacturas de que necesita. No tiene elementos bastantes para explotar sus canteras de mármol , más ricas que las de Carrara. En todo el reino de Grecia no hay más que una explotacion minera importante , la del Laurium. Los antiguos habían explotado en esta parte del Atica , durante algunos siglos , ricas minas de plomo argentífero , y acá y allá se elevan grandes masas de escorias que forman verdaderas colinas. Esos restos se depuran y trabajan en nuestros días en la fundicion de Ergastiria , una de las más importantes del mundo entero. De esos restos se extraen cada año cerca de diez mil toneladas de plomo , sin contar una cantidad de plata considerable. Alrededor de la fundicion se ha construido una pequeña ciudad industrial , cuyo puerto es de los que hacen más activo comercio en toda Grecia. El establecimiento de la importantísima fundicion de Ergastiria costó grandes esfuerzos. Celosos de los industriales extranjeros que explotaban todas sus riquezas , los griegos les suscitaron mil dificultades , y poco ha faltado para que los trabajos de Laurium no produjeran un rompimiento entre el gobierno de Grecia y los de Francia é Italia.

No recogiendo los griegos en su país más que una cantidad de productos insuficiente aún para su sola manutencion , y careciendo su industria de importancia , estarían condenados á morir de hambre si no hubieran procurado desempeñar en el Mediterráneo , con sus seis mil naves siempre en movi-

miento, el lucrativo oficio de portadores ó mandaderos. Su marina mercante es superior á la de la inmensa Rusia, casi iguala á la de Austria y supera diez veces á la flota comercial de Bélgica. Es necesario añadir á esto, que la mayor parte de los barcos que izan pabellon turco pertenecen á los helenos (1). En esta navegacion de cabotaje se revela por completo el viejo instinto de raza. Los grandes buques de vapor para las largas travesías pertenecen á poderosas sociedades ó empresas de Occidente; los marinos helenos no poseen más que pequeños barcos de escasa cabida, que siguen la costa de escala en escala y que ordinariamente no van más allá de los antiguos límites del mundo helénico. Ninguna embarcacion necesita para aventurarse en el Mediterráneo menores gastos que las suyas, porque todos los marineros van interesados en el despacho del cargamento y todos viven con grande economía para aumentar los beneficios comunes; unos suministran la madera, otros los aparejos, otros tal ó cual parte del cargamento; sus convecinos, los ciudadanos de su propio pueblo, les han dado, bajo la única garantía de la palabra empeñada, cuanto necesitaban para la compra de géneros. En más de un barco componen el equipaje los asociados, se distribuyen fraternalmente el trabajo y no hay entre ellos jefe ni amo: todos son iguales.

Cualesquiera que sean la sobriedad y la inteligente iniciativa de los griegos, deben, sin embargo, temer la suerte que amenaza en todas partes al pequeño comercio y á la pequeña industria. Los barcos económicos de Grecia podrán luchar durante algun tiempo con los paquebots de las poderosas compañías del Mediterráneo; pero al fin y al cabo tendrán que cederles el puesto, y el país se verá en peligro de perder su rango comercial si no aumenta de una manera rápida sus re-

(1) Comercio de Grecia en 1871:

Flota comercial.....	6.135 navíos.
Toneladas que tiene cabida...	420.000 toneladas.
Movimiento de los navíos.....	7.160.000 »
Importacion.....	110.000.000 francos.
Exportacion.....	76.000.000 »
Total de cambios.....	186.000.000 »

cursos interiores, por medio del desenvolvimiento de la agricultura y de la industria y de la construcción de los caminos que faciliten el transporte de los productos.

Grecia está en la actualidad todavía muy pobremente dotada de caminos y vías de comunicación por donde puedan circular carruajes, no sólo á causa de lo accidentado y escabroso del terreno y de sus inaccesibles montañas, sino merced al descuido de sus habitantes, á quienes bastaron siempre para sus necesidades más inexcusables la comunicación por medio del mar. Telémaco no podría franquear ahora con su carro, más fácilmente que en los tiempos homéricos, el espacio que separa á Pylos de Lacedemonia; tendría que caminar por senderos peligrosísimos abiertos al borde de los precipicios. De todos los países independientes de Europa, Grecia y Sérvia son los que han permanecido durante más largo tiempo sin caminos de hierro. Aun en nuestros días, Aténas no posee más vía férrea que la que une con la capital su puerto del Pireo y la pequeña red del Laurium construida por las necesidades industriales. Muy recientemente se ha acordado construir para una fecha indeterminada dos líneas importantes: una de ellas irá de la capital al golfo de Volo y á la frontera de Turquía, y la otra comunicará el Atica con la Acaya por el istmo de Corinto y unirá la ciudad de Patras al valle del Alfeo y á Kalamata por las ricas llanuras de la Elida y la Trifilia. La causa principal de que las grandes obras públicas de Grecia no se hagan ó se lleven á cabo con tal lentitud, es el estado de perpetua bancarota en que se encuentra el Gobierno helénico. El equilibrio del presupuesto en Aténas no es más que una ficción. La deuda griega que es, de hecho, imposible de pagar, se elevaría sólo á más de 500.000.000 de francos, ó sea á unas 300 pesetas por habitante, si desde hace mucho tiempo no se hubiera descuidado pagar los intereses de los primeros empréstitos (1).

Es consecuencia de esa pobreza general que abrumba al país,

---

(1) Presupuestos de 1833:

Ingresos.....	35.800.000 francos.
Gastos.....	36.000.000 »

el miserable estado en que se halla la gran mayoría de los habitantes de Grecia. Arruinados los campesinos por el pago del diezmo, que el fisco recarga muchas veces con un 30 ó un 33 por 100, su existencia no puede ser más precaria. Son naturalmente sobrios; pero á pesar de esto carecen de la alimentación necesaria; sus casas son cuevas y guaridas malsanas, y con frecuencia no pueden ahorrar las cantidades que necesitan para procurarse los vestidos y objetos más indispensables. Por esto emigran en masa los jóvenes de muchas localidades de Grecia, ya para permanecer ausentes del país durante una estación, ya por tiempo indefinido. La Arcadia puede compararse bajo este punto de vista á la Auvernia, á la Saboya y á la mayor parte de los países montañosos del centro de Europa. Los etolios, que con dificultad se deciden á abandonar sus hermosos valles salvajes por las ciudades del extranjero, tienen una costumbre que puede recordarse como prueba de la desesperación que les inspiran las exigencias del sistema tributario. No pelean, como lo hubieran hecho sus rudos antepasados, ántes de enervarlos y debilitarlos la servidumbre; los infelices, arruinados por el recaudador del fisco, salen de sus aldeas y levantan á los lados del camino real un monton de piedras que debe atestiguar al mundo la injusticia de que son víctimas. Ese monton de piedras es el *anatema*. Cada aldeano que pasa por delante de uno de esos montones, que reflejan la muda execración de un pueblo, detiene el paso y con cierta solemnidad religiosa pone una piedra más en la pila; la tierra, madre comun de los mortales, queda encargada de vengarlos.

La ignorancia, compañera habitual de la miseria, es muy grande tambien en las campiñas de Grecia, sobre todo en los países menos accesibles, como la Etolia y la península del Taigeto. Los griegos creen, como los albaneses y los montenegrinos, en la existencia de las ninfas de las fuentes que se hacen amar de los jóvenes mancebos para atraerlos y ahogarlos en las ondas; se cree en la existencia de los vampiros y en la realidad del mal de ojo y de las prácticas de la magia. Por dicha para los griegos, su extraordinario deseo de aprender y saber, aún cuando no de una manera profunda, es mayor cada dia á pe-

sar del estado de miseria en que vive una gran parte de la población. En la isla de Itaca, los aldeanos detienen á los viajeros instruidos para suplicarles que les lean los cantos de Homero. La penuria del Gobierno no ha impedido que se funden escuelas de primera enseñanza en casi todas las ciudades de Grecia; en más de un punto, donde no hay edificio que sirva de escuela, se establece ésta en medio del campo. Los niños no se aprovechan de esta circunstancia para desatender sus estudios; los siguen con extraordinaria asiduidad y apenas levantan los ojos del cuaderno en que aprenden sus lecciones para ver á los extranjeros que pasan ó seguir el vuelo de los pájaros que cruzan el espacio. Los alumnos de los gimnasios y de las universidades de Atenas y Corfú se consagran de la manera más concienzuda y con mucha frecuencia á la práctica y aprendizaje de la oratoria; en Grecia no se conocen esos estudiantes que con el pretexto de seguir una carrera, acuden á las grandes ciudades y hacen en ellas una vida licenciosa y disipada. Entre los mil doscientos jóvenes matriculados en la universidad de Atenas, hay muchos que para estudiar durante el día, se consagran por la noche á un trabajo mecánico que les produce lo necesario para vivir; otros sirven á las personas mejor acomodadas en empleos humildísimos, y así logra la mayoría alcanzar sus diplomas académicos.

Tan profundo y decidido amor al estudio asegura á la nación griega más influencia de la que se le atribuiría, dada su su escasa población, respecto á los pueblos vecinos. Los griegos de todas las regiones del Oriente, los del Epiro y la isla de Chipre consideran á Atenas su centro intelectual y envían sus hijos á aquella ciudad para que estudien. Y hacen más todavía; para contribuir á la gloria y á la prosperidad de su país renaciente, ahorran una parte de sus ingresos y la destinan á la fundación y al mantenimiento de las escuelas de Atenas. No cuidan sólo así de los intereses de su patria los ricos negociantes griegos que residen en Marsella, Trieste, Salónica y Esmirna; los sencillos aldeanos y las ignorantes viudas de Macedonia y Tracia emplean sus economías en promover y fomentar la instrucción pública. El pueblo establece sus escuelas y sus museos y paga á los profesores que han de

enseñarle. La Academia de Atenas, la Escuela Politécnica, la Universidad, el Arsakeion, excelente colegio, consagrado á la educacion de las niñas, no deben su existencia á la solicitud del Gobierno, sino al celo de los griegos de todos los países. Fácilmente se comprende con cuánto interes vigila la nacion entera esos establecimientos y qué saludable influencia ejercen en sus respectivas provincias y localidades los jóvenes de ambos sexos que abandonan para regresar á sus hogares las escuelas de la patria comun.

Esa cohesion que da á los griegos la comunidad de idioma, de tradiciones y de esperanzas, es lo que forma su nacion, lo que realiza ya mejor que los tratados esa union de raza á que llaman *la gran idea*. Las fronteras que ha señalado al reino griego la diplomacia, son un arbitrio sin fundamento de ningun género desde el punto de vista del patriotismo helénico. Ya residan en la Grecia propiamente dicha, ya vivan en la Turquía de Europa ó de Asia, no por eso dejan los griegos de formar un solo pueblo, ni de vivir una vida nacional, comun á todos, prescindiendo de los gobiernos de Constantinopla y de Atenas. Acaso merecen más el nombre de helenos los que habitan en Turquía léjos de la corruptora influencia de la burocracia griega. Se conservan mejor entre los extranjeros las tradiciones y la práctica de la vida municipal, se desenvuelve de una manera más libre la iniciativa del ciudadano griego. Así, pues, debe considerarse que es la raza toda entera, ó sean unos cuatro millones de hombres, la que forma el conjunto de esta nacion. Tal es el grupo de poblaciones cuya influencia ahora considerable, aumenta y se extiende cada dia para ejercerse de una manera capital y decisiva en los futuros destinos de la Europa ribereña del Mediterráneo.

Se ha asegurado con frecuencia que los griegos, unidos á los rusos por el vínculo de la comunidad religiosa, favorecerían sus proyectos ambiciosos procurando facilitarles el camino de Constantinopla. Esto no es exacto. No piensan los helenos sacrificar sus intereses nacionales á los de ningun otro pueblo. Además, los griegos no están unidos á Rusia por esos vínculos naturales que fundan las verdaderas alian-

zas. El clima, la situación geográfica, los recuerdos históricos, las relaciones comerciales y esos íntimos lazos de una civilización común, unen á Grecia al grupo de las naciones llamadas latinas, Italia, España y Francia. En esta gran distribución que, por la fuerza de los hechos, se verifica en Europa, los helenos no se colocan entre los eslavos, sino entre los latinos. Cuando en época muy reciente Francia, invadida, luchaba por su existencia, más de un millar de voluntarios griegos fueron en su auxilio. Los galófilos venían á pagar la deuda que Grecia contrajo con los helenófilos durante la primera mitad del siglo actual.

## II.

Las potencias protectoras de Grecia le han dado un gobierno parlamentario y constitucional, fundado sobre bases análogas á las de los gobiernos del Occidente de Europa. En teoría, el rey de los griegos reina y no gobierna; tiene ministros que son responsables ante las Cámaras, cuyas mayorías, variables segun las fluctuaciones de la opinion, hacen pasar la preponderancia política de uno á otro partido. En la práctica el poder del rey no está moderado y templado más que por el de la diplomacia. Además, las formas de la Constitución importada en la Helada no responden ni se acomodan al genio ni á las tradiciones de los griegos. Estos la han reformado hasta tres veces desde que proclamaron su independencia; pero no han logrado que se observe con lealtad.

Segun la Constitución de 1864, todos los ciudadanos griegos mayores de veinticinco años que posean una propiedad cualquiera ó ejerzan una profesion independiente, son electores, y elegibles desde que cumplan treinta años de edad. Los diputados son 187; se eligen para un período de cuatro años y cobran dietas durante la legislatura. La lista civil del soberano, incluyendo en ella una subvencion de las potencias protectoras, asciende á 1.125.000 francos.

La iglesia ortodoxa griega de la Helada es independiente

del patriarca de Constantinopla. La administra un santo sínodo, que reside en la capital y está presidido por un arzobispo metropolitano. A las sesiones del sínodo asiste, sin voz deliberativa, un comisario real que rubrica las copias de las actas. Es nula toda decision que no está revestida de esa formalidad. El rey no puede destituir ni trasladar un obispo, sin previa autorizacion del sínodo y conforme á sus cánones. La Constitucion garantiza á todos los cultos la libertad; pero á pesar de esto la Iglesia oficial puede ejercer cierto poder inquisitivo y reclamar para ese fin el apoyo de las autoridades civiles. El sínodo vela por el riguroso mantenimiento de los dogmas; denuncia á la autoridad los predicadores y escritores heterodoxos y reclama la represion de la herejía; censura las obras y cuadros religiosos y acusa á sus autores ante los tribunales civiles, á quienes compete castigarlos.

En Grecia no hay mahometanos, excepcion hecha de los marinos turcos que visitan sus puertos, y algunos viajeros del mismo origen que recorren el país. Los últimos turcos han abandonado la isla de Eubea. El único culto, distinto de la Iglesia oficial, que es practicado por un número de adeptos considerable es el católico romano. Esta religion es la de la clase media en Naxos y en las otras Cicladas. Gobiernan los asuntos de la Iglesia católica griega dos arzobispos y cuatro obispos.

Grecia está dividida en trece nomas, subdivididas en cincuenta y nueve eparquías. Los cantones de cada eparquía se llaman dimas ó dimarquías, y los ayuntamientos rurales que los componen están administrados por adjuntos del dimarca. El rey los nombra á todos y están retribuidos. El número de empleados de Grecia es proporcionalmente mayor que el de ningun país de Europa. Ellos solos forman la sexagésima parte de la poblacion y con sus familias la duodécima. Los sueldos que cobran son extraordinariamente módicos; pero á pesar de esto consumen más de la mitad de los ingresos del presupuesto.

NOMAS.	EPARQUIAS.	Poblacion en 1870.
ARCADIA.	Mantinea..... Kynuria..... Gortinia..... Megalepolis.....	46.174 26.733 41.408 17.425
Superficie, 3.253 kil. cuadrados. Poblacion kil., 125 habitantes.		<u>131.740</u>
LACONIA.	Lacedemonia..... Sytion..... Itylos..... Epidauros-Limera....	46.423 13.957 26.540 18.931
Superficie, 4.346 kil. cuadrados. Poblacion kil., 24 habitantes.		<u>105.851</u>
MESENIA.	Kalamae..... Messini..... Pilia..... Trifilia..... Olimpia.....	25.029 29.529 20.946 29.041 25.872
Superficie, 3.176 kil. cuadrados. Poblacion kil., 41 habitantes.		<u>130.417</u>
ARGOLIDA Y CORINTIA.	Nauplia..... Argos..... Corinto..... Spezia y Hermionis... Hidra y Trezene..... Citeres.....	15.022 22.138 42.803 19.919 17.301 10.637
Superficie, 3.749 kil. cuadrados. Poblacion kil., 34 habitantes.		<u>127.820</u>
CICLADAS.	Syros..... Kea..... Andros..... Tinos..... Naxos..... Tira (Thera Santorin) Milos.....	30.643 8.687 19.674 11.022 20.582 21.901 10.784
Superficie, 2.399 kil. cuadrados. Poblacion kil., 51 habitantes.		<u>123.993</u>

NOMAS.	EPARQUIAS.	Poblacion en 1870.
ATICA Y BEOCIA.		
Superficie, 6.426 kil. cuadrados. Poblacion kil., 21 habitantes.	{ Atica.....	76.919
	{ Egina.....	6.103
	{ Megara.....	14.949
	{ Tebas (Tiva).....	20.711
	{ Livadia.....	18.122
		136.804
EUBEA.		
Superficie, 4.076 kil. cuadrados. Poblacion kil., 20 habitantes.	{ Calcis.....	29.013
	{ Xerochosion.....	11.215
	{ Karistia.....	33.936
	{ Eskopelos.....	8.377
		82.541
PHTIOTIDA Y FÓCIDA.		
Superficie, 5,316 kil. cuadrados. Poblacion kil., 20 habitantes.	{ Phtiotis.....	26.747
	{ Parnasis.....	20.368
	{ Lokris.....	20.187
	{ Doris.....	49.119
		106.401
ACARNANIA Y ETOLIA.		
Superficie, 7.833 kil. cuadrados. Poblacion kil., 16 habitantes.	{ Missolongi.....	18.997
	{ Valtos.....	14.027
	{ Triconia.....	14.453
	{ Euritania.....	33.018
	{ Naupactia.....	22.219
	{ Vonitza.....	18.979
		121.693
ACAYA Y ELIDA.		
Superficie, 4.942 kil. cuadrados. Poblacion kil., 30 habitantes.	{ Patras.....	46.527
	{ Ægialia.....	12.764
	{ Kalavrita.....	39.204
	{ Lia (Elis).....	51.066
		149.561
CORFÚ.		
Superficie, 1.107 kil. cuadrados. Poblacion kil., 88 habitantes.	{ Corfú (Korkyra).....	25.729
	{ Mesi.....	21.754
	{ Oros.....	24.983
	{ Paxi (Paxos).....	3.582
	{ Santa Maura.....	20.892
		96.940

NOMAS.	EPARQUIAS.	Poblacion en 1870.
<p>CEFALONIA.</p> <p>Superficie, 781 kil. cuadrados. Poblacion kil., 99 habitantes.</p>	<p>Kranæa.....</p> <p>Pali.....</p> <p>Sausi.....</p> <p>Itaca.....</p>	<p>33.358</p> <p>17.377</p> <p>16.764</p> <p>9.873</p>
		<hr/> <p>77.382</p> <hr/>
<p>ZANTE.</p> <p>Superficie, 719 kil. cuadrados. Poblacion kil., 62 habitantes.</p>	<p>Zacinto (Zante).....</p>	<p>44.557</p>

ELISEO RECLUS.





## EL DR. MÜLLER.

HISTORIA DE UN LOCO.



No se imagine el lector que pretendo historiar la vida del célebre fisiólogo P. Müller, ni disertar sobre cuestiones filológicas con los lingüistas Max Müller y Federico Müller, ni ménos exponer los brillantes asertos sobre el origen y desarrollo de la vida de los darwinistas Frits Müller y August Müller: estos son otros Lopez, y no el Müller de mi historia. Hay entre los alemanes genealogías de Müller, como entre nosotros genealogías de Lopez.

Rudolfo Müller (que así se llama), fué estudiante aventajadísimo de la Universidad de Leipsick. Su talento, abatido por la aridez de las ciencias exactas, se desplegó ante los vastos horizontes de las ciencias naturales. La línea, el número, la ecuacion, la fórmula, amortiguaban la viva luz de su espíritu; el fenómeno, la síntesis, la teoría, despertaban y robustecían las fuerzas latentes de su pensamiento. Era el consultor de sus amigos, el ídolo de la familia, el predilecto de los pro-

fesores. No se desdeñaban estos últimos de admitirle en sus confidencias, y acogían sus palabras con aquella complacencia benévola de los sabios que estimula y alienta. Solían olvidar en su presencia la compostura y gravedad académicas, pequeñas vanidades inherentes al birrete y la toga.

¡Qué espectáculo tan bello ofrecía aquel sabio en miniatura ante el ceñudo tribunal de exámen! Su cuerpo se estremecía como agitado por corrientes magnéticas; en su frente pálida se dibujaban á intervalos el centelleo de sus ojos, alumbrados por el fuego intenso; la palabra fluía de sus labios correcta y precisa con espontánea originalidad, y acentuada con la energía que imprime á la frase la certidumbre de lo que se dice. Agotado al parecer un tema, se complacía, con asombro de los circunstantes, en desarrollarlo bajo nuevos puntos de vista, y á menudo se anticipaba, por intuición pasmosa, á las objeciones del examinador. Adolecía del mismo defecto de Kant, y al querer recordar una fecha ó un dato numérico, vacilaba un momento, é inclinábase su frente como llama que abate el viento; pero tras una evocación rapidísima, se erguía nuevamente, y semejaba entónces su pensamiento el ave que desde el fondo del mar sube á los aires con la presa en el pico y las alas extendidas. Aquella cabecita de quince años que se elevaba con juvenil arrogancia, se había asimilado por la absorción lenta del estudio la savia fecunda de la ciencia.

No es, pues, de extrañar que cierto día exclamara á solas:— «Es preciso que inmortalice mi nombre. ¡Quiero, y sus pupilas se llenaban de luz, que mi apellido se convierta con el transcurso de los años en corona inmarcesible de laurel!»

Alentado por tan noble propósito, determinó dedicarse á una rama especial del saber humano, pues sabía á ciencia cierta que es difícil alcanzar alto puesto en el escalafón científico, si se dirige el entendimiento por opuestas vías: navegando á todos rumbos tarde ó nunca se logra arribar al término anhelado.

Es tan grande el caudal de conocimientos atesorados por el laboreo de los siglos, que sería imposible á la más privilegiada inteligencia abarcarlo en su inmensa generalidad desde sus comienzos hasta las últimas especulaciones. Por eso los talentos enciclopédicos, verdaderas bibliotecas ambulantes,

jamás coronan el edificio de sus trabajos, y raras veces llevan un progreso real al adelantamiento científico; aparte de que tales capacidades son consideradas poco ménos que como mitos.

En Alemania, patria del pensamiento segun la poética definicion de madame Staël, se aplica la division del trabajo con certero tino económico, lo mismo á las simples manufacturas de la industria, que á las más elevadas tareas del espíritu. De esta suerte, los trabajos aislados de la falanje laboriosa de sábios afluyen cual copiosos raudales al seno de la filosofía, cuya mision consiste, á mi entender, en fundir estos rayos dispersos en sol fecundo que ilumine las sociedades.

Müller, poseido de esta verdad, como buen aleman, y tocado de nobilísima ambicion de gloria, eligió la física como la ciencia que más armonizaba con su talento. Parecióle, sin embargo, un vasto teatro para consumir la actividad de su vida, y limitó sus miras á un solo órden de fenómenos: los fenómenos magnéticos.

Siempre había excitado vivamente su curiosidad la atraccion recíproca de los imanes y las agujas; y este sencillo experimento, repetido y modificado de diversas maneras en los gabinetes de física, sumergía su pensamiento en hondas meditaciones. La fijeza con que las agujas imantadas señalan el *polo Norte* le hacía cavilar largas horas.

Por consecuencia de esta constante direccion de sus estudios, llegaron á serle familiares cuantos hechos, datos y teorías se relacionaban con las agujas imantadas; y en cierta ocasion en que, por ausencia del profesor de física experimental, tuvo que sustituirle, cautivó á los alumnos con disertaciones eruditas sobre su tema favorito.

Poco satisfecho se encontraba Müller con las teorías emitidas por sabios modernos para explicar los hechos que tanto le atraían. A medida que adelantaba en sus estudios, veía surgir nuevos problemas de transcendental importancia, y sentía en su conciencia vislumbres precursores de nuevas verdades.

—«Me falta tiempo, exclamó un dia, para desarrollar el vistoso panorama de mis ideas. La actividad de toda mi vida será ineficaz para desenredar el tejido maravilloso de las leyes. Ne-

cesito tomar, pues, una resolución rotunda que economice mis fuerzas.»

Al efecto alejó de sus estudios, de su pensamiento, todo libro, toda idea que no tuviera inmediata y necesaria relación con los problemas que le preocupaban. Y aquí termina la historia del estudiante juicioso, del sabio aplicado y erudito, y da principio la historia del loco.

Desde aquel instante fatal todas las manifestaciones de su inteligencia se dirigieron como agujas magnéticas á un centro poderoso de atracción. Prevalció en su cerebro la idea de que el *polo Norte* era el foco adonde convergían las verdades fundamentales de la ciencia, la clave que descifraría todos los enigmas.

—«La tierra, decía, es un organismo gigante, que tiene el corazón en el fuego central y el cerebro en los hielos polares.»

Sabía la historia circunstanciada de aquellas empresas heroicas, de aquellas excursiones malogradas al *polo*; pero desconocía totalmente sucesos muy importantes de historia. ¡Cómo se complacía en describir con nimia escrupulosidad las costumbres de esquimales, lapones y amoyedos! De los restantes pueblos del globo poco, muy poco, sabía, pues á sus ojos decrecía rápidamente su importancia á medida que se alejaban de los círculos polares.

—¿Habeis leído *Los grandes viajes y los grandes viajeros* de Julio Verne? le preguntó, en cierta ocasión, un médico amigo suyo, deseoso de distraerle.

—Sí, contestó; he leído con deliciosa fruición *Los ingleses en el polo Norte*, *El desierto de hielo* y *El país de las pieles*.

—¿Y nada más?

—Nada más. En los otros viajes se aleja demasiado del *polo Norte*.

—Dada vuestra afición á las cosas que se aproximan al Norte, es fácil presumir que conoceis á fondo la literatura norteamericana.

—No soy literato, repuso Müller; pero admiro con entusiasmo el genio poético de Longfellow.

Es, en efecto, el poeta contemporáneo de más lozana y va-

liente inspiracion. ¿Conoceis el *Salmo de vida*, cuya originalidad encantadora llena el alma de emociones desconocidas? ¿Y su poemita inimitable titulado *Excelsion*?

—Lo conozco; pero esas fugaces exhalaciones de su ingenio quedan oscurecidas ante el singular encanto de *Evangelina*.

—¿Y en qué fundais vuestra predileccion?

—En el papel bellísimo que representa en dicho poema *La flor de la brújula*, florecilla que se inclina dulcemente al Norte, como atraída por vago presentimiento. Pues no lo dudeis; la zona tórrida puede considerarse como una fábrica perenne de calenturas y epidemias: sólo del polo boreal nos vienen los efluvios de vida que regeneran al mundo.

¡Pobre loco, dijo el médico para sí; su monomanía es incurable!

No se desalentó, sin embargo, é hizo recaer la conversacion sobre el origen y filiacion de los idiomas; sobre su desenvolvimiento, regido por leyes análogas á las del mundo orgánico, y sobre los resultados pasmosos de la ciencia del lenguaje en sus múltiples aplicaciones. Habló, por consiguiente, de los orientalistas. Pero en mal hora tocó esta tecla.

—¡No me nombreis á los orientalistas! gritó Müller con voz destemplada por la ira. ¡Orientalistas! Llamadlos mejor espíritus desorientados. ¡Lingüistas!.... No quiero ni mentarlos. Presumen de sabios y malgastan el tiempo en combinar á capricho sílabas y articulaciones como los ociosos en combinar charadas. Construyen con palabras carcomidas edificios silábicos semejantes á castillos de naipes. Un soplo de mis labios derribaría por tierra sus construcciones milagrosas. ¡Pobres espíritus alumbrados por las pálidas auroras del Oriente! Decidles de mi parte que vuelvan la vista y la inteligencia á los fecundos resplandores de las auroras boreales.

—¡Vamos, no tiene cura; está rematado! repitió el médico alejándose desconsolado.

Pero la manía de Müller iba tomando cuerpo, fomentada por el hábito y favorecida por el abandono é indiferencia que aisla y separa más que la distancia.

Müller, que era comunicativo y sociable, se lamentó primero de este olvido, y despues para consolarse dió en visitar á cier-

ta jóven sueca vecina suya. Pasaba con ella las horas de descanso consiguientes á sus tareas mentales, y la sueca acogió gustosa las galanterías y finezas de Müller, ya fuese por capricho propio de su sexo, ya por el aliciente de una posición independiente y cómoda. El amor se ceba en los locos lo mismo que en los cuerdos. No es, pues, extraño que nuestro loco quisiera cometer á sabiendas la locura corriente entre el vulgo de los locos.

Al fin se casó; mas no para divorciarse de sus libros, de sus instrumentos ni de sus cavilaciones continuas. Hacía ya muchos años que estaba unido en feliz maridaje con su monomanía.

—¡Tu única pasión es el estudio! le dijo en tono de amarga reconvención á los pocos meses de casada.—Tú no me quieres ni me has querido jamás.

—Sí, hija mia, contestó Müller; te quise desde que supe que tu pueblo natal dista solamente 30 grados del polo.

En otra ocasión le prohibió terminantemente á su mujer que cosiera con agujas comunes de acero.

—¡Vaya un capricho! ¿Pues con cuáles he de coser?

—Con agujas tocadas en la piedra magnética.

—¿Será posible, Müller?

—Y desde mañana todos nuestros muebles deberán ser colocados en dirección del meridiano magnético de Leipsick. La tierra considerada desde hace años como imán de poderosísima fuerza, ejerce influencias reales y misteriosas sobre todos los cuerpos sublimes. La posición del cuerpo humano en sus relaciones con la tierra forma parte de un grandioso proyecto de higiene que ha de revolucionar el mundo científico.

—¡Esto ya es insoportable! exclamó la sueca fuera de sí, con ánimo de tomar una resolución extrema.

Al efecto se fugó bonitamente con un compatriota amigo suyo, no con idea de visitar el polo Norte, sino de visitar la Exposición de Filadelfia.

• Cuando Müller supo tan inesperada decisión, se quedó como quien ve visiones, no sé si con la cara vuelta al Norte ó al Mediodía.

Y aquí daría fin la presente historia, si no se me antojara

añadir á renglon seguido, y á modo de epílogo ó moraleja, un precepto de higiene mental.

Tan peligroso es al desarrollo intelectual el desmedido afan de conocimientos enciclopédicos, como reducir el pensamiento á un estrecho círculo de ideas. Los que pecan por alguno de estos defectos, padecen de ceguera intelectual: son los púsbitas y miopes de la ciencia. Si lo primero conduce á formar pedantes y eruditos á la violeta, lo segundo puede conducir á la monomanía. Dígalo si no el Dr Müller.

JOSÉ VARELA ZEQUEIRA.





ASPECTO HISTÓRICO  
DE  
LOS ESTADOS-UNIDOS

---

**A**N vez de hacer un discurso fundado en los lugares comunes de la educación y de la literatura, creemos oportuno poner en conocimiento de nuestros oyentes algunos estudios sugeridos en nuestro último viaje á los Estados-Unidos y que, según creemos, no serán desaprovechados por los ilustres cuerpos (1) á quienes tengo el honor de dirigir en estos momentos la palabra.

No entra en nuestro propósito presentaros un cuadro de lo que podría llamarse «Impresiones de América,» puesto que, aunque no nos encontrásemos poco dispuestos á trazarlo como sería menester, ya ántes lo ha hecho desde este mismo lugar con tanta maestría la eminencia científica á quien aún los discrepantes de sus ideas nos vemos gustosamente obligados á rendir el mayor tributo de nuestra admiración.

Intentamos, pues, limitarnos al estudio de los aspectos presentados por América, que más nos ha interesado y que qui-

---

(1) *Birmingham and Midland Institute* 16 de Diciembre de 1878.

zas interesa del mismo modo á la mayor parte de los viajeros; es decir, vamos á estudiar el aspecto presentado por los primitivos Estados Orientales, que precisamente han constituido la esfera del viaje á que ántes nos referimos.

Creemos que mereceremos bien de cuantos oyeren ó leyeren nuestras palabras, puesto que nuestro cometido se refiere á datos comunmente ignorados por cuantos no han tenido ocasion de presenciar el espectáculo presentado por ese vasto continente tan preñado de riqueza como de inspiracion y consideraciones.

## I.

Hay dos observaciones que todos oimos constantemente al hablar con los americanos: «Somos un pueblo nuevo.—No tenemos antigüedades.»

La verdad de la primera de estas observaciones debe ser admitida por todos; mas acerca de la segunda nos atrevemos á decir que hay mucho que hablar.

Conoceis unas palabras de lord Bacon que en parte son ya familiares á todo el mundo por constituir el título de una obra de un conocidísimo autor de nuestros tiempos, el cual puso en la primera página del escrito á que nos referimos esta preciosa sentencia: *Antiquitas sæculi juventus mundi* (1).

Mas tambien os deben ser conocidas las palabras recíprocas del que dijo que *La juventud de una nacion es tambien su antigüedad*.

Máxima fundamental de la filosofía histórica del profesor Arnoldo Rugby era afirmar que toda nacion tiene su historia antigua y su historia moderna fuera de la cronología que cada nacion posee en la sucesion general de los eventos humanos.

Pues bien; cuanto dejamos dicho tiene sorprendente confirmacion cuando de América se trata.

---

(1) *La antigüedad del mundo es tambien su juventud.*

En efecto, su juventud nos la presenta en la categoría de un período de la historia que con razón puede ser llamado antiguo, porque aún nos presenta la lozanía de sus primeros tiempos al par que exhibe una sociedad, no en forma absolutamente acabada, sino que en gradual formación tiende á su destino.

No hay duda que las aplicaciones científicas y materiales del siglo XIX llevadas, bajo cierto respecto, á mayor esfera en el nuevo que en el antiguo continente, dan á la América cierto aspecto de novedad y hasta cierto punto de perfección, que parece enteramente ajeno á un pueblo incipiente; pero cuando penetramos bajo los pliegues de ese esplendente manto con que orgullosa se levanta la jóven América, echaremos de ver que existen en ella evidentes huellas de su juventud, mejor aún, de su niñez y, por lo tanto, de su estado primitivo.

La juventud de América corresponde con la antigüedad de Europa. Esta es peculiaridad de la historia americana en su pasado, en su presente, en su porvenir, y que constituye su interés peculiar, algunas veces su apología y siempre su poderoso incentivo, peculiaridad, decimos, que en mayor escala divide con Rusia, pero que en América vemos converger en foco más próximo al espejo en que la historia va reflejando sus glorias, á causa del pequeño espacio aún recorrido en la carrera que le ha sido marcada por la Providencia.

La historia de los Estados-Unidos podría clasificarse en cuatro épocas principales que naturalmente emergen sobre el nivel á que se limitan la mayor parte de los anales.

## II.

La primera de las épocas que acabamos de anunciar podría ser bautizada con el nombre de era de los primeros fundadores, y no deja de llamar la atención el que desde luego podamos colocarnos junto á los primeros habitantes y caudillos de ese gran pueblo.

Esta época podría compararse con la de los primeros acon-

tecimientos ya históricos ya legendarios de la fundacion de los Estados griegos, que tuvieron lugar ya en la madre patria, ya en las colonias que de ella dependían.

Empero sabido es que al hojear la historia de Grecia topamos con fundadores más ó ménos envueltos en las nubes de la fábula, miéntras que al volver nuestros ojos hácia América se nos presentan aquéllos con la distincion de personalidades que actualmente viven.

Extraordinaria fué la sensacion por nosotros experimentada cuando dos dias despues de haber desembarcado en América pudimos contarnos entre la inmensa muchedumbre que celebraba el 250 aniversario de la fundacion de Salem, ciudad de Massachussetts.

En torno nuestro se hallaban personas cuyo linaje y nombre se derivan de los primeros que pisaron aquellos campos entónces incultos y desolados.

A un lado se veía á un distinguido juez, el representante de Eudicott, al primer gobernador: al otro al venerable y legítimo descendiente de Winthrop, que si no tuvo la gloria de haber sido el primer gobernador de la colonia, puede tenerla de ser el que más dignamente ha ocupado tan alto puesto, sin que por esto deban tenerse por rebajados los dignos ciudadanos que hasta el momento presente han venido en directa sucesion ocupándolo.

A derecha é izquierda vimos á los Saltonstalls, los Boroditches, los Wilders y los Higginsons, nombres oscuros quizas para nosotros, pero muy conocidos en aquel venturoso país.

Sus progenitores no fueron impalpables fantasmas, como los héroes de los poemas de Osiam, ni entre ellos brillaban las estrellas, sino ó robustos é intrépidos labradores, ó comerciantes ó sacerdotes, hombres, en fin, de carne y hueso como nosotros.

Cada familia de las que existen en la poblacion está conexionada de uno ú otro modo con alguno de estos patriarcas; sus retratos, sus cartas, los árboles por ellos plantados, el fruto por ellos amontonado, y las iglesias en medio del pueblo erigidas, aún permanecen como mudos recuerdos de tan gloriosos ascendientes.

Todo esto nos hacía pensar por analogía que vivíamos en los primitivos tiempos históricos de nuestra patria, Inglaterra, y que asistíamos á un banquete con los Hengirtos, los Horsas, los Clodoveos y los Pepinos, porque todo lo que á nuestros ojos se presentaba atraía á nuestro corazón ese sentimiento particular de proximidad á los primeros principios de nuestra patria, que sin querer se experimenta en ciertas ocasiones y que tan maravillosamente se reproduce cuando leemos la novela *Ivanhoe* de Walter Scott, en donde con tan hábil mano sabe este autor describir nuestras antigüedades, que nos parece que aún podemos percibir el aliento de la monarquía sajona y asistir á la conquista de los normandos.

Parad, si os place, por un momento vuestras mientes en los grupos en que se clasifican los fundadores de los Estados americanos.

En las brillantes páginas del venerable historiador de los Estados-Unidos, George Bancroft, veremos salir una por una desde la Florida hasta Huebec todas las poblaciones que componen la república, como si hubiesen sido producidas á la voz de sus antiguos héroes por las espumas del Océano que las baña.

En primer lugar, hemos de fijar nuestros ojos en la antigua Virginia, á quien aún hoy día se considera por los habitantes como madre de todos los Estados.

¿Qué cosa más primordial podremos hallar en los anales americanos que la relación de aquellas brillantes aventuras emprendidas durante los días de esplendor de la gloria de Isabel, con la esperanza de perpetuar en el nuevo continente el nombre de la Reina Vírgen?

¡Ved al que primero que todos proyectó la empresa, al gran estadista, al inspirado poeta, al eminente historiador, al sabio descubridor Sir Walter Baleib!

Bien puede yacer su cadáver en una tumba sin nombre de Westminster, pero su verdadero monumento lo constituye la colonia de Virginia.

Mirad también la interesante figura, tan conocida en América como desconocida en Europa, de aquel que, aunque tuvo un nombre vulgar, John Smith, fué, sin embargo, vida

y alma de la fundacion de aquella colonia, y de cuya carrera, anterior y posterior al gran acontecimiento á que nos referimos, estuvo tan sembrada de maravillosas aventuras que en otros tiempos se le hubiera por ellas colocado á mayor altura que al griego argonauta ó al cruzado de la Edad Media.

En efecto, dotado este ilustre personaje del doble ardor del hombre de ciencia y del marino, heredado despues por sus descendientes, incluyendo entre ellos al almirante Smith, supo combinar estas cualidades con impetuosa pasion por aventuras que, habiéndole anteriormente transportado á las guerras de Hungría y aherrojado en las oscuras mazmorras de los corsarios turcos, supo despues ganarle de tal suerte el afecto de las tribus indias que él sólo pudo ser el guardian de la naciente colonia.

Tres veces salvó su vida el interes que su presencia logró inspirar en sus varias aventuras á tres diferentes princesas; Calameta, señora de Hungría; Trabegizonda, favorita del harem turco; y Pocahontas, hija menor del cacique indio Posohattan, que se interpuso entre la ira de su padre y nuestro aventurero.

Esto nos recuerda un hecho particular, llamándonos mucho la atencion la coincidencia de que, miéntras el primogénito de los Pocahontas, ó sea uno de los primeros convertidos de las tribus de la América meridional á la fe cristiana, yace sepultado dentro de los muros de la iglesia parroquial de Granvesend, punto en donde feneció, los restos de John Smith, despues de carrera tan larga como llena de aventuras, reposen en la solemne cúpula de la iglesia del Santo Sepulcro de Lóndres.

Si alguna vez visitais aquel templo de la muerte detened vuestros ojos en la lauda que lleva este tan significativo epitafio:

AQUÍ YACE CONQUISTADO EL QUE TODO LO CONQUISTÓ.

Aquel es el sepulcro de John Smith.

Vengamos ya á estudiar otro de los grupos en que hemos dividido á los fundadores de la república modelo.

¿Quién hay que pueda subir á la cima que se eleva sobre la

bahía de Plymouth, en Nueva Inglaterra, y contemplar, sin que el dolor se apodere del corazón, á *La Flor de Mayo*, pequeña embarcación, que como cuna de un Estado sagrado se arrastra con paso dificultoso de promontorio en promontorio, de isla en isla, hasta que su escasa tripulación toma tierra en la roca solitaria que se eleva sobre la orilla y cuyos restos son hoy día visitados por miles de peregrinos que allá acorren de todos los ángulos de la América del Norte?

¿No os parece un recuerdo de las épocas heroicas el que nos presentan las relaciones de aquel al parecer infructuoso viaje que en el corazón del invierno verificó una mitad de la pequeña colonia, mientras que la otra mitad quedaba en el campo de sus fatigas, sin que una miserable lápida mostrase escritos sus beneméritos nombres, hasta tanto que, apercibidos los indios de los pueblos comarcanos, de la disminución de fuerzas de sus pacíficos invasores, dieron órdenes severas para que después de seis meses de detención se hiciese el buque á la vela para el punto de partida, sin que ni uno solo de los gloriosos aventureros volviese pié atrás en la empresa acometida ni cediese á la falta, no ya de comodidades, sino de las cosas más necesarias?

¡Qué círculo más dramático es el que contiene al austero general Brandford; al soldado de fortuna; al tan dudosamente puritano como católico Miles Stanish; al primogénito del Atlántico, Océano Hophimos; al primer hijo de la Nueva Inglaterra, Peregrin White!

¿Y qué diremos del entusiasta excéntrico Rogerio Williams, que tan hábilmente supo descubrir las cadenas y grillos con que la nueva colonia pretendía atar sus manos y sus piés, grillos y cadenas no menos odiosos que los móviles que impulsaron á aquellos colonos á abandonar sus patrias, mientras que nuestro héroe vagaba por montes y collados ó pasaba su vida en solitarias canoas, hasta serle dado enarbolar la bandera de la tolerancia religiosa, y, reconocido á las gracias por el cielo sobre él derramadas, dar al país, que sonriente vió levantarse ante sus ojos, el nombre inmortalizado ya por el Estado, el significativo nombre de Providencia?

Fijemos, por último, nuestra vista en los bancos de Dela-

soare, donde Guillermo Penn fundó lo que propiamente podríamos llamar «Santo Experimento» de un Estado que para obtener protección hemos de verle echar mano, no de la guerra, sino de la paz, y que, usando de sus propias palabras, «recorrerá la senda de su inocente vida sobre las vírgenes praderas de los Campos Elíseos.»

Allí se levanta la ciudad del «Amor Fraternal», cuyas calles llevan aún los nombres del fresno, del castaño, del nogal y del pruche del bosque que la recibió en su seno.

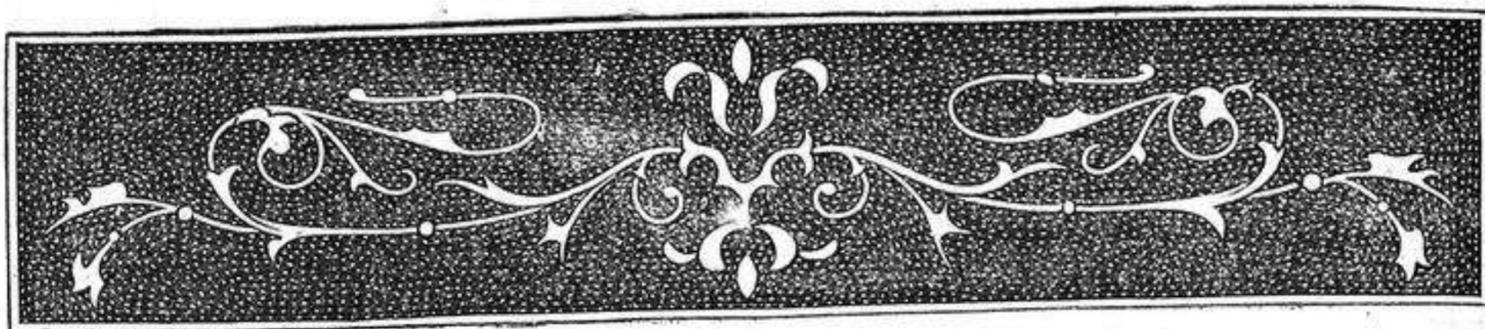
Allí reinó la dinastía de príncipes que reconocieron la soberanía de la corona inglesa por medio del simple homenaje de una piel de castor, y cuyo lema, tomado del patriarca de los cuáqueros, Gorge Fox, fué: «Luzca vuestra luz en medio de los indios, de los negros y de los blancos.»

Mirad, por último, al venerable sacerdote de la Georgia, al célebre Oglethorpex, el constante amigo, según Oldesley; el modelo del soldado, según Samuel Johnson; el sinónimo de «extrema benevolencia de alma», en los labios de Pope.

Este último personaje, como todos los ántes mencionados, debe contarse entre los que Bacon cuenta entre los bienhechores de la humanidad, los fundadores de los estados é imperios, que pueden tenerse como modelos de la sagrada antigüedad, oculta entre nosotros, pero que puede ser hallada en el seno de la jóven América.

*(Se continuará.)*





## LA EDUCACION

### CONSIDERADA COMO CIENCIA.

---



El crítico que coloca su firma al pié de sus escritos, evita un absurdo que difícilmente puede dejar de acompañar al que se oculta bajo el velo del anónimo.

El crítico anónimo es compelido á la confusion propia del crítico ideal, y por lo tanto, á querer hacer ver la supremacía de su ciencia sobre la del autor que es objeto de su análisis, sin que echemos entónces de ver que nos ponemos en ridículo delante del público á cuyas manos llegan nuestros escritos.

Así, pues, creemos que lo mejor que puede hacer el que á tan difícil tarea se dedica, será siempre el colocarse en la posición que verdaderamente le pertenece.

Siguiendo esta doctrina, empezamos la crítica de la obra de Alejandro Bain, que lleva por título el que encabeza estos renglones, dejando desde luégo asentado que el que esto escribe no es más que un pedagogo, que aunque ha hecho cuanto ha podido por arrojar alguna luz sobre las materias científicas de que trata, no ha podido alcanzar más que lo que

desde luego echará de ver el lector, añadiendo que no se cree con autoridad de ningun género para hablar de materia alguna que no se relacione con la pedagogia práctica.

Bajo este solo punto de vista es como intenta examinar la nueva obra del profesor Bain, puesto que sería absurdo sujetar á tela de discusion los asertos de tamaña autoridad en la esfera de la abstraccion científica.

Cuando aquel jóven contó en los célebres Docks al inmortal Dickens el atentado de suicidio de que este escritor hace mencion en una de sus obras, preguntóle éste si la infortunada jóven estaba ya *restablecida*; mas el interrogado, abriendo los ojos, y encogiendo los hombros, contestó: «Yo, señor, sé que la recogieron, la llevaron á la casa de socorro, la hicieron la primera cura; pero sobre eso *de si está ya restablecida*, á decir verdad, nada sé.»

No sabemos por qué desde que leímos esta respuesta sentimos cierta oculta simpatía por aquel jóven.

Y, en efecto, en su respuesta mostró bien á las claras ser más mirado que muchos de nosotros en el uso del lenguaje, puesto que sintió repugnancia en darse por entendido acerca de una palabra por él no completamente comprendida, y que hubiera podido significar algo más de lo que era necesario decir.

Idéntica fué nuestra situacion al oír esta pregunta: «¿Existe la ciencia de la educacion?»

En los primeros momentos sentímonos con ánimos de dar una respuesta que pudiera resumirse en las siguientes palabras: «Esta materia ha preocupado desde muy atras á muchos pensadores que nos han legado muchas preciosidades sobre ella, que nunca deberíamos perder de vista, y además no debe ser del todo infructuosa la experiencia de los maestros que nos han precedido, siendo tambien muchos los hombres de ciencia que han hecho converger sobre la materia los rayos de sus luces; empero no sabemos con seguridad si ya tenemos la ciencia que se busca.»

Si siguiésemos el paralelo, no sería sin detrimento de la debida propiedad.

Por lo tanto, grande fué nuestra satisfaccion cuando supi-

mos que un escritor muy conocido y muy apreciado por sus escritos en filosofía psicológica, nos presentaba como ciencia á la educacion, de suerte que, en los primeros momentos, creimos poder afirmar que, si sus páginas no nos presentaban un tratado completo de la ciencia de la educacion, contenían al ménos la última palabra que la ciencia ha podido pronunciar acerca de asunto de tanto interes.

Empero, despues de haber estudiado con la mayor diligencia la obra, no sólo no encontramos en ella la ciencia de la educacion, sino que ni aún pudimos percibir los auxilios que á nuestro juicio proporciona la ciencia á quien quiera dedicarse á la resolución del árduo problema.

Damos de buen grado que en la obra de Mr. Bain hay mucho que aprender; pero nadie ignora que esto no basta.

En efecto, se trata de una obra de no ordinarias pretensiones; se nos propina entre los volúmenes de una BIBLIOTECA CIENTÍFICA INTERNACIONAL, escritos en su totalidad por profesores los más distinguidos, y la reputacion de Mr. Bain ampliamente justifica el ver su nombre entre la serie de tantas eminencias.

Luego cuando semejante hombre y por tal conducto nos anuncia un tratado de la educacion considerada como ciencia, no podíamos aplicar á su trabajo otra medida que no fuese la mayor, puesto que los defectos de tan eminente expositor pueden perjudicar ó retardar el desarrollo de la ciencia que trata, que se dedica á vulgarizar.

Dejando, pues, asentado que Mr. Bain ha escrito, como no podía ménos de hacerlo, un libro digno de ser leído por todos los que se dedican á la enseñanza, vamos á hacer ver algunas vaguedades é imperfecciones que nos parecen de fatales consecuencias en todo tratado científico.

Concede Mr. Bain mucha importancia á la definicion de términos, porque, como él dice, «al discutir algunas cuestiones referentes á la educacion, ocurren términos y frases que impiden se deduzcan grandes consecuencias, y algunas veces hacen por su ambigüedad que se deduzcan otras completamente falsas.»

A la explanacion, pues, de estos términos dedica nuestro

autor todo un capítulo que, de paso sea dicho, en vez de ocupar el primero, ocupa el cuarto lugar.

Sin embargo, en este capítulo hallamos suficiente número de asuntos que estrictamente no pertenecen á definiciones, como cuando en la página 121 nos dice: «que la facultad absoluta de la memoria retentiva se halla en cantidad limitada en cada uno de los individuos.»

Tambien al explicar la palabra imaginacion, nos dice Mr. Bain «que en los cuentos de brujas no hay elemento alguno de educacion; pero que los padres de familia deberían hacer de ellos el uso que se hace de los paseos de campo y vacaciones» (pág. 127).

Llamamos la atencion del lector sobre las anteriores palabras, que ni encierran ninguna definicion explicatoria de vocablos ni andan muy acertadas al establecer que los paseos y vacaciones son infructuosos en la educacion.

Esto nos lleva á estudiar lo que Mr. Bain quiere dar á entender con las palabras *ciencia y educacion*.

Empezando por la primera de ellas, Mr. Bain no dice más sino que «el exacto estudio de la naturaleza es otra de las expresiones de la ciencia» (pág. 68), las cuales palabras ni explican lo que es ciencia en general ni mucho menos en particular.

Quizas el autor nos remitirá para sacarnos de dudas al exordio del Prefacio de su obra:—«En el presente trabajo hemos mirado al arte de enseñar desde el punto de vista más científico que nos ha sido posible, lo cual entre *otras cosas* (véase cómo la vaguedad es característica en el ilustre escritor) significa que las máximas de la experiencia cotidiana son atestiguadas y corregidas al sujetarlas al crisol de las leyes de la inteligencia mejor establecidas.»

Esto presupone que poseemos un cuerpo de máximas derivadas de la experiencia diaria, y que éstas pueden ser elevadas á ciencia tan luégo como puedan ser confirmadas y corregidas por las leyes de la inteligencia.

Mas apénas puede tenerse por segura la posesion de semejante cuerpo de máximas.

Y en realidad de verdad, todo el mundo sabe que hasta hace

muy poco la utilidad y la necesidad eran los únicos reyes que en plena paz dominaban el recinto de las escuelas, y aunque en él existía establecido cierto *modus operandi*, siempre había sido antepuesta la práctica á los preceptos y se esquivaban hasta donde era dado todo género de máximas.

En estos últimos treinta años las modernas investigaciones llegaron á perturbar el antiguo quietismo, y el procedimiento de la utilidad y de la necesidad mostró su insuficiencia é incapacidad para los nuevos ramos de intruccion.

De aquí la creciente exigencia de máximas miéntras carecíamos de la experiencia necesaria que nos las proporcionase.

Conocemos algun tanto el estado presente del arte de enseñar, y dudamos por ende exista en medio del reinante caos otro método que el arte indicado; de donde, si las máximas de la experiencia tienen que ser los materiales de nuestra ciencia, nos encontramos con la dificultad preliminar de carecer de los suficientes materiales para ello necesarios.

Asimismo, por lo que se refiere á las leyes de la inteligencia que han de extraer, por decirlo así, la ciencia que nos ocupa de las máximas de la experiencia, hemos de hablar con la mayor desconfianza, ya que las mismas palabras de Mr. Bain nos sugieren algunos motivos de duda.

Pretende nuestro autor que acudamos á las leyes de la inteligencia *mejor establecidas*. Ahora bien, si nos hubiera remitido simplemente á las leyes *establecidas* por la experiencia, hallaríamos en esta materia terreno más firme en que hacer pié; mas aquellas palábras parecen darnos á entender que las leyes que han de ser aplicadas no están aún completamente establecidas, y de aquí que sin querer hemos deducido del aserto esta conclusion: La educacion, como ciencia, significa la aplicacion de leyes de la inteligencia aún no cabalmente confirmadas, á máximas que deben sacarse de la experiencia.

Podrá desde luégo observarse que en el pasaje citado habla Mr. Bain del arte pedagógico en el sentido que forma el asunto de su libro, ó en otros términos como educacion, lo cual, á nuestro juicio, no es lo más provechoso.

Los maestros de escuela se hallan muy predispuestos á ser sumamente exclusivos en las tareas que les son propias, y la

mayor parte de ellos tendrán á un hombre por bien educado con tal que lo vean componer en griego y en latin.

Mr. Bain introduciría grandes modificaciones en las materias hoy estudiadas, pero la adquisicion de los conocimientos de escuela constituye aún para él la mayor parte de la educacion.

Aunque puede decirse con toda franqueza que todo escritor científico está facultado para hacer las limitaciones que más le plazcan en la significacion de los términos que emplea, con tal que prevea y cuidadosamente aclare su concepto, nos parece que Mr. Bain adopta como significado de la palabra educacion « las artes y métodos empleados por los maestros de escuela » (pág. 6); pero á veces usa tambien dicha palabra en un sentido vago y popular, segun vemos en la página 158, donde se lee: « Aprender á clasificar es tambien una manera de educacion;» y en los resúmenes de los capítulos XV, repite la misma idea que volvemos á encontrar en la página 432: « Todas las obras de genio que se revisten con los atavíos propios de la fábula y la misma poesía en su sentido más estricto, pueden de suyo considerarse como educacion.»

Mucho nos sorprende encontrar el término capital de la obra usado con tanta vaguedad en un tratado científico escrito por quien no cesa de repetirnos que « forma parte muy principal del método científico tener en cuenta los términos capitales de él, para lo cual ayuda no poco investigar todas las significaciones que respectivamente pudieran tener.» (pág. 8).

Por regla general, sin embargo, Mr. Bain se atiene á las artes y métodos empleados por los maestros, y nos parece que teme que la definicion por él dada pueda fácilmente ser comprendida por todos.

Comunmente se cree que los maestros de escuela deberían atender á la salud física y debido desarrollo de sus discípulos, habiéndose exagerado por algunos la importancia de la fisiología en la educacion de la juventud; mas, segun Mr. Bain, el institutor propiamente tal nada tiene que ver con la higiene, y en poco puede favorecerla. « El cuidado de la salud corporal, nos dice, debe ser el postulado que ha de guiarnos en la educacion mental de los alumnos; mas el maestro no debe

tomar sobre sus hombros la penosa carga de echar los fundamentos de las leyes de higiene» (pág. 4).

Este aserto es muy notable.

Segun Mr. Bain, los profesores de enseñanza universitaria no tienen obligacion alguna de precisar las leyes de higiene, miéntras que, á nuestro juicio, este es asunto que especialmente les atañe.

Si se dijese que las palabras de Mr. Bain significan que al profesor no toca inventar las reglas, su aserto sería completamente cierto; mas debería tomarse como una inocentada, ya que todo el mundo sabe que el maestro debe vigilar por el cumplimiento de las leyes y no meterse á legislador, de suerte, que en el sentido que tratamos es completamente inútil el aserto de nuestro autor, y ateniéndonos únicamente al segundo sentido que pueden tener las palabras á que nos referimos, sabemos que no sólo toca al maestro formular las leyes sino tambien observar si se cumplen ó no.

Por nuestra parte no podemos ni aún imaginar un maestro propiamente tal que nada tenga que ver con las leyes higiénicas.

Pasando á tratar de las relaciones de la fisiología con la educacion, Mr. Bain dedica á tan interesante asunto tan sólo tres páginas de las 452 de que consta su trabajo; mas no por eso ha podido desarraigar de nuestra alma la persuasion que tenemos de que los fisiólogos ejercen más influencia en las artes y métodos de enseñar que la que nuestro autor les atribuye.

Un prueba se nos ocurre que viene á confirmar nuestro aserto, y no abrigamos el menor género de duda que las personas dedicadas al ramo que nos ocupa podrán citar otras muchas.

Fué uso comun de las escuelas el tener á las niñas durante muchas horas del dia de pié y sin apoyo alguno, formando coro al rededor de la mesa de la maestra, y nadie ignora cuántas de las infelices que vemos con la espina dorsal torcida ó formando joroba deben á tan detestable costumbre el defecto de que adolecen.

En la cuestion psicológica es más extenso Mr. Bain, y debe-

mos estudiar con detenimiento cuanto sobre esta materia nos enseña, aunque á la verdad no encontramos en su trabajo el material que la ciencia nos ofrece, debiéndose tambien tener en cuenta que donde debería reinar la mayor claridad no encontramos más que suma vaguedad, y eso que el autor nos dice en el Prefacio «que su obra no combate tanto al error cuanto á la confusion de ideas reinante.»

Oigamos, por vía de ejemplo, lo que Mr. Bain escribe acerca de la memoria retentiva.

«Para que los maestros obtengan el debido resultado es necesario que se fijen mucho en la propiedad plástica de la misma mente; porque en ella reposa no solamente la adquisicion de conocimientos sino de todo lo que puede llamarse adquisicion.» (Nótese que *la adquisicion de una adquisicion* es un ejemplo de diligencia en la expresion.) El desarrollo más manifiesto de la propiedad de que tratamos consiste en la memoria por lo que favorece al desarrollo de la inteligencia. Por consiguiente, una de las primeras investigaciones que hay que hacer para hacer progresar el arte de la educacion debe ser, sin duda alguna, buscar los medios de robustecer la memoria» (págs. 7, 8).

No es este el único pasaje en que Mr. Bain da tamaña supremacía á los medios de robustecer la memoria; léanse si no las sigientes palabras:—«De las tres grandes funciones del entendimiento, ó sea el discernimiento, el consentimiento y la retentiva, esta última es la que más completamente se identifica con los procedimientos pedagógicos» (pág. 15).

En otro lugar añade: «La retentiva es la facultad que más de cerca nos toca estudiar cuando de educacion tratamos; porque en ella reposa la posibilidad del desarrollo mental, ó en otros términos el desarrollo de capacidades no dadas por la naturaleza» (pág. 20).

«La ciencia, nos dice Mr. Bain á cada paso, no es más que el estudio exacto de la naturaleza,» y los trozos citados parecen contemplar una extension de su área, puesto que no solamente tenemos que pensar en la naturaleza sino en capacidades no dadas por esta madre comun.

Por desgracia, Mr. Bain no pone en nuestras manos clave

alguna para descifrar el sentido en que toma la palabra naturaleza, y por lo tanto, nos vemos imposibilitados para determinar cuáles son las innaturales ó no naturales capacidades á que se refiere.

Parécenos que el sabio profesor, no obstante la excelente intención que le dominaba para combatir á la confusión, ha introducido gran dosis de ella en su libro, usando en diferentes sentidos la palabra memoria, que sin manera alguna de duda es una de las más importantes del trabajo.

Véase cómo se explica cuando intenta aclararnos el concepto:

«*Entregar á la memoria* es frase ya adoptada para significar el aprendizaje ó adquisición de aquellas partes de los conocimientos humanos que se hallan ya embebidos en nuestra alma sin ejercitar aparentemente las facultades superiores llamadas razón y discernimiento. Así, por ejemplo, se entregan á la memoria nombres ó listas de palabras gramaticales ó del lenguaje corriente» (pág. 120).

Cuando vemos que Mr. Bain llama las *partes de los conocimientos humanos* á dichos nombres ó listas de palabras, debemos suponer que habla de palabras conexionadas con su recto significado, y mucho nos extraña que en un tratado *sobre las artes y métodos empleados por los maestros de escuelas*, no encontremos rastro alguno que nos enseñe que la memoria siempre es empleada en meras palabras ó en palabras imperfecta ó falsamente conexionadas con su recta significación.

De lo que acabamos de decir, comprenderá el lector hasta qué punto sea la memoria la facultad por cuyo medio retenemos sin ejercicio de la razón y discernimiento los conocimientos que se nos presentan.

«Asimismo, continúa Mr. Bain, los acontecimientos que hemos presenciado se imprimen por sí mismos en nuestra memoria por el mero hecho de haber logrado excitar nuestra atención.»

¿No os parece que la memoria aquí descrita es otra nueva facultad del alma muy distinta de la memoria que con la razón y el entendimiento ya conocíamos?

Tampoco puede sacarnos del atolladero de dudas en que

nos vemos enclavados la clasificacion que atribuye á idéntica funcion mental, el conocimiento que tiene un niño ó un gran matemático de la tabla pitagórica.

Aún vienen á aumentar las ya muy apiñadas nubes de la duda las siguientes palabras :

«Por último, una gran parte de la primera educacion de los niños consiste en adquirir fijas nociones de las cosas que habitualmente les rodean, y aún las más simples consecuencias derivadas de las causas vienen á grabarse en los tiernos cerebros por el mero acto de la memoria.»

De donde manifiestamente puede deducirse que siempre que no obre la razon y el discernimiento puede la *memoria* extenderse á la esfera de la mente y obrar del mismo modo que aquellas facultades.

En otra parte nos dice el autor «que bajo el punto de vista físico y fisiológico, la memoria no es más que una serie de nuevos desarrollos nerviosos, ó la instalacion de cierto número de estaciones pulsátiles en determinadas líneas de la sustancia cerebral» (pág. 13).

Se nos ocurre una pregunta.

Cuando funciona la razon ó el entendimiento, ¿no se establecen tambien estaciones pulsátiles? En caso afirmativo, este aspecto, bajo el cual se nos presenta ahora la memoria, no concuerda con la explicacion ántes citada. ¿No ve Mr. Bain en cuántas contradicciones incurre?

\* Nos habla tambien «de cierto *amontonamiento* de conocimientos,» al cual llama tambien memoria (pág. 20), y nosotros creemos que en dichas palabras se toma á la retentiva, no por la facultad de retener ó recordar, sino por los resultados producidos por el ejercicio de dicha facultad.

Mr. Bain mantiene con gran énfasis la base física de la memoria, aunque no llega á extender su teoría á los intereses, segun lo había dicho diez años atras en las columnas de la publicacion *Fortnightly Review* (Agosto y Setiembre 1868).

La principal deduccion que en este punto saca, es que la facultad de retener la poseemos en cantidad limitada; mas para dar á esta consecuencia algun valor práctico, hubiera sido ne-

cesario hacer ver que algunas veces se llega al último límite.

Aclaremos esta idea con un ejemplo.

Cierto es que un cántaro puede solamente dar cabida á cierta cantidad limitada de leche; pero si nunca llegamos á tener á mano más que un cuartillo de leche, poco tendremos que molestarnos, ni vale la pena que lo hagamos, en averiguar si su capacidad puede contener mayor cantidad que aquella.

Pasemos á otro asunto no ménos interesante en la cuestion que nos ocupa.

Interesa, en efecto, estudiar si cuando aprendemos una nueva materia se debilitan ó no los conocimientos ya adquiridos.

Al discutir esta tésis nos permitirán nuestros lectores aduzcamos de propia cosecha una distincion de que ni rastro siquiera encontramos en LA EDUCACION CONSIDERADA COMO CIENCIA.

Los nuevos conocimientos deben estar conexionados con lo que ya conocemos, ó deben entrar en una esfera de la memoria completamente nueva. De otro modo, los estudiantes que han adquirido ya la mecánica deben pasar al estudio de la hidrostática, ó deben aprender la lengua anglo-sajona, porque podría ser muy posible que la hidrostática robusteciese los estudios previos de la mecánica, mientras que la lengua á que aludimos podría asimismo debilitarlos. Más claro aún: nos importa saber si las facultades mentales poseen fuerzas propias capaces de poder *crear* con lo ya adquirido asuntos enteramente nuevos.

Muchas investigaciones como las que acabamos de exponer deberían hacerse ántes de tomar la pluma con pretensiones de reducir á ciencia á la educacion, siquiera se la considere en el sentido más restringido de la instruccion.

Justo es tambien que digamos que, así como la ciencia incluye mucho de lo que Mr. Bain ha tenido á bien omitir, así tambien excluye no poco de lo que en la obra á que aludimos se le atribuye, porque gran parte de las ideas en ella expuestas pueden tomarse por asertos *aclaratorios* del pensamiento del autor, pero no ocupan el órden categórico que corresponde á verdades científicas.

Tal es, por ejemplo, la asercion por la cual sabemos que la mente funciona mejor en invierno que en verano, la cual, como otras muchas ideas, se ajusta tan poco á lo que la experiencia nos ha enseñado, que no podemos por más que cubrirla con una redonda negativa.

Al mismo género pertenece tambien el aserto de que el afecto paterno y filial depende del *mutuo placer que á ambos proporciona tan noble pasion*.

En materia de dibujo creemos que Mr. Bain tiene por adversarios declarados á todos los profesores del mundo cuando le oimos decir que este ramo de la enseñanza no ejerce sino escasísima influencia en la vista; «porque son palabtas auténticas, el muchacho no pondrá más atencion en las cosas que se le hagan dibujar que en las que casualmente se presenten á sus ojos» (pág. 172):

Fácil sería transcribir aquí una larga lista de tan debatidos asertos, mas por poner ya punto y no cansar al lector de todo lo anteriormente dicho, deduciremos que el nivel científico de la educacion se eleva en esta obra muy poco sobre cero.

Como maestro de escuela, me siento naturalmente atraído á lo que en Inglaterra llamamos *Renovated Curriculum*, pero cuando leemos á Mr. Bain nos hallamos perplejos sin saber qué partido tomar ante la gran vaguedad con que trata punto de tanta transcendencia.

El curso de enseñanza inferior y superior debe abarcar, segun parece indicarlo el sabio autor, los siguientes ramos:

1. Ciencias.
2. Humanidades.
3. Composicion y literatura inglesa.

Segun esto ignoramos por completo lo que en filosofía se llama *terminus à quo*; mas ¿cómo podremos fijar el término *ad quem*.

Mr. Bain habla con más ó ménos extension de las ciencias que abarca la Historia natural, ó sea de la Mineralogía, Botánica, Zoología y Geografía, á las cuales podría añadirse la Geografía; pero si atendemos al modo como se expresa, veremos que las considera como completamente separadas en-

tre sí de modo que puedan estudiarse ó leerse como se lee ó estudiá un libro de Euclídes.

«La causa dada por Mr. Bain para poder añadir la Geografía á las mencionadas ciencias» nos demostrará de una vez para siempre lo errado del procedimiento empleado en su obra.

En efecto, segun Mr. Bain, la Geografía puede igualmente ser aprendida por un maestro de escuela sin salir del recinto de las aulas, que por Ritter ó Alejandro de Humbold.

Por último, nos vemos obligados á reconocer que sólo hemos llamado la atencion del lector sobre los que podríamos llamar flacos de la obra que acabamos de recorrer, siendo así que con más gusto hubiéramos dedicado nuestra pluma á hacer el panegírico de su indisputable mérito.

A pesar de todo no podemos aceptar ese trabajo como su título nos lo presenta, puesto que la obra que á él debe responder quizá no podrá escribirse en nuestros dias.

Entre tanto, escritores como Mr. Bain podrán proporcionar á otra generacion datos muy importantes para llevar á cabo tamaña empresa, con tal que miéntras llega el anhelado instante se contenten con desempeñar el papel de meros gastadores.

R. H. QUICK. .





# VIAJE

Á LA

## ARABIA, EGIPTO É INDIA.

**E**L libro de Mrs. Richard Burton titulado: *Vida interior de la Siria* produjo en el mundo literario indecible sorpresa, tanto por la originalidad, vigor y viveza de expresion con que la nueva escritora se presentaba por primera vez ante el público, como por la singular erudicion de que su autora hacía gala al tratar asuntos que muchos otros escritores manejaron con muy escaso conocimiento de causa.

Uno de los capítulos en cuestion es el que se ocupa de la *vida* íntima en Oriente, punto que sólo las señoras europeas pueden ilustrar y dar á conocer.

El libro de Mrs. Richard Burton pudiera muy bien haber salido de la pluma de la señora Hester Stanhope, si dama tan ilustrada hubiera sentido la vocacion de escritora, mereciéndonos igual juicio otras muchas señoras que por haber tenido la oportunidad de ver de cerca el harem y haberle estudiado con detencion, consagraron su talento á la descripcion de las cosas y sucesos que presenciaron.

Mas en honor de la verdad debemos decir que Mrs. Richard Burton queda muy por encima de cuantas han tratado

igual punto, no ya por la superioridad de su talento, ni por sus excepcionales conocimientos literarios, sino merced á la admirable combinacion de benevolencia, femenil simpatía, entusiasmo y brillantísimo colorido que su escrito nos ofrece.

Tenemos á la vista una nueva obra de Mrs. Burton de índole bien distinta, y de la cual se desprende que, á excepcion hecha de Yeddo, punto bien descrito por la autora, en esta ocasion ni tiempo tuvo de visitar lo demas.

Arabia, Egipto, India: hé aquí tres palabras abundantísimas en significacion y recuerdos; mas quien observe que el Egipto se reduce para la escritora al Cairo, á Suez y su canal; Arabia al Mar Rojo, y la India á algunos de sus países occidentales, no podrá ménos de caer en la cuenta de que el asunto ofrecerá escasísima novedad, y de que en mal hora discurrió quien eligió título tan pomposo para libro de tan escaso valor.

A pesar de lo dicho, siendo no pequeña gloria para un escritor que elige argumentos gastados, desarrollados con toda naturalidad y viveza, sorprender agradablemente al lector con nuevas y á veces juiciosas apreciaciones sobre hechos de todos conocidos, debemos en honor de la verdad confesar que esta gloria no ha abandonado esta vez á Mrs. Burton.

Ya sea que leais lo concerniente á sucesos acontecidos á bordo de un vapor del Lloyd Austriaco, ya sea que la acompañeis en la caza de zorras, ora recorrais con ella los hábitos de la sociedad de Goa y Bombay, ora sigais los largos párrafos, muy largos con frecuencia, dedicados á las cuestiones de Oriente, siempre encontrareis á Mrs. Burton animada, interesante y oportuna, por más que no siempre dejen el espíritu satisfecho ciertos detalles ni parezcan legítimas ciertas apreciaciones.

Es inexcusable error tratar hoy en libros de algun mérito de que se haya dicho que los gitanos son los Nats ó Naths de Kutch y Sind, y quejarse al propio tiempo de que el público no haya sido justo con los trabajos del esposo de la escritora en la aclaracion de los conocimientos que poseemos acerca del origen de esa raza, porque sabido es que una de las más grandes autoridades en este punto, el ilustre Pott, en el me-

morable trabajo que lleva por título *Die Zigeuner in Europa und Asien*, hace completa justicia al descubrimiento del capitán Burton.

En honor, empero, de la verdad, debemos decir que en tan interesante como intrincada materia, desempeñan los Nats el papel de nuevos elementos y no el de desenredadores de la enmarañada madeja que tanto ha preocupado á los historiadores de las razas humanas.

Tampoco puede perdonarse la errata ya sistemática que describe á Sir Richard Meade, residente en Hyderabad, como gobernador del Estado de Nizam; ni fué el coronel Shakspear sino el mayor Leveson quien actuó como antiguo Shacarry; así como, á pesar de los deseos que en este punto reinan en el corazón de Mr. Manockji Cursetji, quedara este señor muy sorprendido al leer en la obra que analizamos que es hijo de Sir Cowasji Jehanjir Readymoney.

Abunda el trabajo en equivocaciones de este género, y el número de erratas tipográficas excede al que suele deslizarse en obras de este género.

Es de suma importancia al llegar á este punto notemos cómo el venturoso curso de los acontecimientos ha dejado de comprobar las ideas emitidas por Mrs. Burton acerca de la desgraciada suerte de Francia, país tan conocido por la ilustre escritora.

Hay materias en que su espléndido talento padece grande é incurable confusión, parecida á la experimentada con respecto á Prusia por María Teresa y por María Antonieta con respecto á Mirabeau.

Así que siempre que *la antigua reguladora de la aristocracia* ó la funesta sombra de Napoleon III pasan por delante de su imaginación, vemos que la visión mental de la autora queda completamente perturbada.

Si el pequeño arbusto crece torcido, ya árbol seguirá la torcida dirección de la juventud; así también acontece siempre con el escritor cuando, como en nuestro caso, juzga, no por lo que juzgarse puede de los pasados eventos, sino por las ilusiones que en mentes femeniles discurren de una á otra parte como en terreno propio.

Especial interes tiene, á pesar de lo hasta aquí dispuesto, el itinerario en este libro descrito, principalmente por versar sobre materias y lugares para Mrs. Burton familiares, por no decir sagrados, puesto que el campo en que los vemos aparecer fué escena de las aventuras de su esposo.

Allí se hace, en efecto, una interesante alusion á los conocimientos hechos cuando niña por la autora en el colegio de Boulogne á su gran amiga la gitana Carolina, reina de los Poissardes, pueblos mixtos de español y flamenco, á la época, en fin, en que el futuro explorador del África Central se distinguía solamente por su exuberante y juvenil actividad, así como por las hazañas de su espada bajo la tutoría del tan célebre Valentin.

En el golfo de Suez y en el mar Rojo ejercita más de lo que sería de desear las fuerzas de cuerpo y alma ante la inmensa concurrencia de peregrinos de todas naciones que se aglomeran sobre la cubierta del vapor que la conduce; pero dedica sus más profundos pensamientos al solitario peregrino europeo que disfrazado hizo en 1853 su correspondiente *hajj*, no hallando en Yeddo cosa interesante que referirnos, sino recordarnos que allí fué donde este último personaje desembarcó sano y salvo cuando vino de la Meca, para ver que las montañas de Midian cantaban sus glorias uniendo su voz á las del cuervo del NO. del África, de Bombay y de Goa.

Todo esto da al trabajo especial encanto que hasta ahora desconocíamos por completo.

Despues de sufrir los horrores de un peregrinaje, ó mejor, de un viaje á vapor, descrito con gran fuerza de voluntad, como en premio de las sugerencias por ella á su esposo hechas, tuvo Mrs. Burton la satisfaccion de desembarcar en la costa ya civilizada de la India inglesa.

La sociedad de Bombay apénas pudo ejercer influencia alguna sobre el delicado gusto de la ilustre escritora, por hallarse plenamente ocupado en saborear las delicias que le ofrecían las visitas de las personas más acomodadas del país, que, dicho sea de paso, le pareció algun tanto monótono, cosa que no sabríamos si ya ántes no nos lo hubieran dicho todos los libros anteriormente escritos, todos los viajeros que han prece-

dido á Mrs. Burton y todos los habitantes de aquella ciudad que desde que abrieron los ojos á la luz quedaron completamente convencidos de la novedad de este dato que la autora por primera vez nos proporciona.

Por lo que atañe á la manera que en tratar á los indios guardamos, vemos á Mrs. Burton convertida como por arte mágico en defensora de sus quejas, y por primera vez tambien nos dice con ellos que «los ingleses son justos, pero no bondadosos,» y es de opinion que «tenemos maneras vulgares y mediana educacion,» en otras palabras no ménos galantes, «necesitamos más política y más firmeza.»

No deja de haber verdad en esta observacion, pero el hecho á que se alude es indudablemente, por su novedad, de los que cogen desprevenidos á los que se dirigen por primera vez á aquellas tierras.

Al hablar de los naturales de la India debe traerse á la memoria que existe entre ellos cierta flexibilidad persistente, que hace en extremo dificultoso á la mayoría de los empleados ingleses allí existentes el tratar á muchos de ellos con la política correspondiente, y evitar al propio tiempo ser engañados por su astucia, entablar amistad íntima, y áun tratarlos con cortesía, puesto que fácilmente hacen de todo esto, como vulgarmente se dice, harina para su costal.

A este propósito, recordamos lo que no há mucho nos contó un eminente jurisconsulto que ha ocupado recientemente la presidencia de Bombay, de cuyo caso prueba cómo su *suaviter in modo* para con un amigo del país fué con astucia convertido en instrumento para persuadir á los secuaces de cierta causa que dicha autoridad estaba completamente á disposicion del amigo y de sus ideas, y cómo afortunadamente, y áun contra su natural inclinacion por haberse negado á prestar un coche que se le suplicaba en ocasion muy especial por una familia india, se libró como por milagro de ser introducido en forma de *dummy* para afiliarse públicamente á la conspiracion. En efecto, habían escogido para que le representase á un comerciante europeo del bazar, y ya todo estaba arreglado, no faltando más que el carruaje y servidumbre oficial, para que aquella trama estuviese completa.

Por este y otros ejemplos que pudiéramos citar se ve claramente cuán necesario sea para tal género de personas cierta especialidad de carácter, y cuán difícil se hace hermanar la urbanidad con cierto recato que aleje la intimidad.

Con su primitivo viaje por la parte continental y su gran experiencia en las amenidades consiguientes á la residencia en ella, Mrs. Burton ha podido adquirir, y en efecto no nos atrevemos á negarle, lo que á tantos otros falta en la India; pero dote tan preclara no la busqueis en la mayor parte de los que á aquellas regiones se dirigen, por cuya razon nos cuenta cierta injuria camino de Gora recibida, la cual disculpa perfectamente el que tanto ella como su digno consorte, no sólo echasen mano de la fusta, sino la rompiesen en las espaldas del insolente, cosa nueva tambien y que no suele acontecer entre hombres.

Tambien en la página 174 se queja de los criados que la sirvieron en Bombay, lo cual hallamos muy en su lugar, puesto que así de hoy en adelante tendremos irrecusable testimonio de la estupidez y salvajismo de gente tan soez, y podremos deducir que si la clase casi exageradamente inteligente de domésticos se porta del modo tosco y aparentemente estúpido en que se nos describe, es, ó porque trata con gente que la exaspera, ó porque ha recibido orden de su dueño para que los huéspedes no hallen muy *confortable* la casa elegida para residencia.

Muchos hechos interesantes pintados con extraordinaria viveza podrá hallar tambien el lector en las descripciones de Goa, Matheran, Mahabaleshivar y dominios de Nizam; pero en todas ellas se echa de ver la peculiar habilidad de la autora para reunir materiales, siquiera sean recortados de otras obras; trabajo penosísimo en que tambien ha puesto mano el capitán Burton para proporcionarnos interesantes y frescas noticias.

El capítulo intitulado «Lo porvenir de la India del NO.», aunque escrito ántes de la guerra del Afghanistan, no deja de tener en la actualidad alguna importancia.

No la tienen menor los párrafos que se refieren á los esfuerzos de la autora para aliviar las miserias de las instituciones de sordo-mudos, hácia los que siente la más ardiente simpa-

tía, habiéndoles prestado en Trieste los más singulares servicios.

Excitó también su indignación la costumbre india de retorcer la cola á los bueyes para hacerlos andar; y la Pinjrapoles ú Hospital de animales enfermos de Bombay es para ella una institución muy interesante, y para la mayor parte de los que dedican su vida á impedir la crueldad contra los animales.

Estos Pinjrapoles de la India occidental son comunmente por los Jains, secta derivada del Budhismo, aunque Mrs. Burton asegura que Sir Jamsetji Jijibhai, fué el primer fundador del asilo de Bombay.

Asimismo es de notar que aunque Mrs. Burton había oído repetidas veces decir que en aquel país se descuidaban hasta tal punto los animales que morían á millares de hambre, con todo, tuvo gran placer en verlo que vió, lo cual le da margen para formular una de esas extraordinarias teorías con que Mrs. Burton pretende conciliar su ortodoxia tradicional con los hechos de la existencia.

Viendo en su buen corazón los sufrimientos de los animales sordos, y exhalando por ellos justos suspiros, emite la siguiente teoría:

«Justo es Dios en crear, sin que por esto haya en él la menor falta, seres con faltas más ó ménos ligeras, en darles la muerte, ó en aniquilarlos si le place; pero yo veo en esto el lazo de unión entre la Naturaleza y la Gracia, y yo creo que Dios permite esto para que los animales expíen con nosotros la falta de Adam y ganen así vida inmortal en algun otro estado para nosotros desconocido.»

No hay duda que para explicar el fenómeno hubiera sido mucho mejor recurrir á la teoría india de la transmigración de las almas; teoría en que, dicho sea de paso, el capitán Burton tiene escásísima fe, según tuvo la amabilidad de decirnos en su última obra sobre Midian.

Estudiando los hechos que nos ofrece la geología antigua, no puede darse teoría alguna que satisfactoria sea en esta materia, en la cual, después de prolongados estudios, la ciencia ha llegado á convencerse de que faltan los materiales necesarios para tener por absurdas las ideas suministradas por la revelación.

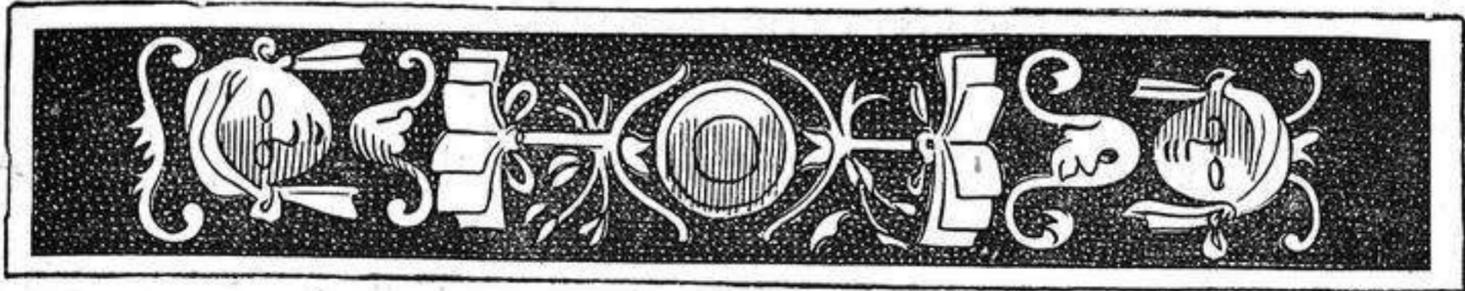
Con todo, Mrs. Burton no está tan prevenida en favor de las Pinjrapolis que no entrevea sería mejor dar un tiro á los animales incurables.

Aprovecha inmediatamente la ocasion para hacer saber á todo el mundo que despues de haber consultado «á seis facultativos y á un expertísimo oculista aleman,» se vió precisada á quitar por propias manos la vida á su favorito perdiguero, animal, hace tres años, tan conocido en Lóndres, y ¡oh valor digno de pechos varoniles! Mrs. Burton despues de todo lo dicho nos anima á que extendamos por toda la haz de la tierra los beneficios de tan sentida muerte.

¡Qué contraste no nos presenta este pacífico momento con los horrores del lecho mortuorio, con la bárbara predileccion que prolonga la agonía, con la atroz creencia de que el moribundo ya no conserva sus sentidos! ¿Cuándo la educacion echará por tierra tan detestables costumbres y falsas aprehensiones? ¿Cuándo podremos ver sancionada la enthanasia, proporcionada por el cloroformo, de modo que en casos de extremo dolor, cuando el hombre se halle preparado para el último trance, podamos vencer á la muerte?... ¿Cuándo, en fin, progresará tanto nuestra educacion y civilizacion para refrenar las infecciones vaporosas que esparcen por todas partes la muerte, adoptando de una vez el sistema de la cremacion de los cadáveres?»

Este libro corre pareja con el que Mrs. Guthrie intitula MY YEAR IN AN INDIAN FORT, y fué publicado hace dos años; pero es superior á él y á todo lo que se puede escribir, por las habilidades que hemos hecho notar á nuestros lectores, y más particularmente por los retazos y compendios ya conocidos y publicados que Mrs. Burton acomoda en casi todas las páginas de su obra, la cual unida á la anteriormente citada y á la del capitan Burton, SIND REVISITED, formará una pequeña biblioteca, digna de ser adquirida por todos los que intenten visitar las Indias occidentales.

ANDREW WILSON.



## CORRESPONDENCIA DE PARIS.

---

PARIS 10 de Marzo de 1879.



Los acontecimientos ocurridos aquí desde mi última carta pertenecen más bien al orden político que al orden literario.

La situación del mariscal mac-Mahon venía siendo sobradamente difícil durante estos dos últimos años. Había sido elevado al poder á la caída de Mr. Thiers, el 24 de Mayo de 1873, por una mayoría parlamentaria hostil á la República. Desde las elecciones del mes de Febrero de 1876, estaba fuera de toda duda que la mayoría del pueblo frances deseaba la República. Los sentimientos personales del presidente se hallaban, pues, en desacuerdo con los del país. El mariscal Mac-Mahon se había complacido en hacer esta situación todavía más difícil. El 15 de Mayo de 1877, apoyándose en los partidos reaccionarios del Senado, se declaró en abierta insurrección contra el sufragio universal; destituyó su ministerio, presidido por Mr. Jules Simon; eligió por jefes de su nuevo gabinete á los dos hombres más impopulares de Francia, el duque de Broglie y Mr. de Fourton. Inmediatamente despues obtuvo del Senado la disolución de la Cámara de los Diputados, y durante cinco meses empleó todos los medios imaginables para obligar al país á elegir los candidatos favorables á la situación que él había creado. Sin embargo, todos estos medios no diéron en modo alguno el resultado apetecido, y el 14 de Octubre la Cámara disuelta quedó reelegida.

En vista de esto, parecía natural que el Mariscal, condenado ya

por la opinion pública, se hallase en la imperiosa necesidad de retirarse á la vida privada. No lo hizo así, sin embargo; prefirió someterse y se resignó á presidir un ministerio republicano: pero fácil es comprender lo que podía significar aquella sumision, y las pocas simpatías y la escasa confianza recíproca que existían entre el ministerio y la Cámara por una parte y la presidencia por otra. Así es que despues de las elecciones senatoriales de 5 de Enero último, el partido republicano obtuvo la mayoría, no sólo en la Cámara de los Diputados sino tambien en el Senado, y la situacion, difícil hasta entónces para el mariscal Mac-Mahon, llegó á ser casi de todo punto imposible. El presidente, aislado y reducido á la impotencia, no tenía ya más remedio que aprobar una serie de medidas que, dadas sus ideas personales, debía necesariamente considerar como funestas, ó abandonar el importante puesto que ocupaba. Acabó, sin duda, por comprenderlo así, y con una lealtad que le honra, presentó por fin su dimision.

Ya sabeis con qué perfecta calma se ha verificado esta transmision de poder. El dia 3o de Enero á la una de la tarde firmó su dimision el Mariscal: á las cuatro y media se reunieron las dos Cámaras para designar su sucesor: dos horas despues quedó terminada la votacion é infinidad de telegramas partieron en todas direcciones para anunciar á la Francia y á todo el mundo el nombre del nuevo presidente.

El rey ha muerto: ¡viva el rey! dice la fórmula de nuestras antiguas monarquías. Una cosa idéntica ha sucedido aquí con la instalacion del nuevo presidente.

Ya sabeis tambien la simpática acogida que se ha dispensado al nombre de Mr. Grévy, no solamente en Francia sino en el extranjero. Los periódicos más hostiles á la forma republicana se han visto en la necesidad de confesar que hubiera sido imposible escoger para la suprema magistratura un hombre más respetable, más universalmente estimado, de una capacidad más experimentada y de un caracter más digno. M. Jules Grévy es un republicano de antigua fecha, porque toda su vida ha sido republicano; pero es al mismo tiempo, y todo el mundo conviene necesariamente en ello, un hombre de orden y de paz, enemigo de toda violencia, frio y prudente, enérgico y sensato. Habla poco, lo cual es una rara condicion tratándose de un abogado; y siempre que ha hecho uso de la palabra ha sido para expresar con claridad y grandes bríos las ideas de una alta inteligencia. Tiene condiciones de autoridad, que es el principal requisito que debe adornar al jefe de un gobierno.

Su advenimiento marca el establecimiento en Francia de la verdadera república. Ahora, de la cordura del partido republicano depende el demostrar que es capaz de ejercer el poder del mismo modo que ha sido capaz de conquistarlo. Ya ha pasado el tiempo de la lucha: ahora se trata de organizar y realizar en el seno de la paz indispensables y fecundas reformas.

Esto es lo que ha indicado perfectamente otro acontecimiento ocurrido cuarenta y ocho horas despues del nombramiento de M. Grévy. M. Gambetta ha visto realizados sus deseos al ser nombrado presidente de la Cámara de Diputados en sustitucion de M. Grévy. Esta ambicion, modesta en apariencia, ha causado al pronto alguna extrañeza, y no ha faltado quien la califique de abdicacion. M. Gambetta se ha manifestado durante diez y ocho años como un hombre de accion: durante la larga lucha contra los partidos monárquicos de la Asamblea nacional primero, y luégo contra el Senado y contra Mac-Mahon, él ha sido indudablemente el verdadero *leader* del partido republicano; él ha sido quien en todas las circunstancias difíciles se ha puesto al frente de la opinion con los discursos que, ya en la tribuna ó en las reuniones públicas, dirigía al país. Parecía, pues, que una vez victorioso el partido republicano, debía él ocupar en el gobierno el puesto principal, realizando la mision de constituir el ministerio republicano.

Es indudable que si él hubiera deseado obtener este encargo, M. Grévy le hubiese preferido á otro cualquiera nombrándole presidente de su Consejo. Pero M. Gambetta no ha querido desempeñar este importante papel; y pensándolo detenidamente, creo que nunca ha dado pruebas de mayor sentido político, ni ha demostrado mejor civismo. Las ideas de M. Gambetta difieren algun tanto de las de M. Grévy; por otra parte, la personalidad de M. Gambetta era demasiado considerable para entrar en el Gobierno sin producir alguna sombra á la del presidente. M. Gambetta no podía convertirse en el segundo de M. Grévy, y tampoco hubiera sido conveniente que M. Grévy se prestase á serlo de aquél; cualquier desacuerdo entre ellos hubiera podido producir una crisis gubernamental. Este mismo inconveniente hubiera subsistido si M. Gambetta, al rehusar su puesto de ministro, hubiese continuado en la Cámara como simple diputado. Hubiera tenido que continuar siendo el jefe de las izquierdas, hubiera seguido dando la consigna, hubiera llegado á ser fatalmente el jefe de la oposicion, y en el momento ménos pensado esta situacion hubiera producido tambien una crisis gubernamental. M. Gambetta ha comprendido que su deber era oscurecerse momentáneamente y dejar el campo libre á M. Grévy, á quien no podía servir ni combatir sin peligro para el país. Ha preferido una posicion que le pusiera á un mismo tiempo fuera del gobierno y fuera de las agitaciones de los partidos.

Además, M. Gambetta tiene que prestar nuevos y grandes servicios en su actual posicion. Precisamente porque la república triunfa hoy, la obra activa de la propaganda, tan importante miéntras la lucha ha sido dudosa, ha quedado terminada; hoy basta con dejar proseguir, en virtud de la fuerza adquirida, el gran movimiento ya iniciado. La hora de las grandes y necesarias agitaciones ha terminado; la tarea de ahora es organizar, y si es posible atraer hácia la

república á los que aún vacilan; ha de ser ofreciéndoles el espectáculo de un país libre y tranquilo, realizando sin agitaciones ni tumultos útiles reformas, y redactando una buena legislación. Mientras el gobierno ejerce prudentemente su administración, el deber de la Cámara es el de inspirar, con su sensata actitud, el respeto á las instituciones parlamentarias, empleando al mismo tiempo las sesiones en inspeccionar en debida forma la hacienda del país y en satisfacer sus necesidades materiales y morales. Bajo todos estos puntos de vista, la influencia de un presidente de la Cámara es considerable. A él es á quien se le confía el cuidado de la disciplina parlamentaria; él es quien mantiene el buen orden de los debates; y, hasta en los mismos trabajos del Parlamento, ejerce con su autoridad, si sabe conquistarla, una fecunda influencia. Tal es el papel que ha ambicionado M. Gambetta, y á juzgar por lo poco que hemos podido ver en tres semanas, podemos esperar que se conservará á la altura que exigen sus nuevas funciones.

Tal vez he insistido demasiado en lo que se refiere á estos acontecimientos políticos, pero las consecuencias que de ellos deben originarse no pertenecen exclusivamente al orden político. El nombramiento de M. Grévy y el de M. Gambetta parecen indicar que entramos por fin en una era de calma y de estabilidad, y desde luego se comprende lo que de esto puede esperarse si nuestras esperanzas no se malogran. Hace ya ocho años que Francia, ansiosa de un gobierno definitivo, apenas ha conocido más que agitaciones políticas. ¿Y quién hubiera podido pensar en otra cosa mientras esta cuestión esencial no quedase definitivamente resuelta? Las preocupaciones industriales, artísticas, literarias y científicas de los ciudadanos, se veían turbadas á cada momento por las emociones políticas. Cuando una casa se quema, lo importante en primer término ¿no es apagar el incendio? A esta tarea hemos consagrado todos la mayor parte de nuestra actividad y de nuestros pensamientos. Nuestros demás trabajos no han tenido, por decir así, más que nuestras horas de descanso. Pero si en la presente ocasión hemos por fin anclado en el puerto, creo que llegaremos á ver un espectáculo que ha de honrar verdaderamente á la Francia. Todos los ciudadanos podrán trabajar en paz, según sus gustos y sus disposiciones, en obras tan útiles como nobles. La tranquilidad que hoy comienza no será la tranquilidad de la servidumbre, tal como subsistió desde el 2 de Diciembre de 1851, sino la tranquilidad dentro del ejercicio regular de la libertad. Se pronunciarán menos brillantes discursos en la Cámara, se escribirán en los periódicos menos artículos apasionados; pero se acrecentará nuestra riqueza agrícola é industrial, nuestros sabios tendrán más tranquilidad en sus laboratorios, nuestros artistas terminarán mayor número de hermosos cuadros y de magníficas estatuas, nuestros novelistas y nuestros autores dramáticos ofrecerán al público obras más acabadas y más serias. Es una nueva

era que comienza para la Francia, y cuyos honrosos boletines espero poder enviaros; si esta era es próspera para nosotros, será útil al mundo entero, porque en la civilización moderna ningún pueblo trabaja para sí solo.

Entre tanto, me veo obligado á confesaros que los trabajos literarios de los primeros meses de 1879 carecen de verdadera importancia. Hemos tenido en el teatro tres obras sacadas de novelas que habían logrado un éxito incontestable en los últimos años: *Samuel Brohl* y la *Aventure de Ladislas Bolski*, de M. Víctor Cherbuliez, y el *Assommoir* de M. Emile Zola. *Samuel Brohl* ha fracasado en el Odeon; la *Aventure de Ladislas Bolski* ha obtenido buen éxito en el Vaudeville, é igual suerte ha alcanzado el *Assommoir* en el teatro del Ambigú. Esta última obra ha defraudado, sin embargo, algunas esperanzas. El público esperaba, dado él nombre y las teorías dramáticas de M. Zola, un verdadero acontecimiento literario, una batalla artística que pudiera recordar la famosa batalla romántica de la primera representación de *Hernani*; pero se ha encontrado con un simple melodrama, semejante á todos los que vienen representándose hace treinta años en los teatros del *boulevard*, y que ha logrado el mismo favorable éxito, produciendo los mismos ingresos por medio de idénticos procedimientos. Añadiré de paso que el *Palais Royal* ha representado con inmenso éxito un *vaudeville* completamente parisien, en cuatro actos, titulada *Le mari de la débutante*, debido al ingenio de los chispeantes autores de otra infinidad de aplaudidísimos *vaudevilles*, MM. Méilhac, y Ludovic Halévy, completamente salpicado de palabras picantes y de situaciones cómicas, y representado á las mil maravillas por una excelente compañía; y en cuanto á producciones dramáticas, esto es todo cuanto se ha hecho que haya ofrecido algún interés durante el presente invierno.

Entre las obras de la librería, la más importante es la publicación de los discursos de M. Thiers, y aún ésta es una publicación retrospectiva. Sabíase, hace ya cinco meses, que M. Colman, uno de los más fieles amigos de M. Thiers, vuelto como él á la república, y que fué en tiempo de la presidencia, ántes del 24 de Mayo de 1873, uno de sus ministros, se ocupaba en reunir los discursos pronunciados por M. Thiers durante su larga carrera política, y que Mme. Thiers le había dado el encargo de explicarlos por medio de cortas citas históricas. Los tres primeros tomos de esta publicación, que comprenderá sin duda unos doce volúmenes, acaban de ponerse á la venta en la librería de Colmann-Lévy. Es una lectura interesantísima para los aficionados á la historia y á la literatura.

Esta primera serie comprende el período de 1830 á 1836. M. Thiers no fué hasta 1830 sino un periodista de oposición. Él fué quien redactó y firmó en primer término al publicarse las *Ordenanzas de Carlos X*, aquella famosa protesta de los periodistas que reveló

el primer signo de la revolucion. Pero M. Thiers no era solamente un escritor: su ambicion era obrar y gobernar. Al dia siguiente de la revolucion de 1830 fué elegido diputado, y poco despues llegó á ser subsecretario de Estado, y últimamente ministro.

Asistimos en estos volúmenes al desarrollo de su fortuna política y de su inmenso talento. Desde el primer dia le vemos en plena posesion de ese admirable instrumento de la palabra que ha constituido toda su fuerza durante tantos años. Una maravillosa facultad de exposicion, una claridad que obliga á creer que tiene siempre la razon de su parte, una prodigiosa elasticidad de inteligencia, un tono de picante conversacion que hace agradables hasta los pormenores puramente técnicos, una presencia de ánimo que nunca le abandona, un arte admirable para pasar incidentalmente sobre los puntos delicados, siempre que juzga peligroso el insistir en ellos, una ironía fina y acerada, una memoria extraordinaria, una familiaridad exenta de toda pedantería, y á veces una ráfaga de elocuencia, un patriotismo ardiente y una extremada obstinacion en defender todas sus ideas, tales son las condiciones que ha desarrollado despues indudablemente la edad, pero que M. Thiers, á la edad de treinta y tres años, tenía ya completamente formadas. Así puede explicarse fácilmente la influencia que ejerció sobre todos sus contemporáneos.

Y sin embargo, no es esto lo que mayor sorpresa produce al leer todos estos discursos. Lo que llena de admiracion es la extraña diversidad de sus aptitudes, la extension de su curiosidad. La mayor parte de los hombres se dedican exclusivamente á una especialidad y consagran toda su fuerza al ramo á que les llevan sus aficiones; M. Thiers, por el contrario, se ilustra poderosamente al mismo tiempo en toda clase de materias. Trátese del asunto que se quiera, hállese siempre dispuesto á tomar la palabra. La hacienda, la administracion interior, la política general, los asuntos extranjeros, la instruccion pública, los montes, los caminos vecinales, la marina, el ejército, el comercio, la industria, cualquiera que sea la cuestion de que se trate, él la conoce y la posee con todos sus más exactos pormenores: él sigue con tanta atencion los departamentos dirigidos por sus colegas del ministerio como el que él mismo dirige, y prosigue indiferentemente su marcha colocado al frente de todos los ramos de la aduministracion pública, sin desatender ninguna de las necesidades de la vida de un gran país.

Esa era la condicion propia de M. Thiers entre todos los hombres políticos de nuestro siglo. Otros han llegado á tener sobre él alguna que otra superioridad particular; pero ninguno ha poseido semejante universalidad de conocimientos, ninguno ha realizado más cabalmente y con su propia instruccion el tipo del verdadero hombre de Estado.

Despues de examinar esos discursos le sorprende á uno mucho

ménos el espectáculo que ofrece la *Historia del Consulado y del Imperio*. En esta obra, lo que principalmente llama la atención de los adolescentes y de las gentes de mundo, es la brillante y minuciosa descripción de las operaciones militares, la discusión de los planes de campaña de Napoleón y el relato de las batallas. Es indudable que M. Thiers tenía felicísimas disposiciones para la táctica militar y que su primera ambición hubiera sido tal vez la de obtener el mando de los ejércitos: sin embargo, no es esta parte militar la que más sorprende en la *Historia del Consulado y del Imperio* á los lectores serios; no son esas brillantes páginas las que asegurarán la duración de dicha obra. Lo que constituye su inapreciable mérito es la inteligencia y el completo conocimiento de una época; la manera con que el autor expone uno tras otro los sucesos del exterior y los de su propio país, revelando los manejos de la diplomacia al mismo tiempo que los movimientos de los ejércitos; los pormenores que da acerca de los incidentes políticos, religiosos, literarios ó artísticos, siempre en la medida en que estos incidentes intervienen en las complicaciones de la historia; el concienzudo estudio de los diferentes resortes administrativos, de la situación financiera, económica, industrial, agrícola y comercial; la atención que consagra á las crisis de los intereses y á los movimientos de la opinión pública. Esto constituye una historia nueva, como nadie hasta entonces, por lo ménos en Francia, había llegado á escribir: el autor ha ofrecido en ella al mismo tiempo un ejemplo y un modelo. Puede decirse que muy pocas cosas faltarían á quien hubiera leído y comprendido bien la *Historia del Consulado y del Imperio*, para llegar á ser, dado que esto fuere de su agrado, un hombre político serio y útil á sus conciudadanos.

Ya sabemos en dónde había adquirido M. Thiers aquella inteligencia histórica verdaderamente admirable. Hábilmente adquirida durante los primeros años que siguieron á la revolución de 1830, en que tomó parte en el gobierno de su país. Había sabido aprovechar ventajosísimamente todos los medios de instrucción que acababan de ponerse á su disposición. Volvía á todas partes su inteligente mirada, lleno de curiosidad y atento á todo cuanto podía tener alguna importancia. Dábase cuenta, no de lejos y superficialmente, sino de cerca y estudiando las cuestiones y persistiendo en los pormenores, de todos aquellos múltiples días que componen una civilización. Examinaba y medía aquellas diferentes acciones y reacciones cuyo resultante, objeto de las preocupaciones de todo hombre de Estado digno de este nombre, es á veces imposible preveer.

El juicio definitivo acerca de M. Thiers no ha sido aún formulado: su carácter no ha estado siempre á la altura de su inteligencia; al mismo tiempo que una verdadera nobleza, ha tenido muchas debilidades y hasta muchas pequeñeces; ha entrado en muchas coaliciones indignas de él y ha hecho sucesivamente mucho bien y mucho

daño á una patria que él amaba sobre todas las cosas. La última página de su larga vida ha sido por lo ménos la más hermosa y la más sublime; la historia no la olvidará. Pero lo que de todos modos tienen que confesar sus amigos y sus enemigos es que ha sido uno de los talentos más vivos, más brillantes y más prodigiosamente despojados que han aparecido en el mundo. Semejante conjunto de extraordinarios dones raya en los límites del genio, dado que no sea la personificación del genio mismo.

CARLOS BIGOT.



---

Madrid 15 de Abril de 1879.

*Propietarios gerentes: PEROJO HERMANOS.*

---

TIPOGRAFÍA ESTEREOTIPIA PEROJO  
Mendizabal, 64.